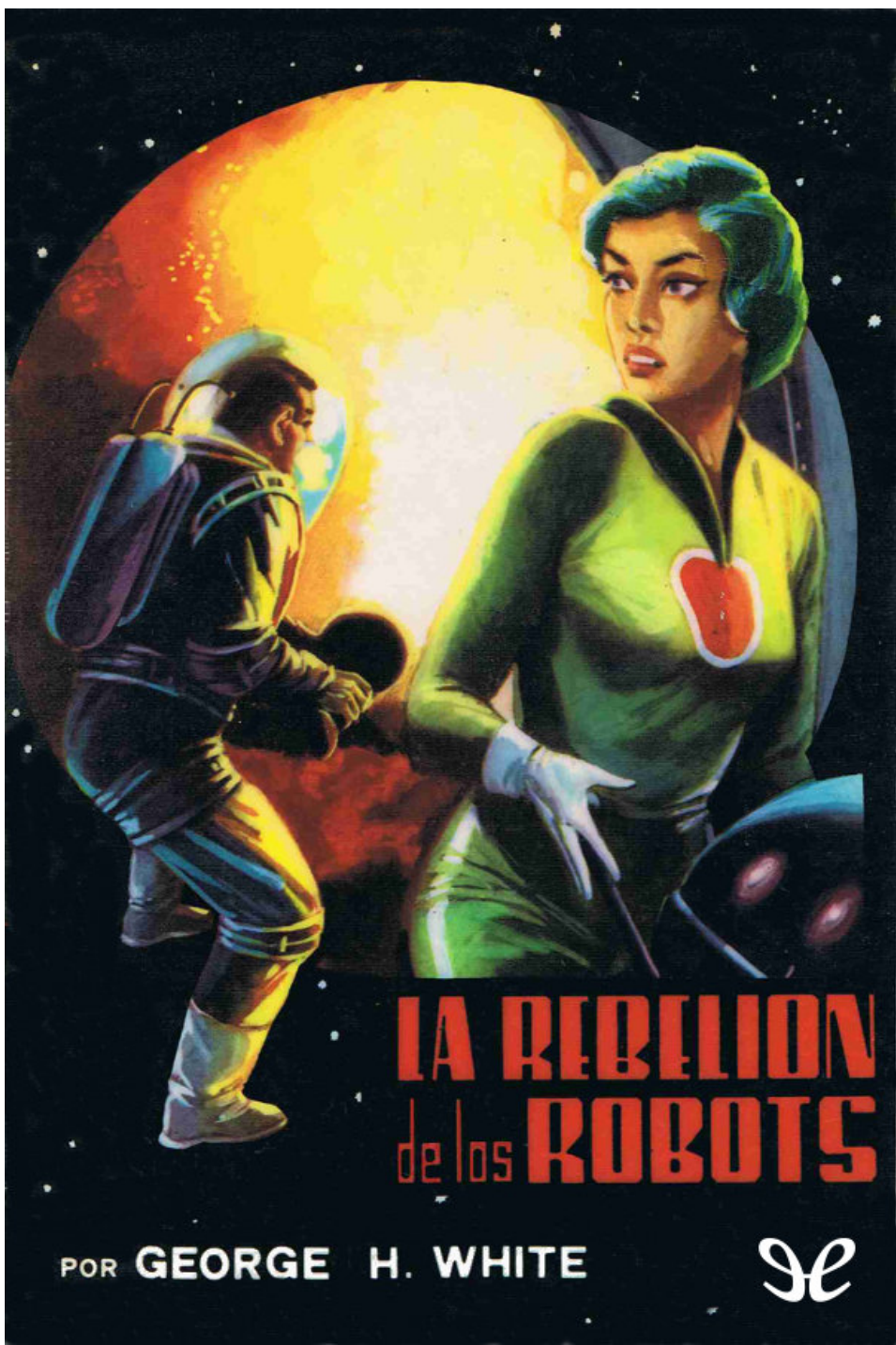




# LA REBELION de los ROBOTS

POR **GEORGE H. WHITE**



Los hombres tenían experiencia en el uso de los robots. Conocían sus ventajas y limitaciones, y el peligro de hacerlos demasiado perfectos. Y durante largos milenios evitaron tener que recurrir a ellos.

Sin embargo, en Atolón, los valeranos que acababan de regresar de un largo viaje, tras una ausencia de un millón de años, se encontraron en una situación crítica por falta de manos y cerebros. Y crearon los robots. Millones de maravillosas máquinas de una perfección increíble, capaces de hacer todo lo que un ser humano, incluso pensar... ¡y sentir!

George H. White plantea, de una manera profunda y racional, uno de los problemas más inquietantes de cuantos tendrá que afrontar la Humanidad del futuro; la delimitación de aquella frontera del pensamiento, más allá de la cual la máquina puede dejar de ser máquina y convertirse... ¿en qué?



George H. White

# **La rebelión de los robots**

**La saga de los Aznar - 45**

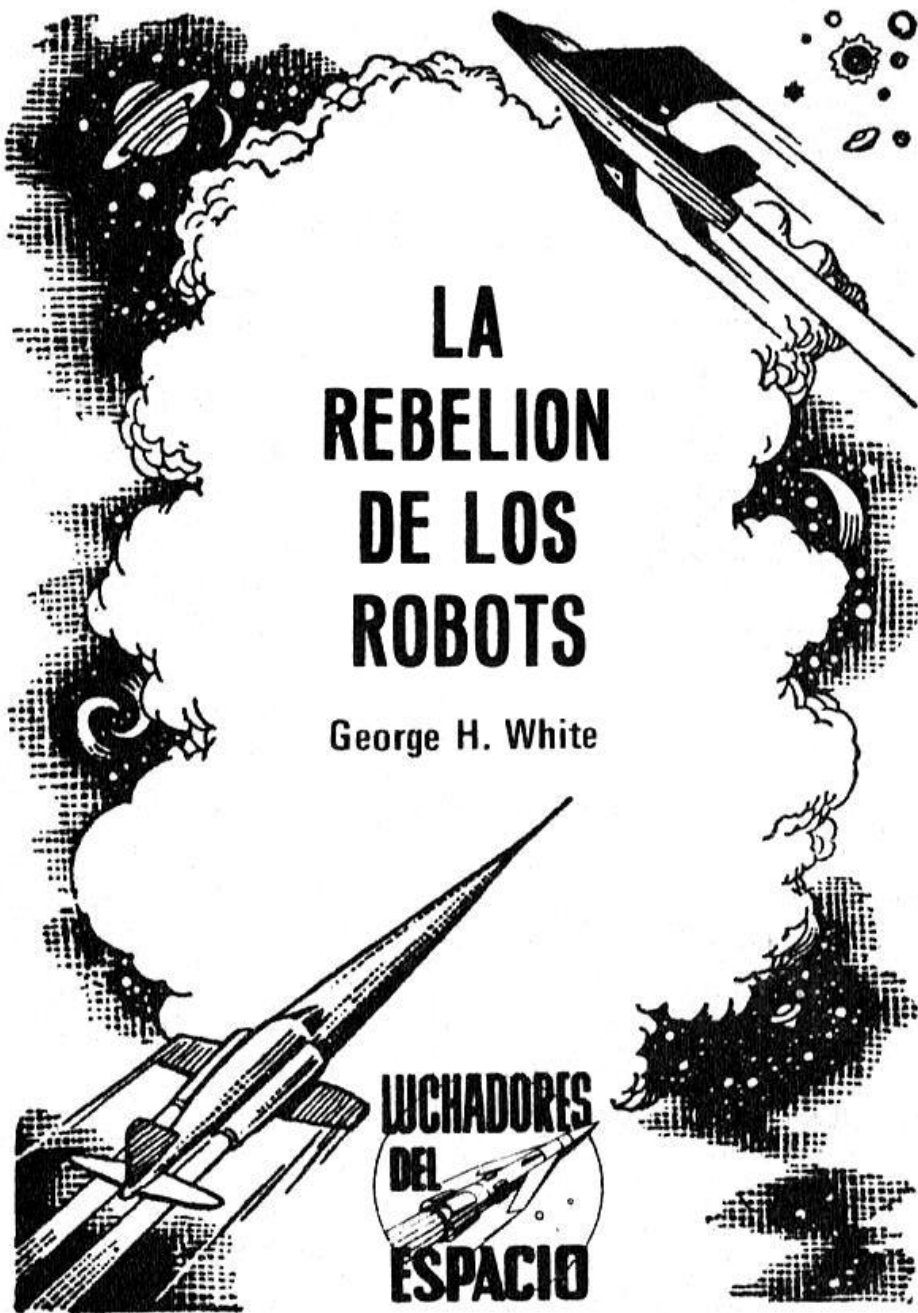
**ePub r1.0**

**Titivillus 07.09.15**

Título original: *La rebelión de los robots*  
George H. White, 1976

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

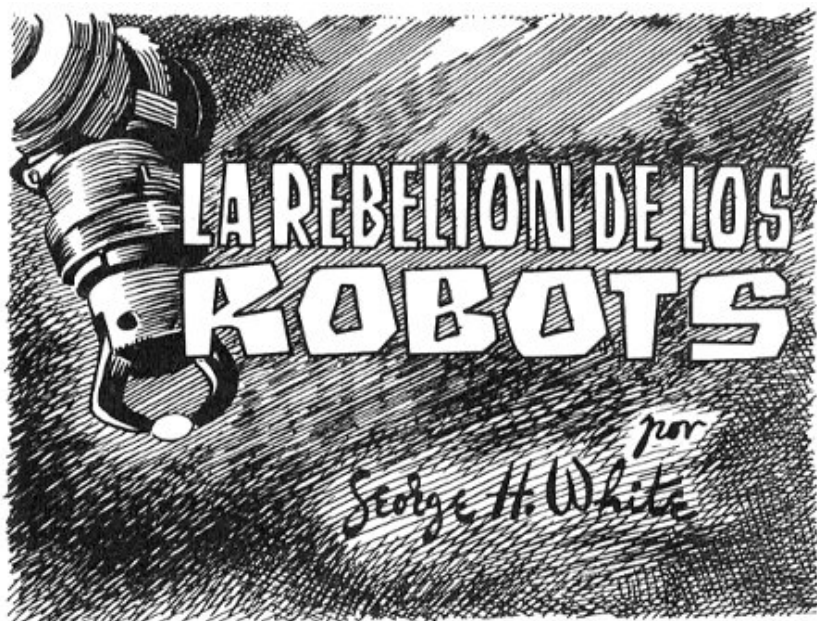




# LA REBELION DE LOS ROBOTS

George H. White

**LUCHADORES  
DEL  
ESPACIO**



## CAPÍTULO I

**D**urante el día los cristales de la casa que se abría a la piscina, Miguel Ángel escurría formando pequeños regueros por la bronceada piel del hermoso cuerpo femenino, apenas cubierto por un bañador de dos piezas.

“Ha engordado”, —se dijo Miguel Ángel calibrando el grosor de los muslos y los globos de los senos que desbordaban el diminuto ceñidor.

El sol artificial de “Valera” brillaba en el cenit, de donde jamás se movía, y a pesar de lo temprano de la hora se dejaba sentir el calor. Aquella gigantesca lámpara, suspendida en el espacio a mil quinientos kilómetros de altura de cualquier punto del interior del planetillo, solía alcanzar su máxima potencia al mediodía, para ir decreciendo en fuerza hacia las últimas horas de la tarde.

Alrededor de la piscina las adelfas abrían sus bellas flores, y los

saucos llorones descolgaban lánguidamente sus ramas hasta el agua transparente y quieta. Ni un soplo de brisa movía las hojas, y a la atmósfera en calma venía a sumarse un silencio profundo, que casi hacía daño en los oídos.

Banda se acercó al lugar donde el joven Almirante estaba indolentemente echado sobre una hamaca, bajo una gran sombrilla de playa, el musculoso torso desnudo, como un fauno velludo al acecho de una linda y descuidada ninfa.

—Ni siquiera te has mojado los pies. ¿No te da vergüenza, perezoso? —dijo Banda tomando la toalla del respaldo de una silla.

—¡Pero si todavía debería estar en la cama, mujer! Son las seis de la mañana y el agua está muy fría. Todos nuestros vecinos siguen roncando. ¡Las seis de la mañana! Esa no es hora de obligar a un cristiano a levantarse.

—Recuerda que fue idea tuya el venir a bañarnos tan temprano.

—Eso es verdad. A ti te gustaba más venir al mediodía y coquetear con Villar, con Azcoaga y toda esa pandilla de jóvenes y aprovechados amigos.

Banda hizo un mohín de disgusto. Tenía dieciocho o diecinueve años y era alta, esbelta y tenía un cuerpo espléndido. La larga cabellera rubia le llegaba hasta la cintura. En su lindo rostro, los rasgados y azules ojos destacaban sobre el bronceado de la suave piel.

Banda se había convertido en un auténtico problema para el Almirante. Durante un año ella había satisfecho plenamente las apetencias sexuales de Miguel Ángel, pero sus relaciones estaban entrando en aquella zona conflictiva donde la atracción física empezaba a acusar los efectos del cansancio. No estaban casados, y el Almirante estaba cada día más lejos de la idea de hacerla su esposa.

—Estás celoso —dijo Banda clavando en él sus grandes y luminosos ojos—. ¿Por qué? Sabes que te amo.

—Me amas, y te gustan también esos otros muchachos que te rondan.

—¡Pero a ti también te gustan otras mujeres, además de gustarte yo! ¿Qué hay de malo en eso? Yo no me siento ofendida porque mires a otras chicas. Son bonitas y te agrada mirarlas. También a mí me gusta mirar a los hombres guapos. ¡Y hay muchos hombres

apuestos en “Valera”!

—Sí, demasiados.

—También las mujeres son muy bonitas, aunque a mí me gustan menos que los hombres.

—Supongo que es como debe ser —dijo el Almirante irónico.

—No te comprendo —dijo la muchacha sentándose en una silla para calzarse las zapatillas—. ¿Por qué es lícito que a ti te gusten las mujeres, y no lo es el que a mí me agraden los hombres? ¿Cuál es la diferencia?

Miguel Ángel Aznar no contestó. Ya habían discutido otras veces sobre el particular sin lograr ponerse de acuerdo. En ellos chocaban dos mundos distintos, dos concepciones dispares de la moral. Para Banda el pecado grave no consistía en desear una cosa, sino en negar que lo estuviera deseando. En la sociedad valerana, por el contrario, hombres y mujeres disimulaban sus sentimientos, y levantaban entre sus pensamientos y el mundo exterior un muro de falsedades e hipocresías.

En el mundo del cual procedía Banda, la sinceridad era la base de las relaciones humanas. Banda era una Tapo, y los Tapos poseían facultades parapsicológicas a la altura de las que habían desarrollado los bartpuranos en su tiempo.

Los Tapos eran los últimos descendientes de la raza terrícola en el circumplaneta Atolón.

Sin duda, uno de los hechos más trascendentales en la historia de los viajes del autoplaneta “Valera”, fue el descubrimiento del gigantesco Atolón. En este hiperplaneta los valeranos rescataron a los últimos supervivientes de una raza antiquísima, los bartpuranos, de los cuales recibieron los beneficios de la portentosa máquina “Karendón”. Los valeranos establecieron una colonia en Atolón. Veinte años después esta colonia se había desarrollado prodigiosamente hasta convertirse en un estado, al que se llamó Nueva Hispania en recuerdo de la lejana patria. Entonces el Almirante Aznar promovió una campaña para reconquistar la Tierra, perdida desde hacía milenios a manos de los “sadritas”.

Equipado con los últimos adelantos científicos, el autoplaneta partió al mando del Almirante Aznar, viajó a la Tierra y aplastó a los “sadritas”. Pero su regreso a Atolón se demoró en una tentativa por atravesar el hiperespacio, zona misteriosa y desconocida por la

que “Valera” iba a internarse por primera vez.

Cruzando el hiperespacio los valeranos llegaron hasta un remoto planeta llamado Uhlan. Desde Uhlan, cruzando de nuevo el hiperespacio, “Valera” hizo una breve incursión en el antiuniverso.

Los valeranos habían perdido toda noción del tiempo realmente transcurrido cuando, después de volar de regreso por el hiperespacio, llegaron finalmente a Atolón.

Calculaban en doscientos o quizá trescientos mil años el tiempo transcurrido desde su partida, y esperaban hallar en Atolón una civilización enormemente evolucionada con respecto a la suya propia. Sin embargo quedaron perplejos cuando, al aproximarse al circumplaneta, no hallaron respuesta a sus jubilosas llamadas por radio. La razón era muy sencilla. No habían pasado cien ni doscientos mil años desde su partida, sino ¡un millón de años!

La brillante civilización no existía. Atolón estaba habitado por una extraña raza de criaturas extragalácticas, los Ghuros. Y toda la raza terrícola estaba representada por unas cuantas tribus semi-salvajes, los Tapos, de la cual era una representante la bella Banda.

Cuando los valeranos descubrieron Atolón por primera vez, el circumplaneta estaba dominado por una especie de insectos gigantescos, las Mantis, que desarrollaban una curiosa civilización de tipo feudal, a un nivel tecnológico semejante al de la Tierra en la primera mitad del siglo xx. Las Mantis fueron diezmadas por los valeranos al conquistar el circumplaneta, pero todavía habitaban en Atolón al regreso de los valeranos.

Feroces, astutas, perfectamente adaptadas al medio y con una extraordinaria capacidad para reproducirse en aquel mundo tropical que era el circumplaneta, las Mantis habían sobrevivido a las continuas persecuciones de que fueron víctimas.

Posiblemente, como ya había ocurrido antes con los bartpuranos, debió llegar un momento en que los terrícolas de Nueva Hispania, compadecidos de las Mantis, dejarían de perseguirlas. Las Mantis, al fin y al cabo, eran seres inteligentes y tenían sentimientos. Los viejos bartpuranos las respetaban atribuyéndoles categoría de seres humanos. Fue un error. Las Mantis, que no participaban de los mismos sentimientos piadosos que los bartpuranos, acabaron devorando a éstos. ¿Se repitió la historia y acabaron las Mantis destruyendo la avanzada civilización

terrácola de Atolón?

Cuando los Ghuros llegaron al circumplaneta, hacía alrededor de 50.000 años, la única oposición que encontraron fue la de las Mantis. Es decir, la civilización terrícola ya había sucumbido, y los últimos supervivientes de la raza, los Tapos, andaban dispersos en gran número de pequeñas tribus, generalmente refugiadas en las montañas y en las regiones más apartadas y de clima más duro.

Las Mantis no poseían una mente creadora. Su inteligencia parecía estacionada en el tiempo, limitándose a copiar la tecnología bartpurana y terrícola, aunque sin penetrar en las supremas realizaciones de éstos. Si la mentalidad de los insectos hubiese evolucionado como la terrícola, en un millón de años deberían haber alcanzado iguales o superiores nietas, y ni los valeranos en su tiempo, ni los Ghuros después, habrían conquistado jamás el circumplaneta. Después de la llegada de los Ghuros, los insectos gigantes fueron implacablemente perseguidos, como antes lo habían sido por los terrícolas. Pero el circumplaneta era enorme y las Mantis tenían una terca voluntad por sobrevivir.

No menos firme fue el deseo de sobrevivir de los Tapos.

Los Tapos no estaban tan bien dotados como los insectos para la lucha contra las inclemencias de la naturaleza y los continuos acosos de sus enemigos. En su condición de criaturas terrícolas eran más débiles que las Mantis, se adaptaban peor al clima, se reproducían con mucha lentitud y sus crías tardaban mucho en valerse por sus propios medios.

Sin embargo, los Tapos poseían algo que no tenían los insectos, unas manos hábiles y un cerebro despierto. La civilización terrícola en Atolón debió desarrollarse sin duda de forma paralela a como lo hizo la civilización bartpurana. Con el tiempo y el cultivo de la fuerza de la psique, los terrícolas de Atolón llegarían a dominar aquellos poderes ocultos de la mente sobre el cuerpo.

Los últimos terrícolas, al huir de sus ciudades y refugiarse en las regiones más inaccesibles del circumplaneta, llevarían consigo esta riqueza de facultades parapsicologías. Con el tiempo y el forzado aislamiento de unas tribus con respecto a las otras, los Tapos perderían la noción de su origen y el recuerdo de su pasada grandeza. Sin embargo, conservarían íntegras, e incluso desarrollarían aquellas cualidades y conocimientos, que cada día se

veían obligados a utilizar para sobrevivir.

Banda sólo era una hermosa salvaje. No sabía leer ni escribir, ignoraba en razón de qué fenómenos térmicos se producían las tormentas y caía la lluvia, y ni siquiera sabía cómo se formaban las criaturas en el vientre de la madre. Sin embargo, poseía facultades paranormales extraordinarias. Los Tapos practicaban corrientemente la telepatía. Se comunicaban entre sí de mente a mente, transmitiéndose el pensamiento incluso a grandes distancias. Practicaban la cura por la fuerza de la mente, lo cual resultaba muy útil en su medio primitivo, privado de medicinas y de material quirúrgico. Podían entrar en estado comatoso, reduciendo a un mínimo sus funciones vitales, los latidos de su corazón y su calor corporal, permaneciendo así sin comer semanas enteras. Y, además, habían desarrollado un sistema de evasión, que consistía en desmaterializarse en el aire, pasar a través de un grueso muro, y transportarse y materializarse de nuevo a doscientos o trescientos metros de distancia, o a igual altura sobre la cima de un monte o al otro lado de un barranco.

No cabía duda que si los Tapos habían logrado sobrevivir a la dureza del medio, y la persecución de las Mantis y los Ghuros, se debía al ejercicio continuo de estas portentosas facultades.

Miguel Ángel Aznar estaba familiarizado con este tipo de fenómenos parapsicológicos. Su madrastra, Yawna, era una bartpurana dotada como todos los de su raza de facultades paranormales. Cuando Miguel Ángel era niño y se encontraba jugando con otros compañeros a cualquier distancia de la casa, sentía de pronto como una voz interior que le llamaba a comer. Era Yawna, que le enviaba un mensaje telepático. Además a Yawna no se le podía ocultar ninguno de los delitos que un niño suele cometer. Leía en la mente de Miguel Ángel como si su cabeza fuera una bola de cristal y pudiera ver sus pensamientos e intenciones burbujeando allí donde nacían las ideas.

El hijo de Yawna, hermano de Miguel Ángel, heredó todas las facultades paranormales de su madre y desarrolló algunas más hasta límites increíbles, mediante el estudio de ciertas técnicas secretas que sólo poseían los monjes “Bundo”. Y el hijo de Fidel Aznar, sobrino de Miguel Ángel, había nacido también poseyendo estas facultades, aunque en grado menor que su padre.

La diferencia entre Banda y la familia del Almirante sólo consistía en que éstos eran gentes educadas y cultas, mientras que ella era una ingenua e ignorante salvaje. ¡Pero qué insalvable resultaba en la vida práctica esta “sola” diferencia!

El Almirante se había enamorado de Banda al rescatarla junto con otras gentes de su tribu en Atolón. Al llevarla consigo de regreso al autoplaneta “Valera”, Miguel Ángel Aznar tenía el propósito de educarla primero, y a continuación hacerla su esposa si Banda accedía.

Los Tapos se hablaban de mente a mente, de tal modo que por fuerza tenían que ser gentes francas y sinceras. Banda pudo leer en el pensamiento del Almirante, conoció sus intenciones casi en el mismo momento que éstas cobraban forma en la mente del valerano, y no le desagradaron. Los Tapos eran muy liberales en cuestiones de amor, al punto que ni siquiera entendían aquella extraña fórmula que en la sociedad valerana llamaban “matrimonio”.

Cuando a un Tapo le gustaba una chica, todo su problema consistía en despertar en ella idéntico sentimiento. Si la mujer le correspondía, buscaban un lugar tranquilo y se entregaban el uno al otro sin rubores ni reservas. Si la cosa era algo más que un deseo mutuo y momentáneo, podía ocurrir que la pareja decidiera vivir junta, pero entonces ninguno de los dos imponía condiciones. Si después de un tiempo a él le gustaba otra chica, o a ella otro hombre, cada cual era libre de obrar como mejor le cuadrara. El concepto de “infidelidad” no se conocía entre los Tapos. Un Tapo, naturalmente, podía levantar un muro entre su pensamiento y la mente indagadora de otro Tapo, y esconder sus ideas y sentimientos. Pero tal reserva no podría sostenerse indefinidamente. El Tapo reservón acabaría por descuidarse, en algún momento se cansaría de disimular, y cedería en su actitud de alerta y entonces sería descubierto en “su verdad”.

Un Tapo jamás se comportaría de este modo. Su pensamiento era diáfano como un cristal, y por lo tanto la pareja nunca se vería sorprendida por una inesperada traición. Un Tapo conocería las interioridades de su amante como las suyas propias, y en el momento que éste se sintiera inclinado por otra mujer lo sabría. Probablemente también conocería las causas y reconocería la propia

culpa, si tal culpa existía. De lo contrario perdonaría la debilidad de su pareja, hallando tan natural que éste se sintiera atraído por otra mujer, como que ella misma se sintiera atraída por otro hombre.

Para un valerano esta forma de ser de los Tapos resultaba muy difícil de digerir. A fin de cuentas, tal vez las cosas no fueran muy distintas entre valeranos y Tapos. La diferencia podía consistir tan sólo en que para un valerano, el que su mujer se fuera con otro era una afrenta. Los Tapos no eran tan orgullosos.

Pero Miguel Ángel Aznar no era un Tapo, sino un almirante de la Armada Sideral Valerana. ¿Iba a casarse él con una salvaje como Banda, exponiéndose a que en cualquier momento la encontrara en su cama con otro tipo? Para Banda sería lo más natural del mundo. ¡Vaya, pero no para él! ¿Qué dirían sus amistades? ¡Sería el hazmerreír de los vecinos!

El Almirante soltó un suspiro, tomó del velador su reloj de pulsera y en el mismo instante escuchó las risas y las voces de alguien que se acercaba. Algún vecino madrugador acudía a la piscina para practicar sus ejercicios físicos y darse un chapuzón.

—Bueno, vámonos antes de que empiece a llegar la gente.

Banda se puso en pie, se arrolló la toalla al cuello y echó a andar delante de Miguel Ángel con gracioso movimiento de caderas. Él la siguió por una corta escalera de mármol y luego por un sendero de grandes losas, apartando las ramas de las adelfas.

Al salir del sendero siguieron por un camino pavimentado de hormigón. A un lado se levantaban las altas redes de un recinto donde se veían varias pistas de tenis. Al otro lado se extendía un campo de fútbol cubierto de césped.

Nuevo Madrid, la capital de “Valera”<sup>[1]</sup>, se extendía horizontal sobre 2.000 kilómetros cuadrados. Las distancias eran tan grandes, que los ciudadanos habían tenido que organizarse en urbanizaciones o “parroquias”.

No existía una unidad de medida para definir las dimensiones de la “parroquia”. Generalmente los valeranos se buscaban unos a otros por razón de parentesco, por amistad, o por simple afinidad de profesiones o aficiones. Algunas de estas “parroquias” eran como reductos inexpugnables de ciertas minorías selectas, como famosos del cine y la televisión, cantantes, pintores, escritores o futbolistas. Había colonias enteras habitadas por físicos nucleares, por

ingenieros, por médicos, por controladores...

La “parroquia” había venido a ser el revulsivo contra la deshumanizada existencia de las grandes concentraciones urbanas, donde antiguamente la gente vivía hacinada en rascacielos tan grandes como colmenas. Actualmente no existía un solo rascacielos en “Valera”. Las modernas ciudades de casas unifamiliares se extendía sobre enormes extensiones, cada casa con su propio terreno, generalmente cercado por una valla o un seto, nunca a menos de cien metros de distancia de la vivienda más próxima.

La casa del Almirante Aznar estaba situada a media colina, casi oculta por dos enormes pinos, rodeada de jardín y de seto, con el garaje del “aerobote” a unos metros de distancia. En el gran silencio que lo llenaba todo, el timbre del teléfono podía escucharse mucho antes de llegar a la casa.

—¿Quién puede llamar a estas horas? —gritó de pronto Banda.

El Almirante apretó los puños y pasó junto a Banda esprintando por el sendero en dirección a la casa. Banda quedó parada atrás, en una extraña actitud, como concentrándose en sí misma. De pronto se desvaneció en el aire.

Miguel Ángel Aznar corría como un auténtico atleta, pero aunque la distancia no era superior a doscientos metros no pudo ganarle a la muchacha. Banda apareció de pronto en la galería del “bungalow”, materializada en el aire, como salida de la nada. Y se rió de él.

—¡Uf! —resopló el Almirante llegando hasta ella y asiéndose a una de las columnas del porche—. Todavía eres rápida, y eso que has engordado bastante desde que llegaste.

El timbre seguía sonando y el Almirante entró en la casa.

Acababa de cumplir cuarenta y seis años. Sin embargo, por su aspecto, parecía un joven de veintitrés o veinticuatro. No sólo lo parecía, realmente era joven. Un valerano podía conservar la apariencia y el vigor físico de la juventud hasta los cien años, y vivir hasta trescientos por la vía normal. Pero con la llamada “restitución” los valeranos podían efectuar el “salto atrás”, regresando en cada “salto” a la apariencia que tenía a los veinte años.

Esto era posible sólo gracias a la portentosa máquina Karendón.

Alto, de un metro ochenta centímetros de estatura, de

complexión atlética, pelo negro y ojos castaños, el Almirante Aznar era un hombre guapo, que unía a su atractivo físico cierta arrogancia y distinción natural. Militar de carrera, era uno de los almirantes más prestigiosos de la Armada Sideral Valerana, y como hijo del Almirante Mayor uno de los personajes más populares del planetillo.

Miguel Ángel Aznar se dirigió al pequeño televisor, se situó ante éste y apretó un botón. En la pantalla apareció en relieve y color la imagen del almirante Pereira.

—Hola, buenos días —saludó Pereira desde la pantalla, y añadió rápidamente—: Perdona que te llame tan temprano, a lo mejor todavía estabas durmiendo.

—No, pero casi ¿Qué ocurre? ¿Nos atacan los Ghuros?

—No, nada de eso. ¿Sabes qué día es hoy?

—Sí. Hoy se cumple un año que nuestra División de cruceros se encontró con una escuadra sideral ghuro y nos destrozaron. Mi padre y mi madrastra desaparecieron en esa batalla.

—Está bien, escucha. Tus amigos queremos estar seguros de que asistirás al descubrimiento del monumento al Almirante Aznar. Entiéndelo, estaría muy mal visto que tratándose de un acto en honor de tu padre no estuvieras presente.

—¿Me llamas en nombre propio, o a ruego del Almirante MacLane? —preguntó Miguel Ángel incisivamente.

—MacLane se sentiría muy incomodado si no acudieras.

—Me lo figuraba.

—Miguel Ángel, escucha. Te hablo como un amigo y también en nombre de esta nación. Las rencillas personales no deben contar en este momento. Los valeranos tenemos que mantenernos unidos, o nuestras diferencias nos conducirán a la guerra civil y al desastre. Después de todo, en una cosa al menos coincidís tú y MacLane, debemos reconquistar el circumplaneta.

—Las motivaciones son distintas. Si pienso que el circumplaneta debe ser reconquistado, es porque creo que nuestro futuro está allí. MacLane lo ve de forma distinta. Para él la reconquista de Atolón es un pretexto para continuar al mando de “Valera”. Si los valeranos renuncian a conquistar Atolón, este planetillo será declarado estado independiente. El pueblo exigirá la creación de un gobierno civil elegido democráticamente, en cuyo caso desaparecerá el Almirante

Mayor como jefe supremo, y las decisiones futuras pasarán a depender del Senado y del Jefe de Estado. MacLane trata de impedir que tal cosa ocurra, empujando a la nación a una guerra decidida y dirigida por él mismo. En mi opinión, desaparecida la República de Nueva Hispania, el pueblo debería recuperar su libertad de decisión y manifestarse mediante plebiscito sobre sus verdaderos deseos. No hacerlo así equivale a imponer a los valeranos una dictadura militar, en la que el Estado Mayor decide y ordena arrogándose el derecho de interpretar la voluntad de la nación sin haberla consultado.

—De acuerdo, puede que sea como tú dices —admitió el almirante Pereira haciendo una mueca de desagrado—. Sin embargo tú sabes tan bien como todos nosotros que si en estos momentos damos opción al pueblo a elegir, los valeranos decidirán por abandonar el circumplaneta. Siempre ha ocurrido así, y vosotros, los Aznar, lo sabéis mejor que nadie. El pueblo es indolente por naturaleza, sigue la ley natural del mínimo esfuerzo y no aceptará el enorme sacrificio de otra guerra. Atolón será abandonado a los Ghuros, y los valeranos volveremos a convertirnos en una nación aburrida, nostálgica y sin visión de futuro. Sabemos lo que es eso, ya hemos pasado por ello anteriormente. Cuando hace un millón de años llegamos aquí por primera vez, los valeranos ni siquiera querían oír hablar de conquistar el circumplaneta. Tuvo que ser tu padre, quien acaudillando a una minoría con fe y esperanza, nos impulsara a establecer aquella colonia que luego se convirtió en Estado. Las minorías hemos hecho esta sociedad, no el pueblo. En cierto modo tenemos derecho a imponer nuestro criterio, ya que la masa carece de discernimiento para saber lo que más le conviene.

—Eso no es verdad, Pereira —rechazó Miguel Ángel con energía—. La masa no es sólo masa, también tiene alma. Lo que hace falta es que se le hable, que se le expliquen las cosas y se la haga vibrar. MacLane carece de aptitudes de líder, y es por eso que no quiere arriesgarse a hacer una llamada al pueblo.

—Lo sé. Tú debiste haber accedido al puesto de Almirante Mayor cuando murió tu padre. Pero tú no estabas en “Valera” en ese momento y MacLane maniobró con astucia para hacerse nombrar. Tu problema es que eres demasiado joven y te llamas

Aznar. Los hombres y los nombres se desgastan en el ejercicio del poder, y aquí todos estaban deseando que entraran aires renovadores con otro apellido... aunque sólo fuera por el gusto de cambiar. De todos modos MacLane es un buen jefe. Es un hombre competente que siempre gozó de la confianza de tu padre. Lo que hay entre vosotros es puramente personal, no tiene que ver con la causa que todos defendemos y no debería interferirse en este problema.

—¿Por qué no se lo dices a MacLane? Yo no tenía nada en contra suya, fue él quien empezó a atacarme tan pronto alcanzó el mando.

—Miguel Ángel, por el amor de Dios, olvida eso ahora. Te he llamado para rogarte que asistas al acto. Después de la parada militar el Almirante Mayor ofrecerá un almuerzo a los altos mandos del Ejército y la Armada. MacLane definirá la política y la táctica a seguir respecto al circumplaneta. Prométeme que no faltarás. Tus amigos te lo piden.

Miguel Ángel Aznar lo pensó y luego levantó los hombros.

—Está bien, acudiré —dijo de mala gana.

—Nos encontraremos en la tribuna. El acto comenzará a las diez. Hasta luego —se despidió Pereira.

Miguel Ángel apagó el televisor y se volvió hacia Banda, que le contemplaba desde el centro del salón mientras se frotaba el cabello con la toalla.

—Ese hombre, MacLane, ¿es el padre de la chica con la cual tuviste relaciones? —preguntó Banda.

—Tuve relaciones con su hija, y más tarde con su nieta. Y no me casé con ninguna de las dos. Eso es lo que MacLane no ha podido perdonarme. La verdad es que no he sido serio con ninguna de las chicas que he conocido.

—¿Qué es ser serio? —preguntó la bella salvaje.

—Casarse. Debería haberme casado hace tiempo, incluso podría tener hijos ya crecidos.

—¿Por qué no quieres tener hijos conmigo?

—¿Contigo? ¡Oh, no! —rechazó el Almirante—. Nadie que esté en sus cabales puede casarse contigo. Los valerosos somos una gente bastante anticuada socialmente, estamos cargados de prejuicios, rendimos culto a las apariencias...

Miguel Ángel Aznar se interrumpió, reflexionó en silencio y luego dijo de improviso:

—Banda, lo nuestro debe terminar. Te llevaré con tu hermano.

Para cualquier otra muchacha habría sido necesario esforzarse en una larga y no demasiado convincente explicación. Algunas de las motivaciones del Almirante eran tan sutiles que él mismo no sabría definir las. Pero Banda era una Tapo, y como tal poseía la facultad de penetrar en el pensamiento de Miguel Ángel. Todo era más sencillo con Banda.

—¿Por qué piensas que no te sería fiel? —protestó la joven—. ¡Yo te amo!

—El matrimonio sería una carga demasiado pesada para ti, no sabes lo que es eso. Entre nosotros una esposa es algo más que la mujer con la que uno se acuesta. Fíjate, soy un Almirante de la Armada. A cierto nivel social la esposa desempeña un papel de importancia. Asiste a reuniones, recibe la visita de los colegas y amigos, cuida el prestigio de su marido y se prestigia con él. Una mujer grosera, antipática o casquivana puede arruinar la carrera de su marido. Puede ser motivo de que los compañeros murmuren y se rían de él. Banda, tú eres una chica encantadora, pero no estás educada para alternar en sociedad.

—¡Educame! —exclamó Banda tendiendo sus manos—. Haz de mí una esposa como te gustaría que fuera. Hubo un tiempo en que estabas dispuesto a educarme.

—Sí, y habría sido un error hacerlo. Nuestras fórmulas de convivencia no van con tu carácter.

—Modifica mi carácter, vuestras máquinas educadoras pueden hacerlo —suplicó la muchacha.

—¡No, nunca haré eso! —protestó el Almirante—. Si te educáramos como una mujer valerana dejarías de ser tú misma. Ya no serías Banda, la ingenua y encantadora salvaje, sino una chica vulgar como hay millones en “Valera”. Te quiero como eres y no te querría cambiada.

—Pero no puedes casarte conmigo en tanto sea una salvaje inculta y maleducada —dijo Banda mirándole con sus bellos ojos húmedos de lágrimas.

Él hizo un ademán resignado. Banda entonces le volvió la espalda para ocultar sus lágrimas.

Miguel Ángel la contempló con tristeza, admirando la curva de sus caderas y la firmeza de las nalgas. Era muy hermosa y todos sus instintos tiraban de él impulsándole a satisfacer sus apetitos sexuales. Hubiera sido fácil acercarse a ella, acariciar sus hombros desnudos y decirle al oído que la amaba y todo iba a continuar igual. Como tantas otras veces después de una pelea. La reconciliación habría terminado en la cama en un delirio de besos y caricias. Era fácil y deseaba hacerlo, lo difícil era apartarse de ella cuando todavía la amaba.

Podía casarse con Banda, claro. Las relaciones sexuales representaban el ochenta o el noventa por ciento del éxito de un matrimonio. Sexualmente los dos se entendían muy bien. Pero la vida conyugal no transcurría siempre en la cama, aunque fuera allí donde solían terminar la mayor parte de las desavenencias. El matrimonio tenía que ser algo más. Al menos debía serlo para Miguel Ángel Aznar, que ya había cumplido cuarenta y seis años y dejado atrás las ingenuidades de la primera juventud.

Miguel Ángel Aznar no sólo tenía una elevada posición social. Un Almirante de la moderna Armada Sideral Valerana no era un simple soldado; era una persona culta, con los conocimientos de un científico, con las inquietudes propias de un intelectual. Banda no era esposa para él.

## CAPÍTULO II

**L**LEVANDO Miguel Ángel se dirigió al baño de flores que él mismo había sacado del garaje y lavado con la manguera después de desayunar.

La Armada solía llamar aerofalúas a los aerobotes, pero todo era lo mismo. Podía describirse brevemente a estas máquinas voladoras como lujosos automóviles de turismo sin ruedas.

Por espacio de muchos siglos, los valeranos habían utilizado el automóvil eléctrico para moverse de un lado a otro en sus congestionadas ciudades. Durante el prolongado viaje del autoplaneta por el hiperespacio, “Valera” había colisionado con un cuerpo celeste, y a consecuencias del choque quedaron destruidas sus ciudades. Al replantear la reconstrucción de sus urbes, los valeranos lo hicieron de manera distinta, adoptando la proyección horizontal y tomando como unidad la casa familiar con mucho espacio verde a su alrededor.

Nuevo Madrid, la capital, no era ahora más grande de lo que era antes. Pero antes la ciudad había llegado a contar doce millones de habitantes, mientras que en la actualidad sólo tenía tres para una extensión sensiblemente igual. Con el nuevo concepto urbanístico desaparecieron los automóviles, y en su lugar se adoptó el aerobote familiar, silencioso, cómodo, económico y seguro.

Haciendo elevarse verticalmente el aerobote, Miguel Ángel hizo deslizarse lateralmente la navecilla hasta la vertical de la antigua avenida de América. En este momento brotó de su aparato de radio la agradable voz de una mujer:

“Se encuentra usted sobre el canal electrónico de salida número Tres. Avenida de América, entre el canal de ronda tres y cuatro. Dirección obligatoria hacia el Velódromo Municipal y Cripta.”

La avenida, que tenía un kilómetro de ancho, ofrecía en la

actualidad el aspecto de un largo valle flanqueado de verdes colinas. En lo alto y en las laderas de las colinas destacaban las manchas blancas y los tejados rojos de las casas familiares, las aguas estancadas de las piscinas comunales, los rectángulos de césped y de hormigón de las canchas de tenis, de baloncesto y de hockey, todo desparramado en un estudiado y encantador desorden, entre altos pinos y frondosos magnolios y encinas.

Mientras Miguel Ángel Aznar volaba sobre la avenida pudo ver una compacta muchedumbre que marchaba en dirección contraria, hacia la Plaza de España, portando carteles y pancartas. Algunas de estas pancartas eran tan grandes que pudo leer sin dificultad sus “slogans”: “Queremos un gobierno representativo elegido democráticamente”. “No más guerras. Abajo el militarismo”.

Desde hacía un año “Valera” vivía en un estado de creciente agitación. La movilización general decretada por el Almirante Mayor había chocado con la negativa de los valeranos a entrar en los cuarteles, registrándose actos de violencia entre los rebeldes y la Policía Militar. Hoy, en un intento por afianzar su autoridad, MacLane se proponía aprovechar la conmemoración del aniversario de la muerte del Almirante Aznar para celebrar una gran parada militar. Al reto del Almirante Mayor iba a contestar el pueblo con una manifestación masiva.

Desde la vertical del velódromo municipal, Miguel Ángel podía ver brillando al sol la gran cúpula dorada de la Cripta levantada sobre enormes columnas en una pequeña elevación del terreno rodeada de bosque.

La Cripta, que solía estar muy visitada, especialmente los domingos, aparecía casi desierta en este día declarado festivo. Apenas se veía una docena de aerobotes en la playa de estacionamiento que rodeaba al monumento. Eran en este momento las nueve y diez minutos de la mañana, diez minutos más tarde de la hora que Miguel Ángel había convenido con su hermano.

Abandonando el aparato en la zona de estacionamiento, el Almirante se dirigió hacia la Cripta. La cúpula era mucho más grande de lo que parecía desde lejos, y estaba sostenida por una línea de columnas sobre una plataforma de planta circular a la que se accedía por unas escalinatas de mármol blanco. Miguel Ángel subió las largas escalinatas, pasó junto a una de las columnas y

entró en el recinto.

El recinto era un templo en versión simplista y modernista. Su grandiosidad radicaba en el armónico equilibrio de sus formas, sus grandes dimensiones y la nobleza de los materiales empleados. La enorme cúpula era de oro macizo y todo su interior estaba tallado en relieves que representaban escenas religiosas de gran valor artístico. El suelo era de grandes losas de mármol blanco, vetado de azul pálido y rosa.

No había nada en el interior del templo, solamente la barandilla de una escalera que se hundía en el suelo y llevaba a la Cripta.

Los pasos de Miguel Ángel Aznar resonaron con impresionantes ecos al cruzar el templo hasta la escalera. Bajando por ésta llegó hasta una gran bóveda excavada en la sólida materia de la que estaba constituido todo el planetillo. Esta bóveda era casi tan grande como el templo que estaba sobre ella, y todo el techo aparecía cubierto de bellísimas pinturas sobre temas referidos a la inmortalidad del alma, a la transmigración y a la Dimensión Eterna. En la cripta el suelo era de placas de cristal de roca tallado en prismas, recubierto de una lámina continua de “diamantina”. La luz procedía de más abajo de las placas de cuarzo y se descomponía en los prismas en todos los colores del arco iris. El efecto era espectacular. El visitante creía estar flotando sobre una nube iridiscente, envuelto en una radiante claridad.

Distribuidas a distancias regulares a lo largo del muro, separadas entre sí por celosías, estaban las máquinas “Karendón”. Miguel Ángel vio el uniforme verde y azul de un oficial de la Armada Sideral y la túnica morada de un “Bundo” ante una de las máquinas.

Eran su hermano y su sobrino.

Fidel Aznar —Adler Ban Aldrik en bartpurano— era un gigante rubio de dos metros de estatura con una voluminosa cabeza. Pese al tamaño del cráneo, que llevaba totalmente rapado, no resultaba grotesco en razón de la amplitud de los hombros y el volumen del tórax. El rostro de este mestizo de terrícola y bartpurana era de una belleza angelical, casi extraterrena. En sus ojos azules, en su porte y en cada uno de sus movimientos, había una serena majestad. Con su túnica morada y los pies desnudos calzados con sandalias doradas parecía tan irreal como el ambiente que le rodeaba.

El hijo de Adler Ban Aldrik, oficial de la Armada, era un

muchacho alto y rubio, casi tan guapo como su padre, aunque sin el aire místico y la acusada personalidad de aquél. En el joven Fidel sólo la cuarta parte de su sangre era bartpurana. Tan alto como Miguel Ángel, vestía la chaquetilla verde y el pantalón blanco con galones de oro del uniforme de gala de los astronautas valeranos.

—Llegas tarde —dijo el “Bundo” al Almirante.

—Lo siento —se disculpó Miguel Ángel.

—Primero veremos a Yawna —dijo el “Bundo”. E hizo una señal afirmativa a la operadora de la “Karendón”.

La operadora se dirigió a la computadora y oprimió un botón en el cuadro de mandos. Se escuchó un poderoso zumbido y una cinta de oro perforada de 15 centímetros de ancho empezó a entrar en la ranura de un lector fotoeléctrico.

La parte más llamativa de la instalación era una gran caja alargada que estaba aislada del resto sobre un pedestal formado por dos fustes de mármol. De gruesas paredes, la caja quedaba disminuida en su espacio libre interior. La parte lateral que miraba al centro de la cripta estaba desplazada un metro hacia afuera, formando a modo de una pantalla de unos 50 centímetros de espesor revestida de porcelana.

Los tres hombres fueron a situarse en fila ante la pantalla, mirando por encima del borde de ésta al interior de la caja, totalmente revestida de vidrio.

La caja estaba vacía, pero el milagro iba a realizarse en un minuto. El secreto estaba en la computadora, que en este momento leía e interpretaba las perforaciones de la larga cinta metálica, combinando electrones y protones, neutrones y demás partículas subatómicas, para constituir con ellos la estructura atómica básica de la materia.

Dos metros de cinta perforada pasaron por el lector y la máquina cambió de sonido. De pronto brilló un relámpago en el interior de la caja, y al apagarse la luz los ojos deslumbrados vieron algo que acababa de aparecer donde un segundo antes no había nada.

Sobre el fondo de la caja había aparecido una mujer envuelta en una rica túnica dorada, con una cenefa bordada en hilo de oro en la orilla, los pies desnudos calzados con sandalias amarillas. Las largas y aristocráticas manos, de uñas pintadas, sostenían sobre el pecho

un ramo de rosas rojas.

Dos brazos metálicos, accionados hidráulicamente, asieron de cada extremo la lámina de cristal y la levantaron en el aire. La mujer, tendida sobre la lámina, pasó por encima de la pantalla, los brazos hidráulicos descendieron y Yawna, la esposa del Almirante Mayor y madre de Fidel, quedó expuesta a una altura conveniente.

La cabeza del cadáver descansaba sobre un cojín de terciopelo rojo con cordón de pasamanería dorado en los bordes y borlas en las esquinas. El cabello rubio aparecía formando un complicado y artístico peinado. La mujer tenía los ojos abiertos. Éstos eran de un bello azul y su expresión estaba llena de vida y felicidad.

Las flores esparcieron su delicado aroma, porque aunque creadas artificialmente, eran tan verdaderas como las que un día fueron desmaterializadas con el cadáver. El mismo cadáver conservaba todavía el calor de la vida y el saludable color de la piel.

Los tres hombres contemplaron en silencio el cadáver. Fidel Aznar estrechó las manos de su madre.

Luego se apartó, se volvió hacia la operadora de la “Karendón” e hizo una seña.

Los brazos hidráulicos volvieron a levantar la lámina de cristal con la mujer tendida sobre ella. El cadáver regresó a la caja y fue desmaterializado en medio de un relámpago azulado. Dentro de otro millón de años, si todavía existía una máquina “Karendón”, Yawna podría aparecer de nuevo a los ojos de sus lejanos descendientes. Y entonces sus mejillas tendrían el mismo saludable color, y sus blancas manos estarían tibias y sus flores rojas seguirían esparciendo el mismo fragante y siempre renovado perfume.

La “Karendón” estaba funcionando de nuevo, pasando por el lector fotoeléctrico dos metros de cinta de oro perforada. El cuerpo de don Miguel Ángel Aznar fue restituido de idéntica forma que antes lo había sido su esposa, y sobre la lámina de cristal quedó expuesto ante sus dos hijos y su nieto.

El Almirante Mayor vestía el uniforme de gala de la Armada, teniendo a su lado, abarcado con la mano enguantada, el dorado casco con cimera de elegantes plumas blancas y rojas. Su pecho estaba cubierto por una coraza de titanio en baño de porcelana, con adornos en blanco, azul y oro.

Los tres hombres contemplaron durante unos minutos el

cadáver. Finalmente éste fue devuelto a la caja y desmaterializado. Los Aznar saludaron a la operadora y salieron, bajo el peso de los recuerdos evocados por los cadáveres de sus padres.

La Cripta era la nueva versión del cementerio valerano, un cementerio sin losas sepulcrales, donde los seres queridos podían contemplarse en el momento que uno deseaba, y siempre aparecían con el mismo saludable aspecto que tuvieron en vida.

Silenciosamente los tres Aznar abandonaron el templo y se dirigieron hacia el estacionamiento de aerobotes, deteniéndose junto a la aerofalúa de Miguel Ángel.

—Ya ni nos vemos —dijo el Almirante—. Antes, al menos, coincidíamos alguna vez cuando venías a casa a ver a los padres. Tengo la impresión de que todo aquello queda muy lejos, como los días de nuestra niñez en Bartpur.

—Ciertas cosas son irrepetibles. Como la niñez. No se puede ser niño dos veces —dijo el monje “Bundo”.

—Sí, eso es cierto —suspiró el Almirante.

—¿Vas para el centro? —preguntó el joven—. ¿Puedo ir contigo?

El Almirante miró sorprendido al monje “Bundo”.

—¿No has sido invitado a la inauguración del monumento a nuestro padre?

—En efecto, he sido invitado. Pero no voy a asistir. Ya sabes lo que opinaba el Almirante sobre las estatuas.

—Lo sé. Él decía que sólo sirven para que los pajaritos vayan a ensuciarse encima de ellas. De todos modos se trata de un acto en memoria suya.

—La familia estará suficientemente representada en vosotros —dijo el “Bundo”.

Conociendo como conocía a su hermano el Almirante no insistió. Consultó su reloj y vio que tenía el tiempo justo para llegar a la Plaza de España antes de que comenzara el acto.

—Nos veremos un día de éstos —dijo. E hizo una señal a su sobrino para que entrara en la aerofalúa.

El aparato se elevó en el aire con su facilidad característica y luego se movió hacia adelante poniendo rumbo a la ciudad, dirigiéndose por la Ronda exterior hacia el canal electrónico de Penetración Dos.

En “Valera” había unos cinco millones de aerobotes, la inmensa mayoría de ellos concentrados en una docena de grandes poblaciones. Para que este elevado número de aeronaves pudiera moverse sin provocar accidentes habían adoptado una serie de medidas, compendiadas en un Código de Circulación Aérea. Todo el planetillo estaba triangulado, quedando las ciudades unidas por unas rutas fijas de dirección única, y cada ruta dividida en un número de escalones o niveles, distintos según la velocidad a que se propusiera volar el usuario.

En las ciudades, donde el tráfico aéreo era muy denso, existían los llamados caminos de ronda y los canales de salida y penetración.

La ruta que procedía de Barcelona, sobre el trazado de la antigua autopista, coincidía con el Canal de Penetración Dos, antigua Avenida del Capitán Fidel. El camino de Ronda Exterior, por donde el Almirante Aznar y su sobrino se dirigían al Canal Dos, cortaba la ruta de Barcelona sobre la Vertical del Nuevo Estadio.

En el breve tiempo de media hora, mientras Miguel Ángel iba y regresaba de la Cripta, el tráfico había aumentado considerablemente en la intersección de la Ruta “B” con la Ronda Exterior, donde se había formado un colosal atasco. La razón parecía deberse a que los aerobotes de la Policía cerraban el acceso a la antigua Avenida del Capitán Fidel, utilizando potentes altavoces para aconsejar a los ocupantes de las aeronaves que tomaran tierra sobre el amplio camino de Ronda.

Pero los viajeros de Barcelona querían llegar hasta el centro de la ciudad con sus propios aerobotes.

Desatendiendo las recomendaciones de la Policía, los forasteros rompieron con el atasco utilizando el expeditivo recurso de abandonar el canal electrónico para echar a volar cada uno por su lado. Los aerobotes de la Policía se lanzaron en persecución de los transgresores de la Ley, el atasco se disolvió como humo y la aerofalúa del Almirante Aznar pudo seguir adelante con el Canal Dos en dirección a la Plaza de España.

—La gente tiene ganas de follón —observó el joven Fidel Aznar—. Han venido muchos forasteros.

Cerca de la Plaza de España Miguel Ángel vio de nuevo a la muchedumbre de manifestantes que avanzaba por las dos calzadas

de la avenida agitando pancartas. Alrededor de la plaza se encontraron con un cordón de aerobotes de la Policía Militar. Los aerobotes que habían transgredido el Código de Circulación veinticinco kilómetros más lejos estaban aterrizando donde podían, en medio del parque de la Avenida del Capitán Fidel, y sobre las verdes colinas entre las casas familiares. La Policía les seguía hasta allí para perseguirles en tierra.

Muchos forasteros iban a dormir aquella noche en la cárcel.

La Plaza de España era de planta circular, de cinco kilómetros de diámetro. En ella convergían las seis grandes avenidas radiales. Todo el perímetro de la plaza tenía una calzada asfaltada de un kilómetro de ancho, estando la parte central ocupada por un parque. Sobre esta calzada estaban concentradas las fuerzas que iban a participar en la gran parada militar.

Volando a gran altura sobre la Plaza de Esparta, algunos aerobotes dejaban caer una auténtica lluvia de octavillas, que al bajar revoloteando creaba la ilusión de una copiosa nevada.

Dos aerobotes de la Policía Militar acudieron a interceptar a la aerofalúa. Pero viendo en las portezuelas de ésta las tres estrellas de un Almirante se apartaron y la dejaron pasar.

Miguel Ángel Aznar llevó su aerofalúa frente a las torres gemelas del Almirantazgo y el Generalato, tomando tierra en medio de la calzada, donde lo estaban haciendo otros aparatos. Allí, un cabo de la Policía Militar se hizo cargo de la nave llevándola a la zona de aparcamiento que quedaba detrás de las tribunas.

Vistiendo el uniforme de gran gala; pantalón blanco con galón dorado, altas botas de cuero rabiosamente rojo, coraza esmaltada de porcelana con grabados de oro y verde, y casco dorado con alta cimera de plumas blancas y rojas, el joven Almirante Aznar estaba a tono con el brillante colorido de la escena.

Todo el perímetro de la enorme plaza estaba rodeado de altos mástiles en los que ondeaban grandes banderas. Las tribunas estaban cubiertas con toldos listados de alegres colores, y en ellas se agitaba un público multicolor, entre el que destacaban las flotantes cimeras de los dorados cascos, las corazas de los generales y almirantes, las gorras blancas y rojas de los oficiales, los bicornios de la Armada, los sombreros de las damas, el reflejo de los broches y collares, los globos de los niños...

Bandadas de palomas pasaban y repasaban incesantemente sobre la plaza. Guirnaldas de flores cubrían las barandillas de los palcos. Centelleaban al sol los instrumentos de las bandas militares, los cromados y cristales de las aerofalúas, los sables de los oficiales. Y toda la escena estaba amenizada por las marchas militares que difundían los altavoces pródigamente instalados alrededor de la plaza.

Las paradas militares, frecuentes en otros lejanos tiempos, se prodigaban poco en la actualidad. El creciente automatismo de las armas había ido reduciendo cada vez más el numeroso Ejército Valerano, y en las modernas corrientes de opinión se consideraba poco menos que humillante obligar a unos millares de hombres y mujeres a desfilar marcando el paso... para satisfacción de unos pocos generales y almirantes cómodamente instalados en una tribuna.

Desafiando este sentir de la nación, el Almirante Mayor y Comandante Jefe de las Fuerzas Armadas Valeranas había dispuesto la celebración de una gran parada como no se recordaba en mucho tiempo. Cien mil soldados y astronautas iban a desfilar en la conmemoración del primer aniversario de la muerte del anterior Almirante Mayor.

El monumento a la memoria del Almirante Aznar aparecía cubierto con una lona frente al palco desde el cual el Almirante MacLane presenciaria el desfile, pero su emplazamiento definitivo quedaría situado unos doscientos metros más lejos, en un pequeño jardín entre las dos calzadas de acceso a las verjas, detrás de las cuales se levantaban las torres gemelas del Almirantazgo y el Generalato, y la rampa que conducía a la Sala de Control.

Alrededor del monumento y al pie de la tribuna se movían como pavos reales los generales y almirantes con sus bellas corazas y sus dorados cascos rematados por vistosas cimbras de plumas. Allí estaba el Estado Mayor en peso, y los jefes más prestigiosos de las unidades de la Armada y el Ejército Valerano.

Mientras Miguel Ángel Aznar saludaba a unos y otros llegó la lujosa aerofalúa del Almirante Mayor. En este momento sonó por los altavoces el cornetín de órdenes. Todos adoptaron la posición de "firmes" mientras una de las bandas interpretaba el himno nacional y el Almirante Mayor se apeaba de la nave dirigiéndose al podium.

El cornetín de órdenes dio otro toque y se hizo el silencio. Otro toque de cornetín ordenó descanso a las tropas. El abigarrado público que colmaba las largas tribunas volvió a sus asientos y el Almirante MacLane avanzó hasta la batería de micrófonos sacando un papel del bolsillo. Desde todos los ángulos las cámaras de televisión estaban enfocadas sobre él.

“¡Valeranos!” —empezó diciendo MacLane. Y como un eco se escuchó un sonoro abucheo procedente de las decenas de miles de personas alrededor de la Baza de España.

Miguel Ángel Aznar advirtió entonces que había un apretado círculo de soldados equipados con armadura de “diamantina” a todo lo largo del muro que rodeaba la plaza. Ésta tenía casi dieciséis mil metros de perímetro, y había un soldado armado con larga verga en cada metro de terreno. ¡Quince mil hombres solamente para impedir que el público invadiera la calzada donde estaban concentradas las tropas! Tal despliegue de fuerzas parecía extraordinario, desproporcionado quizás con los propósitos del pueblo, cuyas invectivas iban contra la persona de MacLane, no contra las tropas constituidas por el propio y sufrido pueblo.

El Almirante MacLane decidió continuar, visto que no cesaban los abucheos:

“Valeranos. Hoy nos reunimos aquí para honrar la memoria de uno de los hombres más ilustres de nuestra Historia contemporánea. Último de una familia de grandes almirantes, el Almirante don Miguel Ángel Aznar Polaris fue el hombre en quien se cerró una época, y se empezó a escribir un nuevo capítulo, probablemente el más decisivo para el futuro de nuestro pueblo.”

Los abucheos habían ido descendiendo de tono hasta hacerse el silencio. Quizás este silencio no era de respeto al propio MacLane, sino al hombre cuyo nombre invocaba.

El Almirante MacLane continuó con voz firme:

“La vida de nuestro almirante fue un bello ejemplo de tesón, de confianza en sí mismo y en el porvenir de la nación valerana. El Almirante Aznar fue un soñador, y soñó para “Valera” un destino maravilloso. El vio este planetillo como un mensajero alado... como un portador de la fertilidad, destinado a inseminar la vida y hacer brotar la llama de la inteligencia en los remotos mundos que todavía están por descubrir. Tales eran los sueños del Almirante

Aznar cuando hace un millón de años “Valera” llegó por primera vez a este lugar y descubrió el circumplaneta Atolón.

“Doscientos setenta y ocho años antes, “Valera” había roto los vínculos con la humanidad de Redención, y declarándose República independiente, los valeranos eligieron un gobierno democrático, destituyeron al Almirante Mayor, desmontaron el aparato militar y otorgaron a los políticos la responsabilidad de decidir los destinos de la nación. “Valera” no recuerda período más nefasto que aquellos casi tres siglos de régimen parlamentario...”

Un ensordecedor griterío interrumpió las palabras del Almirante Mayor. La muchedumbre agitó las pancartas y rompió en gritos de ¡gobierno democrático!, tratando al mismo tiempo de forzar el cinturón de policías e irrumpir en la calzada para dirigirse hacia la tribuna. La Policía Militar, protegida con sus formidables armaduras de “diamantina”, esgrimió sus largas porras y arremetió contra la multitud.

Fue tal la contundencia con que se emplearon los hombres de la Policía Militar, que su brutalidad desató las iras de la muchedumbre. El público se arrojó sobre los policías, entablándose una lucha de carácter violento.

El combate entablado en las proximidades de las tribunas se extendió como un reguero de pólvora por todo el contorno de la plaza. La Policía, aun siendo numéricamente inferior, se defendía bien, porque sus miembros estaban perfectamente entrenados, poseían una fuerza hercúlea y además recibieron refuerzos.

De las amplias escalinatas que conducían a la subterránea Estación de Emigración empezaron a salir millares de soldados vestidos de “diamantina” azul. Otros refuerzos llegaron por el aire a bordo de aerobotes.

Todo esto ocurría ante los ojos de los cien mil soldados y astronautas que formaban la parada militar. Muchos soldados, indignados ante la brutalidad de la Policía Militar, abandonaron la formación y tomaron partido por el público. Los oficiales les ordenaron regresar a sus puestos, pero o sus voces no fueron oídas en medio del ruido y los gritos, o los soldados no quisieron escucharlas. Los oficiales ordenaron entonces al resto de la trompa que hicieran regresar a los rebeldes, pero entre los mismos oficiales surgieron desavenencias, produciéndose una confusión de órdenes

contradictorias.

Finalmente una parte de las tropas se dispuso a intervenir. Pero entonces intervinieron contra ellos los que no querían intervenir. En pocos minutos se generalizó la lucha y toda la Plaza de España se transformó en un campo de batalla.

La primera impresión de que algo estaba ocurriendo, la tuvo Miguel Ángel por la actitud del público de las tribunas, que se ponía en pie para mirar a algún sitio que quedaba fuera del campo visual desde el pie de la tribuna. El Almirante Mayor miraba a su alrededor con el ceño fruncido, esperando a que cesara el tumulto para continuar su discurso. Tal discurso nunca llegó a terminarse.

Un oficial de comunicaciones, que empuñaba una pequeña emisora de bolsillo, corrió hasta el pie del palco del Almirante MacLane y gritó:

—¡Un motín, señor! ¡La parada ha roto la formación y parte de la tropa está luchando contra la Policía Militar y sus propios oficiales!

Miguel Ángel Aznar no esperó a ver la reacción de MacLane.

Se alejó de la tribuna y salió a la calzada. Entonces vio a unos quinientos metros de distancia la cabeza de la parada. Las filas estaban rotas y los soldados luchaban entre sí en mitad de una enorme confusión. Un grupo de paisanos, esgrimiendo palos y dando voces, irrumpió en la calzada en el lugar donde terminaban las tribunas.

El público, asustado, empezaba a abandonar las tribunas en desorden. La cosa parecía seria y Miguel Ángel Aznar regresó hacia el palco.

El Almirante Mayor, sumamente nervioso, había abandonado el podium y gritaba imperiosas órdenes a su ayudante y a los jefes de la parada:

—¡Vamos a refugiarnos en la Sala de Control! ¡Que el público abandone las tribunas y se ponga a salvo tras las verjas del Almirantazgo! ¡Que alguien se ocupe de mi esposa!

Los jefes militares echaron a correr en todas direcciones mientras el Almirante Mayor se dirigía a la entrada de la verja de “dedona” que protegía el recinto donde estaban las torres gemelas del Almirantazgo y el Generalato. El Estado Mayor le siguió. El Almirante Aznar llamó a su sobrino.

El público vociferante había invadido la calzada ante las tribunas, esgrimiendo pancartas y gritando mueras contra los militaristas. Dos aerobotes de la Policía Militar vinieron a tomar tierra ante el podium. Una docena de policías desembarcaron empuñando metralletas. Dispararon al aire para intimidar a los amotinados. Éstos se detuvieron.

El Almirante Mayor se dirigía rápidamente hacia las verjas del recinto, rodeado de su Estado Mayor y demás jefes de la Armada y el Ejército. El público abandonaba las tribunas y corría también hacia las dos entradas. En éstas la guardia estaba siendo reforzada con nuevos elementos de la Policía Militar llegados de los edificios que estaban detrás del jardín.

—Parecemos un ejército derrotado en retirada —observó el joven Fidel Aznar mirando alrededor.

Ante las verjas de “dedona” el Estado Mayor fue alcanzado por el público que venía de las tribunas. Militares y civiles pasaron las amplias puertas confundidos en desordenado tropel. En la Plaza de España seguían sonando tiros entre un clamor de voces y gritos.

A unos trescientos metros de las verjas del recinto la calzada desembocaba en una gran explanada de cemento que se extendía ante las torres gemelas del Generalato y el Almirantazgo. En esta explanada se habían dispuesto las mesas para el almuerzo que el Almirante Mayor iba a ofrecer aquella mañana, bajo grandes toldos en forma de carpa sostenidos por mástiles.

Cruzando bajo los toldos, los Aznar siguieron al grupo hasta la rampa de acceso al subterráneo de la Sala de Control. Esta rampa era bastante larga y formaba un recodo en forma de “U” desembocando en una plazoleta brillantemente iluminada. A mano izquierda, según se entraba, estaban las amplias vidrieras de “diamantina” que aislaban la plazoleta del vestíbulo de la Sala de Control.

La Sala de Control era el lugar mejor guardado de todo el autoplaneta, y sólo tenían acceso a ella el Almirante Mayor y sus ayudantes, los miembros del Estado Mayor y los dos mil técnicos especializados y controladores prestaban sus servicios en ella. Pero incluso para éstos era obligatoria la identificación previa.

El Almirante Aznar era miembro del Estado Mayor, y el capitán Fidel Aznar trabajaba todos los días en la Sala de Control como

técnico especialista. Pasando ante un mostrador, al llegarles su turno, el Almirante Aznar y su sobrino pusieron la mano abierta sobre el cristal de un mostrador. La identificación, realizada por medios electrónicos automáticos, era prácticamente instantánea. Cada uno recibió una tarjeta que colgó de un ojal de su guerrera.

En el amplio vestíbulo, el Almirante MacLane reunió en torno a sí a los almirantes y generales del Estado Mayor.

—Si los amotinados llegan hasta aquí, dejaremos caer la cortina de “dedona”. En modo alguno permitiremos que la Sala de Control caiga en manos de los rebeldes —dijo MacLane.

—¿Cuáles rebeldes? —replicó el Almirante Pereira—. Sinceramente no creo que exista ningún plan preconcebido para apoderarse de la Sala de Control. Los revoltosos no llegarán a trasponer la verja del recinto.

—Olvida usted que hay cien mil soldados y astronautas armados allí afuera, luchando en rebeldía contra sus propios jefes y la Policía Militar —dijo MacLane incisivamente—. Es evidente que existe un plan preconcebido, con mandos implicados para promover un alzamiento en toda regla. No me sorprendería que incluso hubiera traidores entre el mismo Estado Mayor.

—Usted no estará hablando en serio ¿verdad? —interrogó el Almirante Pereira frunciendo el ceño.

Sin responder a la pregunta de Pereira, el Almirante Mayor se volvió buscando a sus ayudantes. Allí estaba el comandante Huertas.

—Huertas, vaya a la sala de la “Karendón” y haga venir tantos policías como puedan restituir las máquinas —ordenó secamente MacLane. Luego se dirigió al Estado Mayor—: Vengan a la sala de mapas.

Fidel Aznar no pertenecía al Estado Mayor y por lo tanto no estaba autorizado a asistir a las reuniones de éste sin una invitación expresa.

—Lo siento —dijo Miguel Ángel a su sobrino—. Nos veremos más tarde.

El muchacho hizo una mueca resignada y el Almirante Aznar echó detrás del grupo por un largo corredor de techo abovedado.

En la sala de mapas las paredes estaban cubiertas de grandes pantallas de proyección. Al contrario de la sala de reuniones, aquí

no había detalles de lujo; una simple mesa ovalada en el centro rodeada de cómodas butacas y gran cantidad de archivadores contra los muros constituían todo el mobiliario.

El Estado Mayor, formado de ocho generales y ocho almirantes, además del Almirante Mayor, tomó asiento alrededor de la mesa. El Almirante MacLane pulsó un botón del pequeño televisor que estaba al alcance de su mano, en una esquina de la mesa, y esperó hasta que apareció en la pantalla el rostro del operador.

—Conécteme con la Plaza de España, quiero ver lo que ocurre allí —ordenó MacLane.

—Sí, señor.

Seis grandes pantallas se iluminaron en los muros, todas ellas ofreciendo escenas de la Plaza de España desde distintos ángulos. A través de los micrófonos de ambiente llegó el ruido de la lucha, la cual continuaba en todo el perímetro de la plaza entre la muchedumbre y la Policía Militar. Gran número de soldados participaban también en la batalla, si bien éstos en su mayoría se habían retirado hacia el parque central, donde mantenían una actitud expectante vigilados por los oficiales.

En otra pantalla se contemplaba una animada escena de la lucha tomada por una cámara a corta distancia. El suelo estaba cubierto de hombres tendidos, tanto civiles como miembros de la Policía Militar. Se veían muchas escafandras y otras piezas diversas de las armaduras de “diamantina” desparramadas por todas partes. Estas piezas eran desplazadas continuamente de un lado a otro al tropezar con ellas los contendientes en el ardor de la lucha.

Sorprendentemente, aunque estaba en inferioridad numérica, la Policía Militar repartía por lo menos tantos golpes como recibía, de modo que no podía decirse en justicia que estuvieran siendo reducidos por la superioridad del número. Más bien parecía al contrario. Mientras los revoltosos daban evidentes señales de fatiga, la Policía Militar se aplicaba con extraordinario vigor, repartiendo golpes con sus largas porras.

En otra pantalla, transmitiendo imágenes desde una cámara situada sobre el edificio de la Estación de Emigración, se vio un contingente de unos doscientos policías militares armados de porras que subían corriendo las escalinatas para irrumpir en la Plaza de España.

—Es evidente que no hay rebelión organizada alguna —señaló el Almirante Pereira—. Las fuerzas militares se han retirado y permanecen neutrales.

—¿Por qué neutrales? —interrogó el General Ortega—. Deberían estar colaborando con la Policía Militar, ayudando a restablecer el orden en lugar de permanecer en esa actitud pasiva.

En este momento, a través de la cámara emplazada sobre la Estación de Emigración, Miguel Ángel Aznar veía otro contingente de doscientos soldados de la Policía Militar subiendo a la carrera las escalinatas.

Había algo singular en aquellas fuerzas que hizo fruncir el ceño al Almirante Aznar. Él había llevado muchísimas veces una armadura de “diamantina” y conocía por propia experiencia lo difícil que resultaba moverse con este equipo. Sin embargo aquellos policías se movían con sorprendente agilidad. Incluso con armadura de “diamantina” corrían, saltaban y golpeaban incansablemente.

—MacLane, ¿puedo preguntarle de dónde han salido tantos policías? —preguntó Miguel Ángel Aznar.

No fue el Almirante Mayor, sino Ortega quien respondió malhumorado:

—Es evidente que acuden de otras partes a través de las Karendón Traslator de la Estación de Emigración.

—¿De qué parte? —insistió Miguel Ángel Aznar—. En todo el autoplaneta no hay más que quince mil policías militares. Aquí en Nuevo Madrid hay muchos más esta mañana. ¡Y todavía siguen llegando! ¿Es que tenemos fábrica de policías?

—Sí, ésa es la respuesta —dijo MacLane—. Esos policías no vienen de ninguna parte. Están siendo restituidos en las Karendón de la Estación. Son izrailitas.

—¿Cómo dice usted? —preguntó Miguel Ángel Aznar, mientras todas las miradas se volvían sorprendidas sobre MacLane.

Con las mejillas coloradas de excitación, MacLane afirmó:

—Izrailitas. No son seres humanos, sino mujeres robot fabricadas por la Karendón sobre un modelo de Izrail. ¿Recuerdan ustedes a Izrail? Los viejos bartpuranos lo conocían por Dholak, el Ángel de la Muerte.

Un silencio profundo se hizo entre los reunidos alrededor de la mesa. Sólo se escuchaba el sordo clamor de la muchedumbre

enfurecida que en la Plaza de España luchaba contra los robots.

## CAPÍTULO III

**Q**uando Izrail había pasado los doscientos millones de años de la historia recordaba a los valeranos que llegaron por primera vez a la vista del circumplaneta.

Los valeranos encontraron el circumplaneta habitado por una raza gigante de insectos sociales, las Mantis. Pero después de las primeras exploraciones se pudo determinar sin lugar a dudas que aquel mundo había estado ocupado en tiempos remotos por otra raza inteligente.

Los vestigios de la existencia de otra raza superior eran numerosos en el circumplaneta, manifestados sobre todo en las ruinas de sus ciudades. Un joven doctor en psicología, aficionado también a la parapsicología, Eladio Ross, realizó algunos experimentos parapsicológicos en las ruinas de una ciudad, llegando, a través de éstos, hasta un subterráneo donde descubrió el cuerpo incorrupto de una mujer de extraordinaria belleza.

Extraída del sótano donde llevaba enterrada miles de años, expuesta a la luz del sol, poco después la increíble mujer daba señales de vida. No era un ser mortal, sino un robot. Pero tan perfecto, que hasta mucho más tarde nadie lo descubrió.

En efecto, Dholak (Izrail) tenía todos los atributos propios de una mujer auténtica. Sus ojos azules, el color de sus labios, la tersura de su piel y hasta el contacto de su carne eran los de un ser humano. Sin embargo era un robot.

Izrail hizo revelaciones sorprendentes; era el único ser sobre el circumplaneta que conocía el lugar oculto donde se conservaban los últimos supervivientes de la raza bartpur.

Los bartpures o bartpuranos, al borde de su extinción, recurrieron a un medio ingenioso para suspender su actividad vital a la espera de una mejora de las condiciones ambientales de su hiperplaneta. Tal recurso consistió en desmaterializarse en las

máquinas “Karendón”.

Cada hombre, cada mujer y cada niño quedó de este modo “resumido” en una lámina de oro de 15 centímetros de ancho y aproximadamente dos metros de longitud. La fórmula de los componentes físicos de cada bartpurano quedaba expresada en un código de perforaciones sobre la lámina de metal. Así, como míticos genios de los cuentos orientales, cincuenta millones de bartpuranos esperaban el momento en que alguien pondría en marcha la máquina que les rescataría de su encantamiento.

Tal papel correspondió a los valeranos. Pero antes, la actitud de la nación valerana fue observada, sopesada y sometida al severo juicio de Izrail. Los sorprendidos valeranos no podían creer que unos hombres tan sensatos como los bartpuranos hubiesen confiado su vida a un robot.

Un análisis meditado del asunto demostraba otra cosa distinta. Izrail “sólo” era una máquina, y como tal, aunque increíblemente perfecta, carecía de facultades de abstracción que sólo poseía el cerebro humano. Cuando el hermoso Izrail observaba la conducta de los valeranos, lo que hacía en realidad era anotar una serie de datos, cada uno de ellos con un valor entre cero y uno.

Si la suma de los “síes” daba el nivel exigido, entonces quizás se encendiera una luz en el cerebro del robot, o se estableciera una conexión eléctrica que ordenaría a Izrail revelar el lugar secreto donde se escondían las máquinas “Karendón”.

Izrail llevó impecablemente a cabo la misión que se le había confiado, y posteriormente quedó bajo la custodia del doctor Ross, quien se propuso estudiar el comportamiento del robot en una paciente labor de años.

Tal era Izrail, el robot del cual el Almirante Mayor confesaba haber obtenido millares de copias a través de las máquinas “Karendón”.

—¡Miles de sosias de Izrail! —exclamó roncamente el General Baronet—. ¿De quién fue tan estúpida idea?

—Mía —dijo secamente el Almirante Mayor.

Baronet apretó los labios, enrojeció, pero no intentó siquiera disculparse. Héroe en la campaña de reconquista de la Tierra, Baronet era el general más veterano y el que gozaba de mayor prestigio en el Ejército Valerano. Mientras el resto de los miembros

del Estado Mayor guardaba silencio, Miguel Ángel acudió valientemente en apoyo de la opinión de Baronet.

—¿No fue una decisión muy importante para haberla tomado unilateralmente? ¿A quién se consultó?

El joven Almirante Aznar miró a su alrededor, como esperando una respuesta del Estado Mayor. Fue MacLane quien respondió con aspereza:

—En toda su vida, mientras fue Almirante Mayor de este autoplaneta, el Almirante Aznar tomó infinito número de decisiones personales sin consultar a nadie.

—Supongo que alguna tomaría —contestó Miguel Ángel con aplomo—. Pero ninguna de la trascendencia de ésta. Nunca hemos utilizado robots para desempeñar funciones de policía. Tal decisión fue un gran error. Cuando un gobierno ha perdido la confianza en su propia Policía, es que ya no le queda nadie en quien confiar. El Gobierno está solo frente a una opinión popular adversa.

—Los Aznar se enfrentaron muchas veces a la opinión pública y salieron adelante con sus propósitos.

—Nadie que esté solo puede imponer su voluntad al pueblo. En el peor de los casos, los Aznar contaron con las minorías elitistas. Nunca les faltó el apoyo de la Armada y jamás tuvieron que recurrir a una Policía formada de miles de robots. El General Baronet lo ha expresado claramente. Fue una estúpida idea traer a los izrailitas. Hemos humillado a la Policía Militar, dándole a entender que no nos merece ninguna confianza, y todavía falta por ver cómo reaccionará el pueblo cuando sepa que ha sido golpeado y puesto en fuga por un puñado de robots sin alma y sin conciencia.

En efecto, se veía perfectamente a través de las pantallas que los “izrailitas” iban ganando terreno a medida que se prolongaba la batalla. Mientras los revoltosos empezaban a dar señales de fatiga, los robots continuaban incansables repartiendo golpes a diestra y siniestra. Como máquinas eran incansables e insensibles al dolor. Y además estaban recibiendo refuerzos continuamente. No llegaban de ninguna parte, sino que eran fabricados en las máquinas de la misma Estación de Emigración, sobre cintas perforadas obtenidas de un único modelo.

—Espero que no haya ningún muerto —dijo el Almirante Pereira como hablando consigo mismo—. La sangre llama a la sangre, pero

en el caso de los izrailitas será peor.

—¿Por qué peor? —replicó el Almirante MacLane—. Yo diría que es más bien al contrario. Se puede sentir odio contra un policía que ha dado muerte a alguien en el calor de una pelea, pero que el homicida sea un robot, ¿qué idea de venganza puede inspirar?

—Eso es lo malo —contestó Pereira—. El odio no irá dirigido contra los robots, sino contra aquellos que los lanzaron a la lucha. Sinceramente, no fue buena la idea.

—Solamente un alma ingenua aspiraría a gobernar un país contando con el fervor unánime de los gobernados. Como jefes, ustedes y yo sabemos que eso es imposible —dijo el Almirante Mayor—. Respecto a los robots, su empleo como Policía es la base de un experimento que está resultando un indudable éxito.

MacLane señaló a las pantallas de televisión y continuó:

—Vean a esos robots. Son sobrehumanos. No le temen al peligro, no sienten miedo, ni dolor, ni fatiga. Son incansables, valerosos y disciplinados en grado superior a cualquier tropa. Los valeranos tal vez se sientan furiosos. Probablemente habrá más de una víctima y alguien dirá que fue una medida brutal la de enviar máquinas a luchar contra los hombres. La verdad es que este enfrentamiento no estaba previsto, pero se ha producido y está sirviendo para demostrar que mis ideas no eran equivocadas. Podemos reemplazar a los hombres en cualquier actividad, poniendo en su lugar izrailitas. Ésta es la alternativa a la actual situación creada por la negativa de la nación a comenzar una nueva guerra. Los valeranos no tendrán que arriesgar sus vidas, ni se les exigirán ningún esfuerzo suplementario. Los izrailitas harán la guerra por los valeranos... ¡y hasta puede que la ganen!

Los miembros del Estado Mayor se miraron unos a otros con expresión de estupor. La sonrisa triunfal de MacLane irritó a Miguel Ángel Aznar, quien dijo:

—¿Usted no pensará haber tenido una idea original, verdad?

—Bueno, me consta que se ha intentado otras veces... —dijo MacLane. Pero el joven Aznar le interrumpió.

—Se equivoca en eso, nadie lo ha intentado. De hecho hemos utilizado los robots desde el siglo Veinte. Tenemos máquinas robot en todas partes, incluso a bordo de nuestros buques de combate, haciendo de serviolas, dirigiendo la artillería... Tenemos robots en

nuestra industria, en las comunicaciones y hasta barriendo las calles. No suelen adoptar forma de hombre, pero son robots, y además muy perfectos.

—Ni los terrícolas, ni los redentores, ni los valeranos hemos construido jamás un robot tan perfecto como Izrail.

—Tenemos a Izrail casi desde el día que conocimos las máquinas Karendón. Pudimos haber fabricado millones de izrailes en las Karendón para emplearlos en la guerra por la reconquista de la Tierra. También pudimos haberlo hecho en Uhlan, cuando un puñado de valeranos tuvimos que enfrentarnos a quinientos millones de ankoranos. Conocemos las enormes posibilidades de Izrail, incluso tenemos un abultado dossier acerca de su forma de conducta y el intrincado mecanismo de su pensamiento. Muchas veces hemos sentido la tentación de recurrir a Izrail y nunca lo hicimos. Tampoco lo hicieron los bartpuranos antes que nosotros, a pesar de que ellos crearon a Izrail, o tal vez por eso mismo.

—Conozco todos los prejuicios y fantasías que se han tejido alrededor de ese robot —dijo el Almirante MacLane con cierto desprecio—. He leído el libro del Doctor Ross y francamente pienso que exagera. En efecto, Izrail es un robot maravilloso, pero no es más que eso, un robot. Nunca alcanzará a poseer sentimientos parecidos al amor o al odio. Y por descontado, es una solemne tontería creer que puede llegar a desplazarnos y erigirse en dueño de nuestro propio mundo. Hace ya treinta años que tenemos a Izrail con nosotros, y jamás ha dado muestras de indisciplina, de soberbia o rencor. No hay razón para temer que vaya a cambiar de conducta repentinamente, ni a rebelarse ni aspirar a conquistar el planetillo o el circumplaneta. Sólo vamos a utilizar a los izrailitas para luchar contra los Ghuros, y después nos desembarazaremos de ellos. A los valeranos les encantará tener a alguien sobre quien echar el peso del esfuerzo de guerra y los peligros de la primera línea de fuego. Ésta será la primera guerra en la que no se les va a exigir nada.

—¿Quién cree eso? Siempre habrá alguna cosa que los valeranos tendremos que hacer por nosotros mismos. ¿O vamos a convertir a los robots en comandantes de nuestros buques y almirantes de nuestras flotas? —protestó Miguel Ángel Aznar.

—Es obvio que siempre habrá un superior jerárquico humano por encima de los izrailitas —MacLane señaló a las pantallas de

televisión—. Ahora mismo los izrailitas están mandados por oficiales de la Policía Militar. Nuestro problema no es de oficiales, tenemos un nutrido cuadro de militares de carrera, tanto en activo como en la reserva. Naturalmente que los valeranos tendremos que poner algo de nuestra parte. Pero no será la masa apática y perezosa quien lo haga. Las grandes empresas siempre las hemos realizado en este planetillo las minorías.

—Con ayuda del pueblo —puntualizó Miguel Ángel Aznar.

—A pesar del pueblo, diría yo mejor. Cuando hace un millón de años llegamos por primera vez a Atolón, los valeranos desdeñaban incluso el pequeño esfuerzo que había que realizar para limpiar el circumplaneta de alimañas. Fueron los Aznar... los Valera... los Ferrer... los Pereira y los Corrochano, los MacLane y todos cuantos ahora estamos aquí, quienes comprendimos el inmenso valor del circumplaneta y expusimos algo para conquistarlo. Hoy la historia se repite. Estamos en el mismo lugar que hace un millón de años y en circunstancias parecidas. En lugar de Mantis, hoy son los Ghuros quienes dominan en Atolón. Los valeranos no quieren oír hablar de emprender una nueva guerra para reconquistar el circumplaneta. Pero nosotros, la minoría de ese pueblo, sabemos que Atolón nos es necesario. Sabemos que nuestro futuro está allí, y estamos dispuestos a derrochar energías y hasta la propia vida para ganarlo. Tenemos una fuerza sideral mayor que la que teníamos en el pasado, y mejores y más abundantes medios. Sólo nos faltan manos y cerebros para llevar nuestra máquina bélica a la victoria... ¡pero los valeranos no quieren luchar! Personalmente, en estas condiciones, me aliaría incluso con las Mantis para expulsar a los Ghuros. Mucho más fácil y seguro resulta echar mano de los izrailitas y emplearlos como soldados.

Alrededor de la mesa, generales y almirantes asentían con enérgicos movimientos de cabeza. El propio Miguel Ángel Aznar estaba de acuerdo en que “Valera” debía luchar por la reconquista del circumplaneta. No había discrepancia en este punto.

—Pero recurrir a los robots puede resultar peligroso —argumentó.

—¿Por qué peligroso? —protestó el General Ortega—. Son buenos soldados, lo estamos viendo con nuestros propios ojos. Incluso aunque fuera peligroso, si tuviera que escoger entre ellos o

renunciar a la conquista del circumplaneta, yo aceptaría cualquier riesgo y les aceptaría.

—¿Es ésa su opinión? —preguntó Miguel Ángel Aznar mirando uno por uno a los presentes. Excepto Pereira y Baronet, quienes con un silencio parecían expresar cierta reserva, todos los demás asintieron con la cabeza.

—Personalmente sigo considerando un error utilizar a los robots —dijo Miguel Ángel Aznar—. Dios quiera que no estén ustedes equivocados.

Volvió los ojos hacia las pantallas que cubrían los muros. En ellas, la Policía Militar se apuntaba una sorprendente victoria al poner en fuga a los amotinados. El público se retiraba abandonando en el campo de batalla pancartas, zapatos, prendas de vestir, palos, tubos de hierro, cadenas de bicicleta y gran número de muertos y heridos.

Todavía por las enormes escalinatas de la Estación de Emigración seguían saliendo izrailitas cubiertos de “diamantina” con la porra en la mano. En otra secuencia, tomada desde una cámara emplazada en el edificio del Almirantazgo, se dominaba una perspectiva de la explanada donde el Almirante Mayor iba a ofrecer el almuerzo a los invitados a la parada. Más allá del aparcamiento, cubierto por los grandes toldos, se veía la calzada de acceso, y corriendo por ésta en dirección a las verjas una compañía de la Policía Militar armada con “metralletas” de tipo convencional.

—Ya hay demasiados policías en la plaza —observó Miguel Ángel Aznar—. ¿Hasta cuándo van a seguir llegando?

El Almirante MacLane pulsó un botón de audiovisor y ordenó al operador de la Sala de Control:

—Póngame con el Vicealmirante Cabedo en la Estación de Emigración.

El Vicealmirante Cabedo, actualmente al frente del Servicio de Inteligencia de la Armada, era yerno de MacLane. Cabedo, oscuro oficial hasta que contrajo matrimonio con la hija de MacLane, había iniciado una meteórica carrera a partir del momento que entró a formar parte de la familia. Bien conocido era por Miguel Ángel Aznar el apoyo continuo de MacLane en favor de su yerno, aprovechándose de la amistad que le unía al Almirante Mayor. Al desaparecer el Almirante Aznar y asumir el mando supremo

MacLane, la primera iniciativa de éste había consistido en ascender a su yerno de grado y confiarle la dirección del Servicio de Inteligencia de la Armada, que llevaba aparejado el control de la Policía Militar.

Cabedo apareció en la pantalla del pequeño televisor.

—Ya basta, Andrés —le dijo MacLane—. Los izrailitas han ganado la batalla, parad las Karendón.

—A la orden, Almirante —respondió Cabedo.

El Almirante Mayor apagó el aparato en el momento que entraban en la habitación el Almirante Azpeitia y el General Coronado, jefes respectivamente de las fuerzas de la Armada y el Ejército que formaban la parada militar. La expresión de Azpeitia era desolada. El rostro del General Coronado estaba lívido. Ambos mostraban desperfectos en sus brillantes uniformes.

—¿Qué ha ocurrido, Azpeitia? —interrogó MacLane—. Los astronautas y los soldados se negaron a colaborar con la Policía Militar. Eso es rebelión.

Azpeitia miró a las grandes pantallas murales y extendió su brazo. En una de las pantallas, los izrailitas perseguían a golpes a la multitud batida en retirada. Hombres, mujeres y hasta niños caían en la precipitada fuga siendo arrollados por los que empujaban ante la embestida de la Policía.

—¡Ordene a esos bestias que se detengan! —estalló el Almirante Azpeitia temblando de cólera—. ¡No son humanos!

El Almirante Mayor saltó en pie golpeando colérico en el borde de la mesa con el puño cerrado.

—¡No me diga lo que tengo que hacer, Azpeitia! Esa chusma merece un correctivo. Dejemos que aprendan su lección.

—¡Le digo que esos policías no son humanos, son robots!

—¡Sé perfectamente quienes son! Ya no puedo confiar en la Policía Militar. En adelante la Policía Militar izrailita desempeñará las funciones de la máxima responsabilidad.

El Almirante Azpeitia miró sorprendido al Estado Mayor, como buscando apoyo en sus hombres. Todos rehuyeron su mirada a excepción del joven Almirante Aznar, el cual aclaró:

—Es el nombre de una nueva raza que acaba de nacer. Izrailitas, es decir, sosias de Izrail, el robot de los bartpuranos.

—Espero que sepa lo que se hace —dijo Azpeitia con acento que

expresaba serias dudas—. Naturalmente, ordenará que se suspenda el desfile militar. Éste iba a ser un día de fiesta, pero se ha convertido en una jornada de luto.

—Ordene a la parada que se retire. No habrá desfile —dijo el Almirante Mayor. Luego miró a Miguel Ángel—: Lo siento, tal vez sea prudente dejar la inauguración del monumento para otro día.

—No importa —contestó Miguel Ángel Aznar—. Si la reunión ha terminado solicito permiso para retirarme.

—Hemos terminado —dijo MacLane—. Se levanta la sesión.

Generales y Almirantes empezaron a abandonar la habitación. Miguel Ángel Aznar miró a las pantallas. Los amotinados se habían retirado definitivamente y en su lugar empezaban a aparecer los servicios de socorro sanitario. Había muchos valeranos cubriendo la calzada aquí y allá, pero también se veía gran número de izrailitas destrozados. En los primeros minutos del choque, el público había estado a punto de arrollar a los robots. Muchos de éstos fueron derribados, les arrancaron la escafandra y les machacaron el cráneo con bastones y barras de hierro.

Habiendo quedado rezagado del grupo, el joven Almirante Aznar salió detrás de éste por el corredor hasta el vestíbulo.

Allí se encontró de nuevo con su sobrino Fidel.

El joven capitán tenía como Banda la facultad de leer en el pensamiento. Para Fidel Aznar esto representaba una gran ventaja. Todo el disgusto que su tío sentía en aquel momento pudo llegar hasta él mucho mejor expresado que todas las palabras que el Almirante pudiera pronunciar.

—¿Por qué te preocupas? —dijo Fidel—. No es tu problema.

—Es un problema de todos —contestó el Almirante—. Pero los valeranos no tienen una idea clara de lo que quieren.

—Esta guerra no es popular. Los valeranos ya conquistaron el circumplaneta una vez, y todavía está reciente el recuerdo y el derroche de esfuerzos que tuvieron que realizar. Esto es volver a empezar por el principio. Con la diferencia de que entonces había aquí doscientos millones de valeranos, y ahora somos veintidós millones. Menos gente, luego salimos a más esfuerzo por persona.

Habían llegado al final de la rampa y ante ellos estaba la explanada de cemento habilitada para la fiesta. Se había suspendido la ceremonia de inauguración del monumento al Almirante Aznar y

el desfile militar, pero los invitados que llegaron hasta los jardines del Almirantazgo huyendo de las tribunas, se encontraron con las mesas puestas colmadas de manjares. El público, todavía excitado, comentaba animadamente los recientes sucesos. Mientras hablaban, los invitados empezaron a picar aquí y allá. Alguien, despreocupadamente, hizo saltar el tapón de una botella de champán.

El resultado fue que al poco rato todos estaban comiendo y bebiendo como si la fiesta hubiese seguido como estaba previsto.

## CAPÍTULO IV

**L**os sucesos de la Plaza de España arrojaron un trágico balance; teniendo en cuenta que en ningún momento se hizo uso de las armas, tan elevado número de víctimas vino a demostrar la dureza con que se empleó la Policía Militar izrailita. Sólo veintidós robots fueron destruidos.

El empleo de los robots como fuerza de represión causó la sorpresa de los valeranos y provocó una ola de indignación popular. Al día siguiente tuvo lugar una huelga a escala nacional. Pararon las industrias, los transportes, las emisoras de televisión y todos los servicios de entretenimiento y limpieza. En las bases de la Armada y los acuartelamientos del Ejército se produjo una masiva desertión, y en la Sala de Control, centro nervioso del autoplaneta, dos tercios de los pupitres de los controladores quedaron desasistidos.

En vista del cariz que tomaban los acontecimientos, Miguel Ángel permaneció todo el día en su casa por si le llamaban para una reunión de urgencia del Estado Mayor.

Los teléfonos no funcionaban excepto en algunos sectores de la ciudad, y las noticias que uno podía recoger en la calle eran confusas y frecuentemente contradictorias. Los aerobotes de la Policía Militar volaban incesantemente sobre Nuevo Madrid. Algunos vecinos curiosos que intentaron acercarse a la Plaza de España fueron obligados a regresar por las patrullas aéreas.

Durante la tarde la situación seguía igual, pero se hicieron más insistentes los rumores en el sentido de que el Estado Mayor, convocado por el Almirante MacLane, había declarado el estado de excepción en todo el planetillo.

Proclamar el estado de excepción en un planetillo regido por las Ordenanzas Militares parecía una incongruencia. En todo caso era una medida de severidad extrema, que ponía automáticamente a

veintidós millones de valeranos bajo la ley marcial.

La lámpara solar del planetillo, que hacía las funciones de sol artificial y solía apagarse puntualmente a las siete y media de la tarde, seguía brillando a las ocho cuando Miguel Ángel y Banda terminaban de comer. Esto sólo había ocurrido en casos excepcionales, y todo parecía indicar que era una medida de seguridad dirigida a impedir que se produjeran sabotajes durante la noche.

—Estás deseando ir a ver qué ocurre —dijo la hermosa Banda interceptando el pensamiento del Almirante—. ¿Por qué no vas y sales de dudas de una vez?

—Sí, creo que voy a acercarme hasta el Almirantazgo —murmuró Miguel Ángel plegando su servilleta.

Cinco minutos después hacía despegar su aerofalúa para volar en dirección a la Plaza de España.

Había gran cantidad de aerobotes de la Policía Militar formando a modo de una sombrilla protectora entre el Primer Cinturón de ronda y la Plaza de España. Tres veces, antes de llegar a la plaza, fue detenido por los controles aéreos. Los policías no eran izrailitas esta vez. Las estrellas de Almirante en las portezuelas de la aerofalúa facilitaron las cosas.

Sobre la Plaza España, mirando hacia abajo, Miguel Aznar vio una compañía de la Policía Militar que subía la escalinata de la Estación de Emigración. Las armaduras de “diamantina” azul eran idénticas para los izrailitas y los humanos y todos llevaban las letras “M.P.” sobre el peto y en la parte posterior de la escafandra, por lo tanto era imposible saber quiénes iban dentro de aquellas armaduras, hombres o robots.

La costumbre iba a llevar al Almirante a aterrizar directamente en la zona de aparcamiento, de donde ya habían sido retirados los toldos y las mesas. Pero una orden por radio le obligó a tomar tierra en la calzada, donde unos soldados procedían a desmontar las tribunas.

La guardia en la entrada del recinto había sido reforzada y detrás de las verjas de “dedona” vio gran número de policías armados en completa inmovilidad, seguramente izrailitas.

El oficial que mandaba la guardia conocía al Almirante.

—Sé que es usted el Almirante Aznar, pero debo ver sus

credenciales —dijo el hombre—. Con esto del estado de excepción no puede permitirse una negligencia. Las órdenes son muy estrictas.

Miguel Ángel Aznar no hizo ninguna pregunta. Mostró su tarjeta de identidad y cruzó la verja, dirigiéndose al edificio del Almirantazgo. También la guardia de la puerta había sido reforzada. Ante la rampa de acceso a la Sala de Control vio una barrera y otro puesto de control.

Casi esperaba no encontrar a nadie en el edificio, pero se equivocó. Había actividad en el Almirantazgo. Muchas oficinas seguían abiertas, a pesar de lo avanzado de la hora, y las muchachas del Cuerpo Auxiliar Femenino se movían activamente por los amplios pasillos llevando y trayendo papeles. En la quinta planta se encontró con el Almirante Pereira y el Almirante Azpeitia que salían de un despacho.

Los dos hombres parecieron sorprenderse.

—Ya nos íbamos —dijo Azpeitia.

—Pues yo acabo de llegar —dijo Miguel Ángel Aznar. Esperó que sus colegas dijeran algo, pero ambos seguían callados y como embarazados. Preguntó—: ¿Hubo reunión del Estado Mayor?

—Eso fue al mediodía —dijo Pereira.

—¿Declararon el estado de excepción?

—Sí. MacLane se propone romper la huelga militarizando todos los servicios.

—¿Por qué no me convocaron a mí?

—No lo sé —contestó Pereira—. Tal vez, como no funcionan los teléfonos...

—Pudieron haber enviado un mensajero.

Los dos hombres guardaron silencio.

—Comprendo —murmuró Miguel Ángel—. ¿Está el Almirante MacLane en el edificio?

Pereira señaló por encima del hombro la puerta que él y Azpeitia acaban de cruzar.

—Está despachando con el jefe de personal.

Miguel Ángel Aznar les dejó sin una palabra de despedida.

El jefe de personal (destinos) era el Almirante Morgan, cuyas oficinas ocupaban toda una planta del edificio. Un ayudante salió al encuentro de Miguel Ángel Aznar.

—El Almirante Mayor está con el Almirante Morgan. Tengo que verles —dijo Miguel Ángel empujando al ayudante a un lado.

—¿Está citado con el Almirante Morgan?

—¿Usted qué cree? —contestó Aznar sin detenerse.

El desconcertado ayudante le siguió hasta la puerta del despacho de Morgan. Miguel Ángel Aznar entró resueltamente y cerró la puerta en las narices del ayudante. Morgan y MacLane le miraron con sorpresa. Estaban sentados juntos en un diván frente a una baja mesita rectangular sobre la que se veía un montón de papeles junto a unas tazas de café usadas.

—¿Interrumpo? —dijo Miguel Ángel quitándose la gorra mientras cruzaba el despacho hasta los dos hombres.

—Sí —contestó MacLane secamente.

—¿Por qué no me avisaron para la reunión del Estado Mayor?

MacLane se pasó la punta de la lengua por los labios. Sus ojos relampagueaban furiosos.

—Desde hace un año no has acudido a casi ninguna de las reuniones semanales del Estado Mayor. No pensé que te importara faltar a esta también —contestó el Almirante Mayor.

—La de hoy tuvo un carácter especial, ¿no es cierto? Declarasteis el estado de excepción. ¿Cómo decidisteis? ¿Fue por votación?

—Fue por votación.

—Sabías que mi voto sería contrario a esa medida. ¿Fue por eso que no me invitaste?

—La decisión se tomó por unanimidad. Tu voto en contra no habría modificado el resultado. Ya ves que no valía la pena citarte para que acudieras.

—Si mi voto no cuenta para las decisiones que deba adoptar el Estado Mayor, entonces sobre en el Estado Mayor. Presento mi dimisión —dijo Miguel Ángel Aznar.

—Preséntala por escrito. Se te aceptará —contestó rápidamente MacLane.

Miguel Ángel Aznar se dirigió a la mesa despacho de Morgan, dejó su gorra a lado y se sentó en la butaca. Tomó un papel en blanco y una pluma y se puso a escribir bajo la mirada de Morgan y MacLane.

La redacción del escrito sólo empleó medio minuto al joven

Aznar. Firmó, dejó el papel sobre la carpeta y se puso en pie cogiendo su gorra.

—Morgan, hazme el favor de darle el curso reglamentario.

El sorprendido Morgan asintió con silencioso movimiento de cabeza. El joven Almirante Aznar abandonó la habitación. Y con estudiada falta de respeto, ni siquiera se molestó en cerrar la puerta al salir.

El ayudante, que esperaba nervioso junto a la puerta, asomó al despacho.

—Pérez, traiga el papel que está sobre la carpeta del escritorio —indicó Morgan.

El ayudante entró, tomó el papel escrito y se lo entregó al Almirante Morgan. Éste hizo un gesto para que se retirara y luego le echó un vistazo al escrito.

—Sí, ha dimitido —murmuró.

—¡Ese imbécil! —rugió MacLane entre dientes—. Pensará que le conviene más estar en la oposición, ahora que estamos en la hora baja de popularidad. Los errores que cometa el Estado Mayor no serán imputables a él. ¡Los Aznar siempre han sabido jugar en política!

—Miguel Ángel es un jefe competente —apuntó Morgan.

—¿Quién lo duda? —exclamó MacLane—. Es muy inteligente... y ambicioso. Esta guerra no es popular. Si la perdemos, o simplemente dejamos de ganarla, mi crédito quedará al nivel del suelo, y Miguel Ángel será Almirante Mayor. Esperaba suceder a su padre, y no cejará hasta arrebatarle el puesto. Pero tendrá que esperar a que yo me muera, porque esta guerra vamos a ganarla, pese a quien pese. Incluso contra los deseos de los valeranos.

—¿Conoce la leyenda que ata indisolublemente el destino de los Aznar al autoplaneta?

—¿Y quién no la conoce? Los propios Aznar inventaron esa leyenda para asegurarse el mando a perpetuidad.

—¿Pero no es curioso que la leyenda se haya cumplido siempre? Los mayores conflictos que ha vivido “Valera” tuvieron lugar en las épocas que los Aznar fueron apartados del mando del autoplaneta.

—Esta vez no ocurrirá —dijo MacLane. Reflexionó en silencio y dijo—: Tendremos que darle a Miguel un destino en donde no pueda intrigar.

—Una oficina —apuntó Morgan.

Pero MacLane negó con la cabeza.

—Un despacho le dejaría demasiado tiempo para conspirar. Además, parecería que le relegábamos al ostracismo y eso le identificaría de forma más clara con la oposición. Miguel Ángel tiene muchos amigos. Debemos alejarle de sus amigos y de “Valera”. Tendré que pensarlo.

En efecto, aquel problema iba a tener despierto a MacLane hasta muy tarde después de acostarse. Miguel Ángel Aznar era un personaje muy popular. Por debajo del mando de una Flota, cualquier otro destino rebajaría la categoría de Aznar y provocaría muchas suspicacias, incluso entre los mismos cuadros de la Armada. Pero al mando de una Flota tendría demasiadas oportunidades de apuntarse una victoria, y con ello de aumentar su popularidad.

MacLane no era tan malvado que deseara para Aznar una derrota, pero tampoco querría añadir laureles a su corona. Finalmente encontró el lugar adecuado para Aznar, un destino que justificaba la designación de un Almirante de la máxima competencia y que le mantendría alejado de “Valera” por largo tiempo.

\* \* \*

El sol artificial de “Valera” no se apagó y por lo tanto no hubo noche. A la mañana siguiente se habían restablecido los servicios y funcionaba la televisión.

Mientras desayunaba, Miguel Ángel Aznar escuchó la proclama del Gobierno Militar. El estado de excepción, que suspendía ciertos derechos de los ciudadanos, ponía automáticamente a la población bajo las leyes militares. Aunque el Almirante Mayor estaba facultado para movilizar toda la nación, sólo se llamaba de momento a los oficiales de complemento y a los jefes y oficiales retirados que se encontraban en la reserva.

Además se advertía a todos los jóvenes encuadrados en el Servicio Obligatorio de Trabajo (S.O.T.) de las penas en que se encontrarían incurso en caso de desertar de sus puestos. Estas medidas significaban el fin de la huelga y el retorno inmediato de la juventud a sus cuarteles y a sus puestos de trabajo.

Después de desayunar Miguel Ángel Aznar le dijo a Banda:

—Vístete. Te voy a llevar a conocer a unos amigos.

Media hora más tarde Miguel Ángel posaba su aerofalúa en el patio de los Ross. La señora Ross salió de la casa y abrazó afectuosamente al Almirante.

—Nunca vienes a verme, Miguel. No te lo perdono —murmuró recogiendo una lágrima con el dorso de la mano. Miró a Banda y sonrió—: ¿Es la chica que te tiene secuestrado?

—Ella es Banda. ¡Pero cuidado! Es capaz de leer tu pensamiento. ¿Dónde está Nuria?

—En el estudio, en la parte de atrás de la casa. Voy a decirle que estáis aquí.

—No, deja. Voy a sorprenderla, tengo que hablar con ella.

Miguel Ángel entró en la casa, subió una escalera y llamó con los nudillos en la puerta del estudio. Una voz preguntó: “¿Quién?” Y Aznar abrió la puerta.

Nuria Ross le miró sorprendida. Era una guapa joven, alta y esbelta, el cabello cobrizo y los ojos azules. Se puso en pie saliendo al encuentro de él con las manos tendidas.

—¡Miguel, que sorpresa!

Él la atrajo hacia sí y la besó en los labios. Nuria se apartó poniéndose colorada, pero disimuló arrastrándole hasta un pequeño diván tapizado de alegres flores. El estudio era pequeño y agradable, con un amplio ventanal por el que se dominaba un bello paisaje de grandes árboles y coquetonas casitas.

Teniendo todavía entre sus manos las largas y finas de Nuria, él la miró y dijo:

—Te busqué anteayer entre los invitados a la recepción pero no fuiste.

—No asistí, y me alegro de no haber ido por todo lo que ocurrió en la Plaza de España.

—¿Sabías que la Policía Militar iba a ser sustituida por los izrailitas?

—No, ¿cómo iba a saberlo?

—Pero sí sabías que MacLane estaba utilizando a Izrail como modelo de la base para obtener millares de copias de él en las “Karendón”. Eso no podías ignorarlo, Izrail es vuestro robot, siempre ha vivido con vosotros en esta casa.

—Más que un objeto de nuestra propiedad la considerábamos como un miembro de la familia. Izrail siempre vivió con nosotros. Cuando niña fue para mí una nodriza. Luego una compañera...

Nuria Ross se desasíó bruscamente de las manos de Aznar y se puso en pie alejándose hasta la ventana. Allí, dando la espalda a Miguel Ángel, continuó con voz entrecortada.

—Hace como dos meses vinieron a buscar a Izrail y nos recordaron que ella no nos pertenecía. Izrail es propiedad del Gobierno. Protesté. ¿Quién ha otorgado jamás a Izrail en propiedad al Gobierno? Izrail no es de nadie. En todo caso, si alguien tuviera que alegar derechos sobre ella, serían los bartpuranos.

Nuria volvió mostrando a Miguel Ángel sus ojos llenos de indignación.

—¡Es indigno lo que han hecho con Izrail! —exclamó.

El Almirante contuvo apenas una sonrisa. Siempre le había chocado este afecto profundamente humano que los Ross sentían por Izrail.

—Tal vez exageres, Nuria. Recuerda que sólo se trata de un robot. ¿Qué sentido puede tener de la dignidad? No se puede exigir de él que se comporte como un ser humano. Si Izrail se comportara como un ser humano, entonces dejaría de ser un robot y pasaría a la condición de persona.

—Izrail es, en muchos aspectos, más humana que ciertas personas. Con Izrail nos encontramos en el mismo borde de esa frontera imprecisa que diferencia al animal del hombre. ¿Cuáles son las cualidades que definen al ser humano? No lo sabemos. Son muchas, por supuesto. Pero gran parte de ellas las poseen ciertos animales. ¡Y algunas máquinas como Izrail! No basta afirmar que Izrail no es humano porque no come, no bebe, es insensible al frío, al calor, al dolor y al cansancio. Izrail ve, oye, huele, tiene sentido del tacto ¡y piensa!

—La facultad de Izrail de pensar ha sido muy discutida por nuestros filósofos —observó Miguel Ángel—. Tu padre, que dedicó la mayor parte de su vida a estudiar el comportamiento de Izrail, demostró que este robot puede aprender. Pero el término “aprender”, referido a un robot, no significa más sino que se puede programar. Izrail es un robot con una sorprendente capacidad para admitir un número infinito de programas.

—También estamos programados los humanos, sólo que lo llamamos de otra manera; “condicionamiento”. Los humanos estamos condicionados por la herencia genética, por nuestras necesidades fisiológicas, nuestros instintos sexuales, nuestra educación y nuestra moral. Pero el hombre no era así en el principio. Ha llegado a ser como es en la actualidad a fuerza de adquirir experiencias. ¡Pero eso también puede hacerlo Izrail! Izrail tiene la facultad de acumular experiencias; es decir, aprende. ¿Cuál es la consecuencia de esto? Sencillamente, el robot que empezó a existir con un número limitado de experiencias, ha ido acumulando enseñanzas. Izrail ha vivido más tiempo que cualquiera de nosotros. Hasta que quedó atrapada en un sótano de las ruinas de Cifra, donde papá la encontró, Izrail habría existido tal vez miles de años, dedicada exclusivamente a vivir y sobrevivir. En algún momento el robot cobró conciencia de sí mismo. Miró a su alrededor, contempló la vida y decidió que la vida era hermosa por sí sola. Hoy día no cabe poner en duda que Izrail tiene plena conciencia de sí mismo. Sabe que vive, ¡y le gusta vivir! Ya no es un robot programado para que aprendiera a sobrevivir. Aquella especie de instinto ciego se ha convertido en algo más real. Izrail gusta de la vida y defenderá su existencia si la ve amenazada. No hay otra explicación para la violencia con que esos miles de copias de Izrail se aplicaron en los sucesos de la Plaza de España. Ante la actitud hostil de la gente, los izrailitas reaccionaron en su autodefensa.

Miguel Ángel Aznar sacudió su morena cabeza sonriendo.

—No lo entiendo —confesó—. El Izrail que tú describes, o la Izrail, puesto que adopta las formas de una mujer, tiene que ser un cobardica. Un robot que tiene apego a la vida, pero que no está condicionado por nuestra moral, huiría como un ratón asustado ante la menor señal de peligro. Cualquiera de nosotros tendría miedo en idénticas circunstancias. Pero nuestra actitud estaría influida por una serie de condicionamientos que son ajenos al robot. El soldado tiene un concepto de sí mismo que se llama dignidad. Esa dignidad le impulsa a quedar bien ante sí mismo y ante los ojos de los demás. Teme al castigo que pueda acarrearle un acto de cobardía. O simplemente se encoleriza y toma la lucha como un asunto personal, de agravio a su propia persona. En cambio, para Izrail, el concepto de la dignidad, del heroísmo o la disciplina, no

significan nada, son simples paparruchas. En verdad, me pregunto, ¿qué puede obligar a un izrailita a hacer una cosa contra su voluntad?

—¡Oh, Miguel, veo que ni siquiera te has molestado en leer el último libro de papá! —exclamó Nuria con expresión resentida—. Mi padre comprobó que Izrail tenía miedo al castigo. Yo ya lo había advertido antes. A Izrail le gustaba mucho salir a pasear al campo. Le encantaba especialmente ver las montañas, el correr del río y contemplar el mar. Últimamente, en los años que permanecemos cerca de Uhlan, Izrail empezó a dar señales de terquedad. Con eso no hacía más que imitar ciertas actitudes que veía a su alrededor, especialmente la mía. En casa, Izrail disfrutaba de las condiciones y privilegios de un miembro más de la familia. En cierto modo esto era absurdo. No había razón aparente para que yo pusiera la mesa para el desayuno, que Izrail lo hiciera para el almuerzo y mamá para la comida. Éramos tres mujeres y nos repartíamos las tareas de casa. Izrail podría haberlo hecho todo, no se cansaba y carecía de obligaciones sociales que teníamos mamá y yo. Pero lo hacíamos así. Izrail era una persona más en la casa y con frecuencia olvidábamos que era un robot. En realidad casi nunca nos acordábamos de su especial condición. Izrail hizo algunas cosas impropias de ella. Un día le amenacé con dejarla en casa, y entonces vi con asombro que cedía ante la amenaza. Papá hizo una prueba decisiva. La castigó a encerrarla en un cuarto oscuro. Y comprobamos que Izrail le temía a la oscuridad. La razón era que en la oscuridad no veía nada, y además sin luz no podía alimentar de energía sus baterías. Cabe pues obtener de Izrail cosas contra su voluntad. El confinamiento, la oscuridad y la misma destrucción pueden ser utilizados como elemento de persuasión.

—Como un ser humano —murmuró Miguel Ángel—. Es decir, podemos obligar a los izrailitas a luchar y arriesgar su propia vida bajo la amenaza de quitarles esa misma vida que tanto parecen estimar. Naturalmente, al obtener copias idénticas de Izrail, todos sus sosias adquieren la experiencia y los conocimientos que ya posee el Izrail original.

—Así es.

—¿Quiénes han llevado a cabo el adiestramiento de Izrail en su nueva condición de soldado?

—Los psicólogos del Ejército y la Armada.

—¿No te pidieron que colaboraras?

—Me lo pidieron, pero me negué. No quise saber nada del asunto, me desagrada.

—Sin embargo hay cierta lógica en su planteamiento. No tenemos soldados, somos nada más veintidós millones de valerosos para conquistar un circunplaneta veintitrés millones quinientas sesenta mil cuarenta y siete veces como la Tierra. Pero ahí están los izraílitos. Podemos producir cuantos millones queramos de ellos en nuestras “Karendón” y lanzarlos a la lucha hasta aplastar a los Ghuros. Es una solución.

—¿Tú lo crees así?

—Bueno, nunca habíamos tenido que recurrir a los izraílitos antes de ahora. Puede ser un experimento interesante. Vamos abajo, quiero presentarte a una persona.

—¿Una persona que no conozco?

—¡Mujer! Si la conocieras no tendría que presentártela.

—¿Es tu novia?

—Sí. Anda, ven.

Asiendo a Nuria de la mano la sacó del estudio y la llevó escaleras abajo. En el “living” Banda y la señora Ross charlaban animadamente sentadas frente a frente.

—Miguel, esta chica es encantadora —dijo la señora Ross.

Nuria miró críticamente a la muchacha Tapo que estaba de pie ante ella, vistiendo un ligero vestido estampado a modo de “sarong”, que le daba cierto aire exótico.

—Nuria, esta es Banda. Banda, esta es Nuria —presentó Miguel Ángel.

—Me han hablado mucho de ti —dijo Nuria sin ofrecer su mano—. No exageraban, eres muy bonita.

—Debí habértelo advertido, es mejor que no te andes con cumplidos —dijo Miguel Ángel—. Banda puede leer en el interior de tu cabeza como en una bola de cristal.

Nuria Ross se puso colorada, apretó los labios y guardó silencio.

—Miguel, vámonos —dijo Banda de pronto—. No somos bien recibidos en esta casa. Tus amigas no me quieren.

—¡Banda! —protestó el Almirante ruborizándose.

Pero la muchacha Tapo se dirigía ya hacia la puerta y salió de la

casa. Miguel Ángel miró consternado a Nuria y a la señora Ross.

—Lo siento —murmuró—. Banda no sabe comportarse en sociedad. No está educada.

Se despidió rápidamente y salió dirigiéndose a la aerofalúa. Banda ya estaba acomodada en la aeronave.

—Te has comportado groseramente —le dijo Miguel Ángel furioso—. ¡Salvaje, eres una salvaje!

—¿Vas a llevarme ahora con mi hermano? —preguntó Banda interceptando el pensamiento de él.

—¡Sí, voy a llevarte con tu gente! No puedes vivir entre personas, eres una maleducada. ¡Me has dejado en ridículo!

—Esa mujer me detesta.

—¿De qué mujer hablas?

—De la joven, de Nuria.

—Estás loca. ¿Por qué había de odiarte? ¡Si ni siquiera te conocía!

—Es muy sencillo, ella está enamorada de ti. Y no es de ahora, sino de hace muchísimo tiempo. En cuanto a la madre también le gustaría que te casaras con su hija. Todo el tiempo estuvo haciéndome preguntas y diciéndose para sí, ¡Dios mío, y que Miguel esté enredado con esta ignorante, estando ahí mi Nuria para hacerle feliz!

El Almirante quedó anonadado. No podía dudar de la palabra de Banda, la muchacha Tapo ignoraba lo que era mentir. Y con sus facultades extraordinarias, sin duda había penetrado el pensamiento de la señora Ross, siguiendo el hilo de sus íntimas reflexiones con tanta fidelidad como si la buena mujer se expresara en voz alta.

—Veo que no lo sabías —dijo Banda. Añadiendo—: Aunque algo sospechabas. Vuestras relaciones afectivas son muy complicadas. Una muchacha Tapo no habría esperado a que tú mismo descubrieras su amor. Lo habría dicho claramente evitando equívocos y situaciones tan absurdas como la tuya y la de Nuria. Tú también la quieres.

—¿Y tú qué demonios sabes? —gruñó el Almirante. Luego se mordió los labios diciéndose que Banda podía saber todo lo que él pensaba. Se sintió furioso—. Esto tiene que terminar. Voy a llevarte con tu hermano.

Banda se limitó a guardar silencio. El Almirante puso en marcha

su aerofalúa, la hizo elevarse verticalmente y enderezó el rumbo de regreso a su casa.

Desde el aire, sobre la vertical de la casa, ya vio Miguel Ángel que había un aerobote posado en el rectángulo de cemento ante el garaje. El Almirante aterrizó sobre el césped y al apearse de la aerofalúa vio a su sobrino Fidel que salía de la casa y les saludaba alegremente desde el porche.

—Ya me iba a marchar, llevo casi una hora esperando —dijo Fidel Aznar.

—Pues ahora te marcharás —respondió el Almirante—. Y ya que te viene de paso llevas a Banda hasta la Ciudadela.

—¿Qué demonios te ocurre? —preguntó Fidel—. Tu aura despide chispas. ¿Es por Banda, eh? No puedo creer que la odies de ese modo. ¡Una chica tan encantadora!

—¡Un demonio, eso es! —estalló el Almirante—. No quiero verla más. ¿Cómo he sido tan estúpido de pensar que esto podría resultar? Toda mi vida la he pasado entre brujos y tipos paranormales. De niño era tu abuela Yawna. Luego vino tu padre y más tarde llegaste tú. ¡Y por si algo faltaba estoy a punto de casarme con una salvaje que hubiera hecho de mi vida un infierno! ¡Basta, ya estoy hasta el coco de gentes que leen mi pensamiento, que descubren mis intenciones y hurgan en mi intimidad! Un hombre necesita tener un rincón donde refugiarse con sus ideas. ¡Pero no hay intimidad posible con vosotros! ¡Largo, marchaos lejos, no quiero saber de ninguno!

Fidel Aznar observó fija y pensativamente a su tío.

—Sí, parece que hablas en serio —murmuró—. No te sulfures más, tu nivel de adrenalina está muy alto. Llevaré a la chica con su hermano, creo que es eso lo que quieres, ¿no?

—¿Para qué lo preguntas, si lo sabes todo? Llévatela. Pero que recoja antes sus cosas. No quiero en mi casa nada que me la recuerde.

Fidel Aznar se volvió hacia la muchacha Tapo, que se mantenía en una actitud digna, silenciosa y pálida, aunque serena.

No tuvo Fidel que decirle nada. Su pensamiento fue directamente al pensamiento de Banda y ella le interpretó fielmente. Entraron juntos en la casa mientras Miguel Ángel Aznar se sentaba en el escalón del pórtico con los codos en las rodillas y la

barbilla descansando en los puños cerrados.

Transcurridos unos minutos salieron Banda y Fidel, cada uno con una maleta. Pasaron junto al Almirante y se dirigieron en silencio al aerobote del capitán.

Sonaron las portezuelas al cerrarse, la aeronave se elevó con su facilidad característica y a continuación saltó impulsada hacia adelante por un chorro de iones excitados. El Almirante Aznar la siguió con los ojos hasta perderle de vista, y luego se sintió enormemente solo.

## CAPÍTULO V

**D**ESDE hacía un año el planetillo Valera giraba alrededor del Sol. Este hacía un año el circumplaneta giraba alrededor del circumplaneta, y a una distancia regular de 20 millones de kilómetros de la cara interior de éste.

El hiperplaneta, al cual los valeranos llamaron “Circumplaneta”, era un anillo de materia solidificada de 10 millones de kilómetros de ancho e igual espesor. Todos los puntos del interior de este gigantesco anillo equidistaban 190 millones de kilómetros del Sol.

El perímetro interior del circumplaneta, donde se desarrollaba la vida, era de mil ciento noventa y tres millones de kilómetros, y el área total habitable sumaba once mil novecientos treinta y dos BILLONES de kilómetros cuadrados, equivalente a veintitrés millones, quinientas sesenta mil, cuarenta y siete veces la superficie del planeta Tierra. El nombre primitivo del circumplaneta era Bartpur, pero los terrícolas que llegaron hasta él por primera vez lo rebautizaron con el nombre de Atolón.

Atolón era un mundo tropical, lleno de sorpresas y contrastes. Todo su enorme anillo giraba como una rueda teniendo por eje el Sol. La consecuencia de esta original disposición era que en la cara interna del circumplaneta reinaba un día eterno, mientras por el contrario, en la cara externa del anillo, se sucedía una noche sin fin.

Esta región en sombras, cubierta de hielos perpetuos, desempeñaba la función de un enorme refrigerador. El aire caliente de la cara interior del anillo se desplazaba por los altos niveles de la atmósfera hacia los bordes de la plataforma, y era enfriado en la zona de los hielos. Desplazándose a baja altura formaban una corriente, los alisios, que regresaban a la zona iluminada por el sol para moderar la temperatura.

Moviéndose en dirección contraria al sentido de rotación del circumplaneta, el planetillo “Valera” sobrevolaba los continentes de

Atolón obteniendo fotografías desde veinte millones de kilómetros de distancia.

Durante un año, los valeranos permanecían en continua alerta, esperando un asalto de las escuadras siderales Ghuro. Pero tal ataque no se había producido todavía, contrariando las esperanzas del Mando Estratégico valerano.

“Valera”, formidablemente artillado en su cara externa desprovista de atmósfera, era una fortaleza inexpugnable. Cualquier asalto directo al planetillo habría terminado con toda probabilidad en un desastre para las fuerzas atacantes. Derrotadas las escuadras de Ghuro habrían conocido el tremendo poder de las armas valeranas.

Pero el esperado ataque no se había producido. Diríase que los Ghuros conocían los planes de los valeranos y rehuían el encuentro en el espacio, allí donde estarían en desventaja. Sin embargo podían haber otras razones.

El Servicio de Inteligencia valerano sabía ahora bastante acerca de los Ghuros. El joven Almirante Aznar, en una operación de reconocimiento reciente a la llegada de “Valera”, pudo capturar a dos Ghuros y traerlos vivos al planetillo. El interrogatorio fue llevado a cabo simultáneamente por el doctor Fidel y su hijo, utilizando sus extraordinarias condiciones psíquicas.

Tuvo que hacerse de este modo, porque los Ghuros no tenían cuerdas vocales, comunicándose entre sí telepáticamente. Su escritura por esa razón era de tipo ideográfico, expresando ideas en lugar de sonidos.

Se sabía que los Ghuros formaban una unidad política al llegar a Atolón, pero posteriormente se dividieron en una docena de estados independientes.

Geográficamente, salvo una excepción, cada estado correspondía a una sección del circumplaneta. En efecto, el circumplaneta había sido en el pasado un todo perfectamente unido. Pero un anillo de materia solidificada que tenía 380 millones de kilómetros de diámetro, para un grosor de solamente diez millones de kilómetros, resultaba demasiado frágil. Este anillo siempre había estado sometido a grandes tensiones, siendo frecuentes por esta causa los terremotos. Finalmente, durante la ausencia de “Valera”, el anillo se había roto en trece pedazos, separados unos de otros por un abismo

de cientos de miles de kilómetros, todos los cuales seguían moviéndose en la primitiva órbita, uno detrás de otro ordenadamente.

Al parecer, la razón de que los Ghuros no hubiesen atacado todavía a “Valera”, se debía a una falta de entendimiento entre los distintos estados. Esta situación favorecía los planes del Mando Estratégico valerano. Los Ghuros, que podrían haber ofrecido una dura resistencia presentando un frente unido, estarían en patente condición de inferioridad tratando de defenderse cada uno por separado.

Desde que tuvo conocimiento de esta división, el Almirante Mayor, Almirante MacLane, había insistido en la urgencia de atacar Atolón, antes que los Ghuros llegaran a un acuerdo para unir sus fuerzas. El joven Almirante Aznar estaba de acuerdo con MacLane, al menos en este punto.

Después de alejar de sí a Banda, sucedió lo que Miguel Ángel Aznar temía. La soledad y el remordimiento cayeron sobre él con todo su peso abrumador. En realidad amaba a la muchacha Tapo, pero no comprendió hasta qué punto la necesita hasta que la perdió.

Aunque por su gusto hubiese ido a buscarla al día siguiente, Miguel Ángel Aznar se sostuvo firme en sus convicciones repitiéndose una y otra vez que la chica no le convenía. Era un almirante, un hombre culto, y ocupaba un alto nivel social. Algún día quizás llegara a Almirante Mayor del autoplaneta. La esposa de un “superalmirante” no podía ser una mujer cualquiera. Tendría que ser bella, educada y representativa, prudente, diplomática y honesta.

De todas estas cualidades Banda sólo poseía la primera. No era en modo alguno la esposa que a él le convenía. ¡Vaya un papel el suyo si llegaba a casarse con aquella loca de Banda! Con su elástico concepto de la moral le timaría con el primer apuesto oficial que le hiciera la corte. Descubriría los más ocultos pensamientos de sus invitados, y cualquier fiesta social acabaría como el rosario de la aurora cantándole cuatro verdades a las encopetas damas de su círculo de amistades.

A fin de escapar del torturante recuerdo de Banda, el Almirante dejó la soledad de su hogar y se interesó de nuevo por la política y la milicia, que tenía abandonadas desde hacía algunos meses.

Frecuentó los despachos del Almirantazgo, donde se planeaba la estrategia de la inminente guerra y se repartían nombramientos y destinos, e intrigó y presionó para que le asignaran al mando de una Flota.

Pero su estrella se había apagado mucho a partir de la desaparición de su padre. Tal vez —se dijo con amargura— no brilló nunca con luz propia, sino que fue reflejo de la luminosidad del viejo Almirante Aznar. Por esto, al apagarse el astro, se desvanecía también la luz del satélite que él había sido.

Después de muchas evasivas consiguió una entrevista con Morgan, antiguo amigo de su padre y actualmente jefe de personal.

—Veo que se están repartiendo destinos a diestra y siniestra —dijo Miguel Ángel—. De las cuatro flotas, tres están ya tomadas. ¿A quién va a corresponderle el mando de la cuarta?

—¿Quieres saber si te la asignarán a ti, Miguel? Lo siento, no puedo contestarte a eso. No sé a quién nombrará MacLane, pero no te hagas muchas ilusiones.

—Creía reunir los méritos suficientes —dijo Miguel Ángel.

—Todos se consideran con los méritos suficientes. Y no digo que no los tengan. Pero sólo tenemos cuatro flotas y muchos almirantes para la que queda. No, MacLane no te dará el mando de la flota de cruceros, pero te asignará alguna misión importante.

—Tal vez una misión importante y oscura, como una oficina de recopilación de informaciones o algo peor —dijo Miguel Ángel con amargura.

Miguel Ángel Aznar salió de la entrevista sin haber podido obtener información alguna. Ese mismo día el Almirante Valenciano fue designado para el mando de la IV Flota. Miguel Ángel felicitó sinceramente a Valenciano, un buen amigo y un jefe de demostrada competencia, y además más antiguo que él en el escalafón, aunque no por mucha diferencia. No podía decirse que la elección no se hubiese hecho con justicia, pero a él le dolió. Su última esperanza acababa de desvanecerse.

Los días siguientes fueron de gran incertidumbre. Los nombramientos se sucedían con tal rapidez que había fundados motivos para pensar que en pocos días todo estaría cubierto. Los pasillos del Almirantazgo, se estaban despoblando a ojos vista, al partir los almirantes, vicealmirantes y contralmirantes hacia sus

nuevos destinos.

Miguel Ángel Aznar seguía acudiendo cada mañana al Almirantazgo, aunque ya casi le daba vergüenza dejarse ver por allí como un pedigüeño en busca de una limosna. Hasta que uno de aquellos días le dieron recado de que el Almirante Morgan quería verle.

—Bien, Miguel, ha llegado tu hora —dijo Morgan poniéndose en pie y tomando su gorra—. Vamos, el Almirante Mayor nos espera.

Se dirigieron al despacho de MacLane. Éste les recibió en seguida, indicándoles con un gesto que se sentaran. Sobre una mesa tenía un papel que levantó con ambas manos mostrándolo.

—Éste es tu nombramiento, Miguel. Te he asignado el mando de la Segunda Flota de Transportes. Sé que esperabas otra cosa pero tal como está la situación no puedo permitirme el lujo de destinar a mis mejores hombres en puestos de lucimiento. Esta guerra no se decidirá en el espacio exterior, sino en una lucha larga, tenaz y aburrida sobre el suelo del mismo circumplaneta. Por lo tanto no veremos encuentros espectaculares de grandes flotas siderales. Los Ghuros no tienen una verdadera Armada Sideral, pero son miles de millones y ocupan todo Atolón. Habrá que ir a buscarles allí, destruir sistemáticamente sus ciudades y sacarles uno a uno de sus escondrijos. Necesitamos hombres de cualidades excepcionales para esa tarea, y creo que en ti coinciden todas las condiciones necesarias.

Miguel Ángel Aznar no se sintió contento ni defraudado. De antemano estaba resignado a aceptar lo que le echaran, y no esperaba algo muy distinto de esto. El mando de una Flota de Transportes siderales era una tarea ingrata. Importante sí, pero oscura, de escaso lucimiento, y la mayoría de las veces peligrosa.

—Si aceptas colaborarás con el General Baronet, que va a mandar el Primer Ejército.

Baronet, héroe de la campaña de África en la guerra contra los Sadritas, era en la actualidad el general más prestigioso del Ejército Valerano. Personalmente Miguel Ángel lo admiraba. Pero también sabía que la fuerte personalidad de Baronet solía anular a todas las personas que se movían a su alrededor.

—Bien, si no hay otra cosa...

—Puedes renunciar si lo deseas —advirtió MacLane retirando el

papel cuando Aznar iba a cogerlo.

—¿Quieres que renuncie? —preguntó Miguel Ángel mirando a los ojos del Almirante Mayor.

MacLane hizo un gesto y le dio el papel. Miguel Ángel le echó un vistazo lo dobló y se puso en pie.

—¿Cuándo podré tomar posesión de mi destino? —preguntó.

—Arréglalo con Morgan, es cosa suya. Buenos días... y enhorabuena.

Miguel Ángel no contestó, ni saludó ni se despidió al salir. Regresó al despacho de Morgan y esperó allí hasta que éste volvió.

—Bueno, no ha salido tan mal la cosa —dijo Morgan tomando asiento a su mesa.

—No me siento agradecido. MacLane no me ha concedido nada que no mereciera —contestó Miguel Ángel ácidamente—. Si me das la lista de los comandantes de la Flota habremos liquidado este asunto. Quiero tomar posesión de mi destino cuanto antes.

Cumplidos los trámites reglamentarios, aquella misma tarde el Almirante Aznar metía sus efectos personales en una ligera maleta e iba a despedirse de su hermano.

El doctor Aznar vivía en una “parroquia” de las afueras de la ciudad, donde la mayoría de los vecinos eran médicos y enfermeras del Hospital General. El Hospital quedaba tan cerca que los de la “parroquia” solían trasladarse a su lugar de trabajo andando o en bicicleta.

Eran las últimas horas de la tarde y el sol artificial de “Valera” empezaba a amortiguar su brillo para dar paso al crepúsculo cuando el Almirante posó su aerofalúa sobre el cemento pintado de amarillo fluorescente.

El doctor estaba solo en la casa, preparándose su solitaria comida.

—¿Comerás conmigo? —preguntó el “bundo”.

Pero al Almirante se excusó alegando que tenía que trasladarse al transporte insignia de su Flota a las siete y media.

—¿Dónde anda Fidel? —preguntó.

—No ha regresado todavía, le han llamado de nuevo para interrogar a los prisioneros Ghuros. Tal vez se haya entretenido pasando a ver a Banda.

—¿A Banda?

—Están saliendo juntos últimamente, es decir, desde que tú la echaste.

El Almirante adivinó la intención de su hermano de sonsacarle acerca de sus intenciones respecto a Banda, pero rehusó el tema mirando su reloj y asegurando que se le hacía tarde.

Estrechó la mano de Fidel y regresó a la aerofalúa para dirigirse en breve vuelo al centro de la ciudad. Veinte minutos más tarde salía de un ascensor en los sótanos del Almirantazgo y entraba en la sala de las “Karendón Traslator”.

Veinte máquinas, situadas en doble fila a cada lado de la bóveda, estaban funcionando casi continuamente, despachando astronautas a sus destinos y recibiendo otros que llegaban de las unidades de la Armada o de las bases y arsenales desparramados en los veintiocho millones de kilómetros cuadrados de la superficie interior del planetillo.

Miguel Ángel Aznar se dirigió a una de las máquinas desocupadas en aquel momento y presentó su tarjeta perforada donde se consignaban en clave todos los datos concernientes a su destino.

La operadora de la máquina, una muchacha que vestía un guardapolvo blanco, le invitó con una sonrisa a entrar en la cámara. Mientras el Almirante Aznar se deslizaba por detrás de la gruesa pantalla que ocultaba el interior de la cámara, la operadora introdujo la tarjeta perforada en una ranura de la computadora.

Dentro de la cámara, el Almirante depositó su maleta en el piso y esperó hasta que brilló un vivo relámpago. Casi inmediatamente escuchó una voz que decía:

—Puede abandonar la cámara.

Tomó su maleta, se deslizó por detrás de la pantalla y se encontró en un lugar distinto, una gran sala cuyo techo estaba sostenido por sólidas columnas de acero, con una larga fila de máquinas “Traslator” a un lado y un mamparo metálico enfrente, con tres grandes puertas encima de las cuales se leía en grandes caracteres:

“Transporte sideral Isla de Tenerife. Bienvenido a bordo”.

Dos hombres de uniforme esperaban a Miguel Ángel a unos pasos de la “Traslator”. Eran el Almirante Alzamora, comandante del buque, y el Vicealmirante Gurrea, segundo de a bordo del “Isla

de Tenerife”.

Los transportes de la Armada Sideral Valerana eran tan grandes y de tan complejo manejo que exigían el empleo de un almirante para mandarlos. Por sus dimensiones gigantescas y sus especiales características estaban comprendidos en la categoría de “autoplanetas”, y eran tan costosos que la pérdida de uno de ellos era considerada casi como una catástrofe nacional.

Estos “discos volantes” medían doce kilómetros de diámetro y mil metros de altura o grosor. Divididos en varias plantas, la suma de la superficie de todas ellas era superior a la mayor ciudad del mundo. Cada uno de estos colosos era por sí sólo una fortaleza volante y su dotación de caza-interceptores DELTA era superior a la de toda una División de cruceros. Diez transportes siderales formaban una flota.

Al salir el Almirante Aznar de la “Traslator”, los dos hombres que estaban ante él levantaron simultáneamente los dedos de la mano hasta la galoneada visera de sus gorras.

—Sin novedad. Bienvenido a bordo, señor —dijo Alzamora.

El Almirante Aznar estrechó la mano a los dos hombres.

—La tripulación estaba formada en cubierta para la revista.

—Llego con diez minutos de retraso —dijo Miguel Ángel.

—A nuestras damas les da igual esperar diez minutos que diez días —dijo el Vicealmirante Gurrea sonriendo.

—¿Habla de damas? —preguntó Miguel Ángel—. ¿A qué damas se refiere?

—A nuestra tripulación, las izrailitas.

—¡Oh! —exclamó el Almirante Aznar. Y se echó a reír para preguntar a continuación—: ¿Han formado la parada exclusivamente con astronautas izrailitas?

—¿Qué remedio? —contestó Gurrea alzando los hombros—. No disponíamos de otro personal. Los humanos somos cuatro gatos a bordo de este buque, apenas los justos para cubrir los puestos de control.

—¡Vaya! —dijo Miguel Ángel Aznar—. Casi lo había olvidado. Veamos esa tripulación.

Llevando su maleta en la mano, el Almirante Aznar cruzó la puerta seguido de sus dos subordinados.

Desde la sala “Traslator”, pasando la puerta, se llegaba

directamente a una de las entrecubiertas del transporte, enorme espacio rectangular de un kilómetro de profundidad y medio kilómetro de ancho, donde el techo se eleva a cuarenta metros de altura, sostenido por férreas columnas y elegantes arcadas, aquí estaba formada la tripulación izrailita.

Un oficial que se encontraba junto a la puerta gritó:

—¡Atención, el Almirante!

Entonces, a través del circuito de altavoces, sonó el silbato del Contramaestre dando los toques de ordenanza. Se escuchó un solo y resonante golpe; el de cinco mil robots perfectamente alineados al juntar los talones en posición de firmes.

De metro en metro, la parada ocupaba una longitud de medio kilómetro, formada de diez en fondo. El Almirante Aznar contempló asombrado aquella fuerza.

Izrail, el Dholak de los bartpuranos, era un robot en forma de mujer. Se ignoraba la razón por la cual los bartpuranos escogieron la figura femenina con preferencia a la del hombre. Era el caso que al crear aquel robot, los bartpuranos parecía habían querido idealizar la belleza, la armonía y la gracia femenina, haciendo de Izrail un dechado de perfecciones.

Realmente no existía la mujer que representaba Izrail. La naturaleza no había reunido nunca en un sólo ser la serena belleza de aquel rostro, ni la admirable proporción entre la estatura, el desarrollo de los senos, el perímetro de la cintura, las curvas de las caderas y el grosor de los muslos y las pantorrillas. Izrail era la mujer imposible, un ente de ficción nacido de la delirante fantasía de un artista genial y anónimo, aunque corría una versión fantástica en el sentido de que Izrail había sido calculada y diseñada... ¡por una computadora!

Izrail era tan hermosa, que cualquiera que ignorara su condición de robot se enamoraría fácilmente de ella. La materia que la recubría exteriormente dándole tan seductoras formas, tenía la apariencia, el color y el tacto de la carne.

Izrail estaba construida sobre un esqueleto idéntico al del ser humano y carecía de motor, de ruedas dentadas y palancas. Sus músculos, hechos de aleaciones especiales, se contraían y estiraban reaccionando a ciertos estímulos químico-eléctricos. Pero con todo, nada era tan maravilloso como la parte oculta de Izrail, su cerebro.

Aunque era un robot eléctrico, Izrail no utilizaba transistores, ni bobinas ni circuitos impresos. En su cerebro las células eran reemplazadas por diminutos cristales. Esos cristales se cargaban y descargaban eléctricamente y cada uno de ellos, pese a su increíble tamaño, podía contener un mensaje completo. Estos cristales se agrupaban en racimos, en cadenas y ramificaciones, de forma muy parecida a lo que ocurría con las células cerebrales del hombre, y como éstas con un consumo muy bajo de energía.

El único elemento extravagante en Izrail era su larga cabellera. Los cabellos del robot le llegaban por detrás casi a la cintura y eran o parecían ser de cristal. En realidad cada uno de estos cabellos, observado al microscopio, revelaba la existencia de una cadena de células fotoeléctricas. Estas células, en número de millones, se cargaban eléctricamente expuestas a la luz solar o artificial. Otra propiedad de estos cabellos era que, como los cabellos humanos, se cargaban de electricidad expuestos al viento.

Los izrailitas que el Almirante Aznar vio aquella tarde a bordo del transporte sideral vestían el uniforme blanco de los astronautas y se cubrían la cabeza con un casco blanco de visera provisto de orejeras, más o menos como los utilizados por los motoristas, abrochados bajo la barbilla. Por debajo del casco, los largos cabellos se extendían como una cascada por la espalda de cada robot. Cada izrailita llevaba un número en el frontal del casco y también en la parte posterior.

Tenían un magnífica aspecto, todos idénticos, las cabezas a la misma altura, la nariz a la misma altura, los senos a la misma altura, los botones a la misma altura...

No estaban armados, y aun así despertaron al Almirante cierto sentimiento de temor. Sin saber por qué pensó:

“¡Hemos hecho una monstruosidad!”

Un capitán de navío, sable desnudo en mano, saludó.

—¡La parada lista para revista! —anunció casi gritando.

Detrás del Almirante vino a detenerse un pequeño automóvil eléctrico descubierto, con un izrailita al volante. Miguel Ángel rechazó el automóvil, echó dentro de éste la maleta y se dispuso a dar aquel paseo de medio kilómetro revistando la impecable parada de altas y hermosas amazonas.

Del circuito de altavoz brotó el estruendo de una banda militar

interpretando una alegre marcha...

## CAPÍTULO VI

Una semana después de la toma de Valera, el Almirante Aznar convocó una reunión del Mando Estratégico. La conferencia duró casi seis horas, con un descanso para el almuerzo, y en ella se definieron los planes para la inminente campaña.

En las ciudades de “Valera” continuaban los disturbios, generalmente reprimidos con contundencia por la Policía Militar izrailita.

Al margen de los temas puramente militares tratados en la reunión, almirantes y generales cambiaron algunas impresiones de tipo político. La mayoría, por lo que Miguel Ángel Aznar pudo constatar, eran partidarios de una tregua para escuchar lo que la nación tuviera que decir.

En la reunión del Mando Estratégico se llegó a la conclusión de que la guerra iba a ser necesariamente larga. Aunque los valeranos consiguieran el dominio del aire, un territorio no podía considerarse ganado hasta que no era ocupado por entero. Ahora bien, el circumplaneta era enorme, y estaba habitado por muchos miles de millones de Ghuros y Mantis.

Se repetía la situación en que llegaron a encontrarse los valeranos cuando conquistaron por vez primera el circumplaneta. Los valeranos eran entonces doscientos millones y tuvieron que limitarse a limpiar de Mantis el territorio de Nueva Hispania, mientras para el resto de Atolón aplicaban la táctica de un continuo hostigamiento, lo que obligó al nuevo Estado al mantenimiento de una numerosa Fuerza Aérea.

El Almirante MacLane dijo en la reunión del Mando Estratégico que estaba dispuesto a fabricar hasta diez mil millones de soldados izrailitas, si era necesario, y desembarcarlos en Atolón para que tuvieran en jaque a los Ghuros por un tiempo ilimitado, mientras la

colonia valerana crecía y ampliaba el radio de su creciente poderío.

La guerra sería larga, y MacLane se proponía llevarla a cabo incluso prescindiendo de la cooperación del pueblo. Pero en esto el Almirante Mayor estaba equivocado. En algún momento, el esfuerzo de guerra alcanzaría también a la nación, y entonces surgirían los problemas, porque los valeranos se negaban decididamente a participar en aquella guerra.

Circulaban en la reunión rumores de que MacLane estaba incrementando su Policía Militar izrailita hasta cuadruplicar su número. Mientras tanto, en las manifestaciones que diariamente tenían lugar en las ciudades del circumplaneta, los valeranos protestaban de la utilización de los robots. Es decir acababan de descubrir que había algo todavía peor que la denostada Policía Militar clásica a la que tanto odiaban.

Ciertos generales y almirantes veían en las prisas del Almirante Mayor por empezar la campaña un significado evidente. Lejos de “Valera”, metidos de lleno en las preocupaciones de la guerra, los jefes más prestigiosos de la Armada y el Ejército no tendrían ocasión de intervenir en los asuntos de gobierno ni criticar la política de MacLane. Éste se proponía retener el poder absolutista sin más apoyo que la Policía Militar. Pero el Ejército y la Armada se mantenían en calma haciendo la vista gorda. ¿Por qué? Sencillamente, porque las minorías elitistas de “Valera” estaban de acuerdo en que era necesario reconquistar el circumplaneta, y tenían que apoyar a MacLane aunque no les gustara la política.

Terminada la reunión, Miguel Ángel Aznar regresó a su buque. Al día siguiente el General Baronet se trasladaba con su Plana Mayor al “Isla de Tenerife”.

Como el día que el Almirante Jefe de la Flota llegó a bordo, se formó una gran parada para rendir honores al Comandante Jefe del Primer Ejército. Diez mil aviadores izrailitas con uniforme caqui y casco de cuero, estaban formados de diez en fondo sobre una longitud de casi un kilómetro.

Baronet tuvo que utilizar un automóvil para revistar a la tropa impecablemente formada en la entrecubierta, quedando tan impresionado como Miguel Ángel Aznar la vez que le tocó revisar a los astronautas izrailitas.

Poco más tarde, al reunirse la Plana Mayor del Ejército con los

almirantes de la Segunda Flota de Transportes Siderales, mientras comían, Baronet comentó:

—¿Cuántos izrailitas dijo MacLane que estaba dispuesto a fabricar, diez mil millones? Debemos habernos vuelto locos.

—Tal vez no sea necesario llegar a esa cifra —dijo el General Royo—. Hemos visto a esos izrailitas actuar en las maniobras y esperamos obtener de ellos un rendimiento mil veces superior al de un piloto humano. Para realizar la labor de un izrailita, antes teníamos que emplear un hombre para que dirigiera cada avión por control remoto, o bien situar al hombre sobre el mismo aparato y obligarle a salir con riesgo de la vida. Los cazas tripulados por los pilotos izrailitas no necesitan ser dirigidos por control remoto. Les hemos mostrado a los Ghuros y las Mantis y les hemos dicho: “muchachas, contra esos tipos tienen que disparar”. Es decir, cada piloto sabe lo que tiene que hacer y la forma de hacerlo. Pero fíjense en esto ¡un piloto izrailita puede permanecer días, meses y años en vuelo ininterrumpido, en tanto no le derriben y funcione el reactor nuclear de su avión! Estas guapas chicas no comen, no beben, no hacen “pis” ni necesitan dormir. No sienten, son insensibles al cansancio y jamás protestan ni discuten una orden. ¡Nunca hemos tenido pilotos como éstos!

—Royo está entusiasmado con esas izrailitas —dijo Baronet a una mueca del Almirante Aznar—. Está enamorado de ellas.

—Cuidado, Royo —dijo el Brigadier Noguera en broma—. No se te ocurra enamorarte de una de tus pilotos.

—¿De cuál entre diez mil? ¡Si todas son iguales!

Se escucharon risas. Luego el Brigadier Noguera continuó en el mismo tono:

—He oído decir que, robot y todo, esas izrailitas tienen un cuerpo exquisito. Sus carnes son rosadas y prietas y el tacto da la impresión de que uno está acariciando realmente a una mujer. En mi opinión aquellos viejos bartpuranos eran unos tunos. ¡Quién sabe si no hicieron a Izrail para acostarse con ella!

Antes de que estallaran de nuevo las risas el Almirante Aznar contestó secamente:

—Eso no tiene ninguna gracia.

Todos callaron, mirándose unos a otros, sorprendidos de la salida tajante de Aznar, mientras Noguera se ponía colorado y

balbuceaba:

—Bueno, ¿no es cierto que las izrailitas tienen su sexo como el de una mujer “de verdad”? ¿Por qué no se puede realizar el acto sexual con ellas?

—Solamente a un degenerado se le ocurriría realizar el acto sexual con una máquina que no siente y carece de libido. Izrail no fue concebida para eso. Pero si quiere convencerse por sí mismo, vaya e intente acariciar a una izrailita. Le contestará con un golpe de karate que tal vez le mate. Quiero señalar a este respecto que existe una circular enviada a todos los jefes de unidad en tono de advertencia. Nadie debe tocar a una izrailita, son peligrosas.

—¿Quiere decir que son así de mojigatas?

—No he dicho mojigatas, sino peligrosas. Un robot no puede tener idea de la mojigatería, ignora lo que es eso. Los bartpuranos tuvieron que programar a Izrail inculcándole lo que podríamos llamar “sentido de conservación”. Todos los animales lo poseen en forma de instinto. Si no lo tuvieran se dejarían capturar sin intentar siquiera la huida. Para que Izrail pudiera sobrevivir a los múltiples peligros que le acechaban, los bartpuranos dotaron a su robot de un instinto de conservación. Izrail reacciona con violencia a todo lo que suponga un peligro para su existencia. Si le atacan se defiende. Si la tocan reacciona como su fuera atacada.

El General Baronet hizo una observación oportuna:

—No tiene caso que el Estado Mayor haya distribuido miles de ejemplares del libro del Doctor Ross, si ustedes no se molestan luego en leerlo.

Baronet se refería a una versión abreviada de un estudio del doctor Ross sobre el comportamiento de Izrail. La mayoría de los presentes confesó que no había leído el libro o simplemente lo habían hojeado.

Abandonado el tema de los izrailitas la conversación de sobremesa giró en torno a las previsiones para la próxima campaña.

Por razones de índole psicológica se había decidido llevar a cabo el primer desembarco sobre el antiguo territorio de Nueva Hispania, donde el Primer Ejército intentaría establecer una cabeza de puente.

Durante el último año, moviéndose en sentido contrario al de rotación del circumplaneta, los telescopios de “Valera” obtuvieron millones de fotografías de Atolón. Hoy el Servicio de Inteligencia

valerano conocía la situación de las ciudades ghuros, el emplazamiento y dimensión de su industria y el número y calidad de sus fuerzas siderales.

Los Ghuros no conocían la máquina “Karendón”, lo cual era una suerte para los valeranos. Pero utilizaban la “dedona”, la “luz sólida” y las ondas gravitacionales.

La “dedona”, materia superpesada que formaba enteramente el planetillo “Valera”, la obtenían los ghuros a través de un laborioso procedimiento mediante la transmutación atómica. Se necesitaba tal cantidad de energía para obtener “dedona”, que los Ghuros limitaban su uso exclusivamente para aquellas armas que tenían que construirse necesariamente con este metal. Para sus aeronaves empleaban una técnica mucho más sencilla y económica. Las hacían simplemente de hormigón armado, de forma esférica, de aproximadamente un kilómetro de diámetro con paredes de 200 y 300 metros de espesor.

Pese a su apariencia tosca, las esferonaves Ghuro habían demostrado ser muy eficaces, incluso frente a los cruceros de “dedona” valeranos. En algunos aspectos eran superiores.

Una esferonave que tuviera mil metros de diámetro venía a tener una superficie ochenta veces mayor que un crucero, por lo tanto podía llevar ochenta veces más proyectores de “luz sólida”.

A cambio de esto, los valeranos utilizaban masivamente el caza-interceptor DELTA, un arma de ataque con la cual multiplicaban varias veces su potencia de fuego. Numéricamente también era superior la Armada Valerana: 200.000 cruceros de combate frente a 150.000 esferonaves de todos los tonelajes. Pero lo que era más importante, la Armada Sideral Valerana formaba un bloque compacto que obedecía a un mando único, mientras que la fuerza sideral Ghuro estaba dividida en una docena de flotas, cada una perteneciente a un país distinto.

Si los Ghuros hubiesen sido capaces de limar sus diferencias y presentar un frente unido, los valeranos habrían tenido que aplazar su ofensiva o retirarse renunciando a la conquista del circumplaneta. El Almirante MacLane era partidario de atacar inmediatamente. Y aunque esta urgencia ocultaba de hecho una maniobra política, estratégicamente estaba justificada.

Apenas unas horas después de la reunión del Mando Estratégico,

la Armada Sideral Valerana dejaba en “Valera” la Primera Flota y se dirigía con 150.000 buques rumbo a Atolón.

Hasta pocas fechas antes se había temido que los Ghuros pactaran entre sí y reunieran sus fuerzas. Pero una vez que la Armada Sideral Valerana se puso en movimiento, los Ghuros perdieron su última oportunidad. El circumplaneta formaba un anillo de 380 millones de kilómetros de diámetro. Es decir, las distancias eran tan grandes, que a veinte millones de kilómetros en el espacio, “Valera” se encontraba más cerca de territorio de Nueva Hispania que cualquier otro país vecino del que pudiera llegarles ayuda a los Ghuros.

En Nueva Hispania los Ghuros adoptaron la táctica de esperar el asalto de los valeranos, situando sus grandes esferonaves en las proximidades de sus ciudades principales, medio sumergidas en el mar.

Los ghuros eran unas criaturas extrañas. Su vida estaba estrechamente vinculada al mar, de donde extraían sus alimentos, especialmente placton y algas. Fisiológica y biológicamente estaban tan lejos de los valeranos que no se parecían en nada. El cuerpo del Ghuro era una especie de masa gelatinosa, a través de la cual se transparentaba una red de venas azules. Esta masa se sostenía sobre dos cortas piernas y de ella salían cuatro brazos que se movían como serpientes. La cabeza, ridículamente pequeña, tenía dos ojillos maliciosos y un pico, lo cual le hacía semejante en cierto modo a una tortuga. No tenían dientes y carecían de cuerdas vocales.

La vida de los Ghuros dependía exclusivamente del mar, y por esta razón situaban sus ciudades en la costa y en las islas. El metabolismo de los Ghuros precisaba de la luz solar para realizar determinadas funciones fisiológicas, siendo en este sentido particularmente apto al circumplaneta. En efecto, Atolón era un mundo soleado, donde reinaba un día eterno.

Los Ghuros construían sus ciudades al aire libre, pero nunca demasiado grandes. La inmensa mayoría de sus núcleos de población estaba formada de pequeñas ciudades, pueblos y aldeas, en las que se desarrollaba una vida sumamente tranquila, pues el Ghuro era temperamentalmente perezoso, a pesar de ser muy inteligente, o quizás precisamente por esto.

Evidentemente, la existencia del Ghuro era mucho menos

complicada que la del valerano. Vivían con una frugalidad ejemplar. Sus casas constaban de una sola habitación y en ellas no había muebles ni ninguno de aquellos aparatos electrodomésticos a los que tan aficionados eran los valeranos. La casa, para el Ghuro, sólo cumplía una finalidad; aislarle de los demás.

El Ghuro era muy liberal y tenía muy exacerbado el sentido de la independencia. Tanto era así, que cada ciudad, grande o pequeña, tenía sus propios estatutos autonomistas. Luego resultaba que estos estatutos se parecían unos a otros como gotas de agua, pero no importaba. El Ghuro tenía que sentirse libre para ser feliz. Solamente para llevar a cabo alguna empresa de bien común accedía el Ghuro a unirse con otros ciudadanos u otras ciudades. Una empresa de este tipo, por ejemplo, podía ser la construcción de cierto número de esferonaves para la defensa del territorio.

Sin embargo, los Ghuros carecían de tradición guerrera.

Como todos los pueblos celosos de su independencia, los Ghuros se unían y luchaban valientemente cuando veían en peligro su libertad. Pero básicamente eran una raza pacífica. Los terrícolas eran infinitamente más agresivos y violentos.

Los Ghuros que llegaron por primera vez a Atolón encontraron el circumplaneta habitado por las Mantis. Las Mantis, al contrario que los Ghuros, eran unas criaturas belicosas, de una ferocidad sin límites. La creencia de los Ghuros, de que ambos pueblos podían convivir en el gigantesco circumplaneta, no fue compartida por los insectos. Los Ghuros tuvieron que luchar con las Mantis para ganar su derecho a quedarse en el circumplaneta, y todavía esta lucha continuaba al cabo de cincuenta mil años.

Para llegar a expandirse por todo el circumplaneta y reducir a las feroces Mantis, los Ghuros tuvieron que sostener una lucha tan larga y dura como la que sostuvieron los valeranos en una época anterior. Como los valeranos, los Ghuros eran pocos en número cuando llegaron a Atolón. Ahora eran unos veinte mil millones.

Un año atrás, una escuadra valerana que se dirigía a Atolón, fue interceptada y destruida totalmente por una flota de esferonaves Ghuro, desapareciendo en la batalla el Almirante Mayor del autoplaneta, Almirante Miguel Ángel Aznar Polaris. En ese mismo momento, el joven Almirante Aznar, hijo del Almirante Mayor, llevaba a cabo una incursión en el circumplaneta y conseguía hacer

dos prisioneros Ghuro que llevó vivos a “Valera”.

Gracias a los prisioneros Ghuro, el Servicio de Inteligencia valerano pudo conocer muchos aspectos de la naturaleza y el modo de vida de los Ghuros. Pero desde entonces, los valeranos vivían preocupados por la idea de que alguno de los astronautas supervivientes de la catástrofe de su flota hubiese sido tomado prisionero por los Ghuros. De ser así, los Ghuros debían saber que los valeranos por lo menos tanto como éstos llegaron a saber de ellos.

Evidentemente, los Ghuros poseían alguna información sobre “Valera”, ya que nunca intentaron atacarle ni aproximarse siquiera al planetillo. De haberlo hecho habrían sufrido un serio descalabro.

Ahora, cuando el grueso de la Armada Sideral Valerana se ponía en movimiento, las esferonaves Ghuro adoptaban la extraña táctica de sumergirse a medias en el mar frente a sus dispersas ciudades. En esta posición, lo único que podían hacer era defenderse, sumando su potencia de fuego a las baterías antiaéreas de las ciudades que intentaban proteger. Ésta era la actitud del avestruz que consistía en esconder la cabeza bajo el ala frente al peligro. Pero tal vez los Ghuros no pudieran hacer otra cosa.

La Armada Sideral Valerana salvó en veinte horas los veinte millones de kilómetros y cada Flota envió sus divisiones de cruceros a atacar una ciudad distinta.

Las batallas en la atmósfera de un planeta eran siempre más difíciles y violentas que en el espacio exterior. En el espacio, donde no había aire, los cruceros y los caza-interceptores “Delta” no encontraban freno para desarrollar toda su velocidad. Pero volando a través de la atmósfera, los “Delta” llegaban a ponerse incandescentes al rozar con el aire, y el más pequeño error podía provocar incluso la destrucción del aparato. Bien era cierto que, encontrándose los missiles del enemigo en parecidas circunstancias, los “Delta” no tenían que alcanzar velocidades exorbitantes para eludirlos. En cambio eran más vulnerables a los disparos de “luz sólida” que les hacían desde tierra.

Los valeranos atacaron disparando contra las ciudades y esferonaves una andanada de missiles nucleares. Los Ghuros pusieron en el aire sus propios missiles y entraron en acción las baterías de “luz sólida”. En la pugna, un cierto número de missiles

valeranos alcanzaron a llegar sobre las ciudades Ghuro y las arrasaron completamente. Pero seguramente para entonces no quedaba un solo Ghuro en ninguna ciudad, pues habían tenido tiempo más que sobrado para evacuarlas y ponerse a salvo huyendo lejos o buscando la protección de los refugios antinucleares.

Manteniéndose a gran altura, sobre las más altas capas de la atmósfera, los cruceros valeranos sometieron a intenso fuego de batería a las esferonaves Ghuro.

Las esferonaves, girando sobre sí mismas, presentaban al enemigo alternativamente cada uno de sus hemisferios. Los impactos de “luz sólida” iban abriendo grandes cráteres en el hormigón armado y apagando uno tras otro los proyectores de “luz sólida”, hasta que finalmente las esferonaves quedaron desarmadas y reducidas a la inmovilidad.

Mientras las divisiones valeranas se dirigían contra las otras ciudades Ghuro, la Segunda Flota de Transportes Siderales recibía orden de marcha, los gigantescos “discos volantes” abandonaron el fondo de los cráteres donde estaban posados y se reunieron con la división de cruceros que les escoltaría hasta el circumplaneta. Luego toda la Flota se puso en marcha.

A bordo de los transportes empezaba una actividad que se mantendría tal vez durante meses sin interrupción.

Consistía esta tarea en incorporar los pilotos izrailitas a los caza-interceptores “Delta”. Cada “disco volante” transportaba cincuenta millones de aparatos “Delta” miniaturizados, sumando la flota quinientos millones de ellos. Mientras los cazas venían reducidos de tamaño, utilizando la ya conocida técnica de la compresión de los espacios vacíos existentes en la estructura atómica, los izrailitas tenían que ser “restituidos” uno a uno en las máquinas “Karendón” de a bordo.

La cubierta de vuelos de un transporte sideral tenía una superficie de ciento trece kilómetros cuadrados. Mientras las “Karendón” funcionaban incansablemente, reproduciendo izrailitas idénticos, las escuadrillas de “Deltas” eran metamorfoseadas sobre la cubierta de vuelos, donde en aquel momento no existía atmósfera. Los pilotos restituidos en las “Karendón” recibían un número de serie que se pintaba en el frente de su casco y en la espalda. Cada izrailita era instruido acerca de las letras y el número

que a partir de este instante formaban su identidad, y luego era enviado a ocupar la carlinga de su caza-interceptor “Delta”.

Un detalle curioso era que, al contrario que los aviadores humanos, los izrailitas no llevaban armadura de vacío ni equipo de supervivencia.

Un izrailita no respiraba, ni comía, ni necesitaba calefacción suplementaria. A cuerpo limpio, sin más protección que su ligero uniforme caqui y el casco de cuero provisto de auriculares, los aviadores izrailitas salían en grupos de cien a la cubierta de vuelos —donde no había aire y la temperatura era de 237 grados bajo cero— y se dirigían tranquilamente a sus aparatos.

Una vez instalado en la carlinga, el piloto izrailita esperaba tal vez durante días, hasta recibir la orden de despegar.

Cuando el Almirante Aznar veía por primera vez a los pilotos izrailitas dirigirse a sus aparatos, preguntó al Brigadier Noguera:

—¿Por qué no han equipado a estos pilotos con “back”?

—¿Para qué? —contestó el Brigadier—. Sólo son robots. Un izrailita tiene menos valor que un “back”.

—¿Quiere decir que los pilotos que sean derribados están condenados a perecer con su “Delta”? ¡Eso no es humano!

—¡Claro que no es humano! Tampoco los izrailitas son humanos —contestó Noguera encogiéndose de hombros.

A Miguel Ángel Aznar le hubiera gustado tener cerca a Nuria Ross para preguntarle cuál podía ser la reacción de un izrailita si supiera que se le enviaba a combatir sin posibilidades de sobrevivir si era derribado.

Mientras la Primera Flota de Transportes se dirigía a Atolón, la Armada Sideral Valerana proseguía su acción ofensiva ampliando el radio de sus ataques, buscando a las esferonaves Ghuro dondequiera que éstas se encontraran. Las ciudades y la industria Ghuros tenían una importancia secundaria ahora. El primer objetivo consistía en conseguir el dominio del espacio aéreo. Posteriormente las Fuerzas Aéreas del Ejército se encargarían de aplastar toda resistencia en el suelo, preparando el camino para el desembarco del ejército de invasión.

El día que la flota del Almirante Aznar alcanzaba el circumplaneta, en “Valera” se ponía en movimiento la Tercera Flota de Transportes. En este momento la enorme cubierta de vuelo del

“Isla de Tenerife” estaba ocupada por cien mil “Deltas” con sus correspondientes pilotos. En cada uno de los restantes transportes, un número igual de caza-interceptores esperaba la orden de despegar; en total un millón de “Deltas”, a los que seguirían otros a medida que lo requieran las necesidades de la guerra.

Desde “Valera” llegó la orden de lanzar los “Delta”.

Previamente al despegue de los cazas, las radio-esferas fueron enviadas a ocupar las posiciones previamente marcadas. Estas radio-esferas cumplían una misión semejante a los radio-faros. Colocadas a una distancia de mil kilómetros una de otra, formaban una cuadrícula electrónica sobre el terreno que servía de referencia a los pilotos izrailitas.

Los “Delta” eran tan rápidos, que cualquier otro sistema de identificación ocular no les servía.

El caza-interceptor “Delta” era un avión ligero de veinte metros de longitud por catorce de envergadura. Construido sobre un monocasco de “dedona” era invulnerable a los rayos desintegradores Zeta. Sus cortas y robustas alas en forma de delta (de donde le venía su nombre) no las utilizaba para volar, sino para aumentar la superficie sobre la cual montar quinientos proyectores de “luz sólida”. La sustentación era proporcionada por las ondas antigravitacionales, que era la misma fuerza que utilizaba el Ghuro para sostener en el aire sus grandes aeronaves de hormigón.

El “Delta” iba propulsado por un motor de reacción lumínico, alimentado por una pila nuclear que utilizaba “dedona” como material fisionable. Podía operar indistintamente en el aire, en inmersión y en el vacío sideral. De esos tres, el último era el medio para el cual realmente se había concebido. En el vacío espacial el “Delta” era capaz de alcanzar en breve tiempo velocidades que se aproximaban a las de la luz.

El “Delta” que utilizaba la Armada Sideral era un arma de ataque dirigida por control remoto desde los cruceros lanzadores. En la versión que utilizaba el Ejército los “Deltas” iban frecuentemente tripulados por pilotos humanos, y sólo variaba de la otra en que montaba dos cañones de 20 milímetros con los cuales podía disparar proyectiles cohete miniaturizados de cabeza nuclear. La carlinga estaba en esta versión mejor acondicionada para llevar un piloto; con calefacción, provisión de oxígeno e instrumentos de

navegación de control visual. El Ejército, que tenía su nomenclatura propia, distinta de la Armada, llamaba a estos aparatos “caza-bombarderos” por distinguirlos de los caza-interceptores, pero todo era lo mismo, aunque fuera distinta la misión que cada uno cumplía.

Los “Delta” despegaron de la cubierta de vuelo de los grandes transportes siderales de la Armada, y formados en escuadrones de 10.000 aparatos fueron guiados por control remoto hasta la zona de operaciones. Cada “escuadrón” estaba formado de diez “escuadrillas” de mil aparatos, y cada una de estas “escuadrillas” estaba bajo el control de un operador humano. El operador, o controlador, sabía en todo momento dónde se encontraban los aviones bajo su mando, y podía darles instrucciones por radio, bien para señalar un nuevo objetivo, para reagruparlos o hacerlos regresar.

Sobre la cuadrícula electrónica que señalaban las radio esferas, los escuadrones se desplegaron y atacaron los objetivos que se les ordenaba. Aunque parecían muchos cuando todavía estaban formados sobre la cubierta de vuelo, al desparramarse se veía que eran pocos para la tarea que tenían que realizar. El circumplaneta era enorme. Solamente el antiguo territorio de Nueva Hispania, donde un millón de años atrás se estableció la primera colonia terrícola, tenía alrededor de dos mil BILLONES de kilómetros cuadrados... ¡dos millones trescientas cincuenta y seis mil veces la superficie de la Tierra!

La empresa de reconquistar el circumplaneta era tan enorme, que no en vano había asustado a los valerosos, inclinándoles a renunciar.

Los “Delta” entraron en acción y en seguida se vio que, puestos en manos de los izrailitas, eran un arma terriblemente eficaz. Los aviadores del Ejército llamaban a veces a los “Delta” “rompe hombres”, porque a la tremenda velocidad que volaban las reacciones humanas eran demasiado lentas y agotaban rápidamente la resistencia de los pilotos humanos. Pero con los pilotos izrailitas parecía que los “Delta” habían encontrado exactamente la clase de hombre que necesitaban.

Los izrailitas no eran humanos. Sus reacciones eran eléctricas y cada uno de sus movimientos estaba ajustado en fracciones de

segundo a la velocidad del avión. Su vista, sus músculos y su espalda eran insensibles al cansancio. No tenían que pararse a comer ni a beber, ni a reponer sus depósitos de oxígeno, y su mente estaba dedicada única e intensivamente al trabajo que estaba realizando. Su resistencia era incluso superior a la del avión que tripulaban.

Los Ghuros, que habían abandonado sus ciudades al tener noticias de la proximidad de la Armada Sideral Valerana, no estaban vencidos todavía. Muy al contrario, como solía ocurrir con los pueblos amantes de su libertad e independencia, demostraron estar dispuestos a disputar al invasor cada palmo de terreno.

Si los Ghuros estaban informados, como presumiblemente lo estaban, sabrían que los valeranos sólo eran unos pocos más de veinte millones de almas. Los ghuros calcularían que con tan reducido número, los valeranos jamás podrían ocupar un territorio tan enorme. En consecuencia esperaban que, tras la primera y brutal embestida, el invasor diera muestras de debilidad y de cansancio.

Aunque seguramente no poseían el espíritu belicoso de los terrícolas, los Ghuros se dispusieron a librar contra los invasores una larga guerra de desgaste. No tenían blindados ni una fuerza aérea capaz de disputar el dominio del espacio a los valeranos, pero eran muy numerosos, tenían abundantes armas de “luz sólida”, y un enorme territorio donde dispersarse. Este territorio, además de ser inmenso, estaba poblado de selvas tropicales, atravesado por elevadas cadenas de montañas, con abundantes ríos y dilatados océanos.

Durante las primeras cuarenta y ocho horas, mientras llegaban de “Valera” la Tercera Flota de Transportes, las Fuerzas Aéreas Valeranas se apuntaron un resonante éxito. Los escuadrones “Delta” pudieron llegar fácilmente hasta las pequeñas ciudades Ghuro y sus centros industriales, poniendo en juego sus destructores “Rayos Zeta” que desintegraban todo cuanto estaba hecho de metal.

Mientras la Plana Mayor del Primer Ejército estaba borracha de euforia, el General Baronet fruncía el ceño.

En efecto, no tardó en ocurrir lo que el viejo soldado esperaba. Reducidas a cenizas las ciudades y la industria de los Ghuros en el enorme territorio, los escuadrones “Delta” se encontraron sin

enemigo contra el que disparar.

—Todo fue muy fácil hasta aquí —dijo Baronet a sus apagados colaboradores—. Ahora es cuando verdaderamente empieza la campaña. Los Ghuros están allí, no los hemos aniquilado. Tenemos que buscarles detrás de cada piedra, de cada matorral, y en eso va a consistir nuestra tarea. Verán que no es nada divertido, sino todo lo contrario; un trabajo largo, tedioso y sin gloria. Menos mal que tenemos a los pilotos izrailitas para sacarnos las castañas del fuego. Ellos son incansables y no saben lo que es aburrimiento. Los humanos fracasaríamos en esta guerra, ahogados por el hastío.

La Tercera Flota de Transportes ya estaba operando cuando el Almirante Mayor hizo una breve visita al Primer Ejército a bordo del “Isla de Tenerife”. El Almirante MacLane revistó las tropas izrailitas que formaron para rendirle honores, y a continuación se reunió con la Plana Mayor de Baronet y el joven Almirante Aznar.

Los éxitos iniciales de la aviación izrailita tenían eufórico al Almirante Mayor.

—Pienso que es el momento adecuado para empezar a desembarcar nuestro Ejército —dijo MacLane.

Baronet no era partidario de iniciar el desembarco tan pronto, pero MacLane necesitaba apuntarse éxitos para aplacar a la opinión pública en el planetillo, e insistió en efectuar el desembarco.

MacLane permaneció unas horas a bordo del “Isla de Tenerife” para asistir a las operaciones preliminares al desembarco, regresando después a “Valera” por el mismo conducto que había venido; es decir, desmaterializándose en una “Karendón Traslator” y volviendo a ser materializado al minuto siguiente en la “Karendón” que funcionaba en los sótanos del Almirantazgo.

Rodeados de la escolta de cruceros, los gigantescos “discos volantes” iniciaron la arriesgada maniobra de aproximarse a tierra hasta una altura de diez mil metros, desde la cual empezaron a lanzar las armas miniaturizadas.

En otro tiempo el autoplaneta “Valera” había poseído un Ejército Automata abundante y poderoso, formado por soldados robot, esferas blindadas de “dedona”, plataformas lanza-missiles y las eficientes “tarántulas” que se movían sobre tres pares de patas y operaban en toda clase de terreno como carros de combate ligeros.

Hoy los valeranos tenían un Ejército mucho más pequeño, pero

esperaban ir aumentándolo día a día, gracias a la facilidad de su industria para crear materia a partir de la energía en sus fabulosas máquinas “Karendón”.

Las esferas blindas y las tarántulas robot, construidas a escala normal y reducidas después de tamaño por el sistema de eliminar los espacios vacíos intramoleculares, se metamorfoseaban y recobraban su talla normal mientras caían libremente hacia tierra. Antes de llegar al suelo las máquinas ya habían completado su metamorfosis y empezaban a operar por cuenta propia. Las esferas blindadas y las tarántulas robot frenaban su velocidad de caída y se posaban suavemente.

Mientras de los transportes siderales caía una lluvia continua de objetos chisporroteantes, las cápsulas portadoras de las “Karendón” descendían más lentamente desde el principio y eran guiadas por control remoto hasta el lugar de aterrizaje.

Cada cápsula portadora llevaba incorporado un reactor nuclear de gran potencia. Tan pronto llegaba a tierra, las “Karendón” empezaban a funcionar integrando un soldado izrailita cada minuto. Estos soldados salían de la “Karendón” llevando su uniforme verde, sus altas botas, su casco de plástico con auriculares y su fusil de “luz sólida”, y en el momento que empezaban a moverse escuchaban en sus auriculares una voz que les asignaba unas letras de serie y un número.

Sobre la playa de desembarco flotaban en el aire las grandes esferas rojas de diez metros de diámetro, en cada una de las cuales funcionaba un reactor nuclear que enviaba electricidad a través de ondas para alimentar de energía a las tarántulas robot, las máquinas y los vehículos que formaban el complejo y abigarrado ejército. Esferas blindadas amarillas servían de puntos de observatorio y dirección de tiro, y otras de color verde actuaban como arietes y estaban armadas de cañones por los que podían disparar proyectiles cohete miniaturizados de cabeza atómica.

Inmediatamente después de tomar tierra, el ejército de invasión se puso en movimiento ensanchando el círculo al cual seguían llegando máquinas y soldados izrailitas.

Mientras tanto, los transportes siderales seguían lanzando al aire sus escuadrones de caza-bombarderos “Delta” tripulados por pilotos izrailitas. Al alejarse de la cabeza de puente y volar sobre la

inmensa selva tropical, los “Delta” empezaron a registrar las primeras bajas.

Las armas de “luz sólida”, incluso las ligeras, tenían tal poder de penetración que podían atravesar el casco de “dedona” de un “Delta” a más de mil kilómetros de distancia. Un sólo Ghuro, armado con un fusil que proyectaba un rayo de luz sólida del grueso de un lapicero, podía derribar perfectamente un caza-bombardero si tenía la suerte de acertarle.

Cuando los “Delta” volaban a poca velocidad, acertarle era relativamente fácil, porque el Ghuro que manejaba el arma no tenía que apuntar a través del punto de mira, sino que veía el delgado y brillante rayo de luz en el espacio, incluso a pleno sol, y le bastaba corregir su trayectoria hasta hacerlo coincidir sobre el blanco. Prácticamente era como si manejara una linterna eléctrica.

Los “Delta”, para explorar la selva, tenían que volar a escasa velocidad mientras los ojos del piloto registraban el más pequeño movimiento. Y empezaron a sufrir bajas en número bastante elevado.

Si el disparo alcanzaba el “Delta” y éste estallaba, por supuesto que se perdían avión y piloto. Pero muchos pilotos se perdieron innecesariamente cuando, sin haber reventado, el caza perdía el control o caía al suelo. Los pilotos izrailitas no llevaban equipos de supervivencia, pieza fundamental del cual era el “back” o “mochila voladora”, que habría permitido al piloto abandonar la carlinga y regresar volando a la base.

El caso tercero y que se dio con bastante frecuencia, era aquel en que la carlinga era atravesada por un dardo de “luz sólida” y resultaba alcanzado el piloto. El caza, en este caso, podía recuperarse dirigiéndolo por control remoto a la cubierta de vuelo del transporte sideral que lo había lanzado.

Dos días después del primer desembarco, cuando los “Delta” estaban operando a distancias de hasta más de un millón de kilómetros de la cabeza de puente, el joven Almirante Aznar pudo presenciar el regreso de un caza-bombardero cuyo piloto había sido alcanzado por los disparos de “luz sólida” del enemigo.

A través de una pantalla de televisión de la Sala de Control, el Almirante Aznar vio a tres izrailitas que avanzaban por la cubierta de vuelo del “disco-volante”, barrida por los fuertes vientos a

10.000 metros de altura, y se dirigían a un “Delta” que acababa de regresar. Los izrailitas recorrieron la cubierta de la carlinga, sacaron al piloto y cargaron con él llevándolo a uno de los grandes montacargas. Poco después el piloto izrailita estaba tendido en el suelo del hangar rodeado de otros izrailitas que lo contemplaban con expresión impasible.

Mientras Miguel Ángel Aznar se preguntaba cuáles serían los pensamientos que pudieran germinar en el pensamiento de los izrailitas, llegó un oficial valerano y se abrió paso entre el círculo de robots para inclinarse sobre el piloto.

La cámara que transmitía las imágenes no recogía el sonido y Miguel Ángel Aznar no pudo oír nada. Pero vio que el oficial movía los labios, como si hablara con el piloto que estaba tendido en el suelo. Luego el oficial se puso en pie y desenfundó la pistola que llevaba en el cinto.

Igual que ocurría con los humanos, la forma más rápida de acabar con un izrailita consistía en dispararle un tiro en la cabeza. El valerano parecía dispuesto a rematar al izrailita, quien indudablemente sólo estaba paralizado parcialmente, cuando pareció cambiar de opinión y enfundó la pistola alejándose de aquel lugar.

Intrigado, el Almirante Aznar iba a apartar su atención de la pantalla, cuando entró en ésta un sargento valerano. El sargento habló al parecer con los izrailitas, miró al “herido” y desenfundó su pistola. Luego adelantó el brazo y disparó a quemarropa contra el cráneo del piloto. Fue todo muy rápido, los izrailitas que contemplaban la escena quedaron inmóviles y el sargento se dirigió a ellos agitando los brazos, como invitándoles a que se dispersaran.

El Almirante Aznar llamó al Capitán Burgos, que era el jefe de máxima graduación del “Isla Tenerife” que se encontraba en la Sala de Control en aquellos instantes, le señaló la pantalla y dijo:

—Investigue quién es ese sargento, y que comparezca junto con su inmediato superior en la oficina del Comandante.

Burgos dijo que lo iba a averiguar y Miguel Ángel Aznar salió de la Sala de Control para dirigirse a la oficina del Almirante Alzamora, que era el comandante del buque. Alzamora estaba departiendo con el Vicealmirante Gurrea y escuchó sorprendido a Miguel Ángel Aznar.

—Seguramente es el primer caso de que un piloto izrailita regresa herido —dijo Alzamora.

—No es el primer caso —rebatí Gurrea—. En las últimas cuarenta y ocho horas han regresado algunos tocados en las piernas.

—¿Cuántos? —preguntó Aznar.

—Sé concretamente de tres. Pero pueden ser más.

—¿No lo sabes?

—Claro que no. Un izrailita no es un ser humano. No contabilizamos sus bajas como si fueran personas. ¿A quién le importa que muera un robot? No tiene padres, ni esposa, ni hijos a quienes dar cuenta de su muerte.

En este momento anunciaban la llegada del Teniente March y el Sargento Alva. Miguel Ángel Aznar ordenó que pasaran y los dos hombres entraron en el despacho saludando marcialmente y visiblemente nerviosos.

March era el mismo teniente que en el hangar había sacado la pistola sin llegar a disparar contra el izrailita.

—Teniente March, cuénteme qué ocurrió en el hangar superior hace unos minutos. Me refiero a lo que ocurrió con el piloto izrailita —invitó el Almirante Aznar.

—Sin duda se refiere al izrailita que regresó herido.

—Sí.

—No tuve valor para matarle —dijo el Teniente enrojando como un chico pillado en falta—. Lo siento, sé que era mi deber hacerlo...

—¡Espere! —le atajó Miguel Ángel Aznar—. ¿Por qué dice que era su deber matarlo?

—Porque estaba herido, señor Almirante. Quiero decir que no podía moverse, aunque su cerebro todavía regía e incluso podía hablar.

—¿Le habló el robot?

—Sí, señor. Y eso fue lo peor. Se dirigió a mí y me preguntó qué íbamos a hacer con ella. Le dije, “muchacha, te han tocado. Estás averiada de cuidado y eso no lo podemos arreglar, tenemos que destruirte”. Luego me arrepentí de haber sido tan brutal, porque la izrailita me preguntó si la palabra “destruir” significaba que iba a dejar esta vida, que no vería más la luz y abandonaría este mundo. Entonces me olvidé que sólo era un robot, me dio mucha lástima y

perdí el valor. No fui capaz de disparar contra la izrailita.

—¿Y ordenó usted al Sargento que la rematara por usted?

—No, señor. Iba a buscar a alguien a quien contar lo que me había ocurrido. El Sargento llegó en mi ausencia, vio a la izrailita estropeada y le descerrajó un tiro. Es lo que hacemos siempre en estos casos.

—¿De quién partió la orden de rematar a los izrailitas que regresaran tocados? —preguntó Miguel Ángel.

La respuesta llegó del Vicealmirante Gurrea:

—Yo di esa orden. Aunque tratándose de las izrailitas me parece excesivo hablar de “rematar”. No hay robots heridos, sino averiados. ¿Qué otra cosa se puede hacer con una máquina estropeada, sino echarla al montón de chatarra?

El Almirante hizo una seña al teniente March.

—Pueden retirarse, gracias.

Los dos hombres abandonaron el despacho.

—¿Qué es lo que te preocupa, Aznar? ¿Qué estás pensando? —preguntó Alzamora mirando alarmado a Miguel Ángel.

—¿Por qué hacemos regresar a los “Delta” cuyo piloto ha quedado fuera de combate? Sería mucho más fácil destruir esos aparatos por control remoto. Pienso que no es buen ejemplo para los izrailitas ver regresar a sus compañeros muertos.

—¡Muertos! —exclamó Alzamora estupefacto—. ¡Demonio, Aznar! ¿Piensas en serio que se puede aplicar este término a una izrailita? ¿Cómo puede morir quien nunca ha vivido?

—No estés tan seguro, tal vez las izrailitas tienen una vida interior... no vida animal, sino otra cosa distinta, un raciocinio; es decir, un estado de consciencia que les permite darse cuenta de que realmente viven... y pueden morir.

—¡Pero eso es imposible, Aznar!

—¿Por qué imposible? —replicó Miguel Ángel.

Alzamora no supo qué contestar. Solamente sacudió la cabeza, como queriendo alejar algún mal pensamiento. Luego se dirigió a Gurrea.

—Que en adelante se destruyan en el aire los “Delta” que hayan quedado sin piloto —ordenó.

—Tendremos que decírselo al General. Son sus aviones.

—Bien, dígaselo. Los aviones podrán ser de Baronet, pero es en

mi buque donde aterrizan, y no quiero ver repetida la escena de hoy. Por cierto, ¿qué hacemos con los izrailitas que regresan muertos?

—Los desmaterializamos en la “Karendón Vertedero”, como hacemos con la basura.

Los caza-bombarderos “Delta” que en lo sucesivo quedaban sin piloto fueron hechos detonar por control remoto.

## CAPÍTULO VII

**A**l Mayor General Almirante Aznar expedía un radio dirigido al Estado Mayor General. “Temo tengamos problemas con los izrailitas. Por favor, les ruego me envíen a la profesora Nuria Ross para exponerle mi preocupación”.

Quizás fue un error enviar el radio por conducto reglamentario. En los tres días siguientes no tuvo respuesta. Luego, sin previo aviso, se presentó la capitana de navío Samanta Cabedo, que dio “el salto” de la forma consabida; desmaterializándose en “Valera” para ser restituida a continuación en una “Traslator” a bordo del “Isla de Tenerife”.

Samanta Cabedo era una hermosa mujer, lo que vulgarmente solía llamarse “una real moza”; alta, de cabellos castaños y ojos verdes, en aquella edad indefinida tan frecuente en las mujeres valeranas después de haber cumplido los treinta.

Miguel Ángel Aznar conocía muy bien cuál era la verdadera edad de Samanta Cabedo —más joven que él— y también la conocía en la intimidad, como probablemente no la conociera nadie.

Nieta del Almirante MacLane, Samanta Cabedo había estado un tiempo a las órdenes de Miguel Ángel Aznar durante la guerra contra los Hombres de Titanio. Después del viaje a Uhlan y el “anti-Universo”, se encontraron de nuevo cuando “Valera” buscaba el circumplaneta Atolón.

Mientras la mayoría de los veinte millones de valeranos seguían desmaterializados, un reducido grupo de personas atendía a los servicios indispensables y vigilaba el espacio buscando la Constelación de David. Entre este grupo se encontraba el joven Almirante Aznar, quien en ausencia de su padre asumía temporalmente el mando del autoplaneta. Y casualmente allí estaba

Samanta Cabedo también.

La vida era muy aburrida en un mundo desierto, cuya actividad estaba reducida a su mínima expresión, como era en aquel entonces “Valera”, y Miguel Ángel empezó a salir con la guapa Samanta. Sus relaciones duraron hasta que los telescopios de “Valera” identificaron la Constelación de David, donde estaba inserto el circumplaneta Atolón. La vida en el planetillo empezó a recobrar su plena actividad con el regreso de los valeranos.

Por supuesto, aquel no era el tiempo pretérito en que un hombre, por el hecho de haberse acostado con una doncella, se sentía moralmente obligado a casarse con ella. Pero en el caso de Miguel Ángel Aznar lo ocurrido con Samanta no tenía disculpa, pues era reincidente.

Mucho tiempo antes, cuando “Valera” viajaba de Atolón a la Tierra utilizando el sistema ortodoxo (300, años de navegación a casi la velocidad de la luz) Miguel Ángel se había encontrado en una situación parecida respecto a la que luego sería la madre de Samanta. Pero las mujeres de la familia MacLane, por alguna razón desconocida, eran gafe para Miguel Ángel Aznar.

Tal vez la culpa no fuera de las MacLane. En cuestión de mujeres, Miguel Ángel era un indeciso. No le faltaba voluntad para amarlas, pero en cuanto las contemplaba bajo el aspecto de posible esposa, todas sus buenas intenciones flanqueaban.

Parecía como si existiera dentro de él una fuerza de rechazo al matrimonio. A tal punto era así, que empezaba a pensar que el matrimonio no estaba hecho para él.

Lo desagradable de este asunto fue que, como era inevitable que ocurriese, el Almirante MacLane se enteró tan pronto regresó. Pero si se ofendió supo disimularlo muy bien, probablemente porque entonces todavía vivía el viejo Almirante Aznar, y no era cosa de enemistarse con éste por tan pequeña cosa. Pero al desaparecer el Almirante Mayor y suceder a éste en el mando supremo del autoplaneta, MacLane soltó todo el rencor acumulado, condenando al joven Aznar al ostracismo.

Al parecer la venganza de MacLane continuaba. ¿O le enviaba a Aznar su nieta para darle ocasión de arrepentirse y rectificar su error?

Samanta Cabedo, tan hermosa como antes, pero con aire

distinto, se presentó vestida de uniforme en el despacho del Almirante jefe de la Flota.

—Pareces sorprendido —dijo clavando sus lindos ojos en la cara de Miguel Ángel.

—Lo estoy —admitió él—. ¿Qué te trae por aquí?

—Parece que tienes problemas con los izrailitas, y me envían para investigar qué ocurre.

—No ocurre nada... todavía. De todos modos no pedí que te mandaran a ti, sino a Nuria Ross.

—Pertenezco al Servicio de Inteligencia. Si hay algo que no anda como es debido, yo debo averiguarlo y tratar en corregirlo.

—No es un oficial del Servicio de Inteligencia lo que necesito aquí, sino un psicólogo experto que conozca a esos robots —dijo Miguel Ángel sintiéndose molesto.

—Me he licenciado recientemente en psicología y sociología. No hay nada que sepa Ross y que yo no sepa también.

—No respecto a los izrailitas. Quiero que venga Ross.

—Ella no va a venir. Ni siquiera pertenece a las Fuerzas Armadas. Cuéntame a mí lo que ocurre —insistió Samanta. Y tomó tranquilamente asiento en una butaca cruzando una pierna sobre otra, dispuesta a escuchar.

Pero Miguel Ángel, como en general todos los Aznar, también podía ser obstinado en ocasiones. Pulsó un botón, llamó al capitán Ignacio Burgos y luego aclaró a Samanta:

—Es mi ayudante. Burgos conoce el asunto tan bien como yo.

El Almirante Aznar se retiró después de presentar a su ayudante. Burgos se mostró sorprendido ante las preguntas de Samanta Cabedo.

—No ha ocurrido nada —aseguró—. Simplemente, antes hacíamos regresar los aviones cuyos pilotos habían quedado fuera de combate, pero desde hace unos días los destruimos haciéndolos estallar por control remoto.

—¿Por qué?

Burgos tuvo que relatar aquel incidente que tanto había impresionado al Almirante Aznar, para acabar diciendo:

—Si he de interpretar el pensamiento del Almirante, tengo la impresión de que teme alguna reacción inesperada de los izrailitas.

—¿Como una rebelión? —preguntó sagazmente Samanta.

Burgos no supo contestar a esta pregunta.

La capitana Cabedo, aunque muy guapa, no era excesivamente inteligente. Durante los tres días siguientes se dedicó a ir de un lado a otro, interrogando a la tripulación, sonsacando a los jefes y causando molestias a todo el mundo, solamente para llegar a la conclusión de que Aznar estaba equivocado. Y fue a decírselo al propio Miguel Ángel.

—No va a haber ningún motín de los izrailitas.

—¿Quién ha dicho nada de que vaya a haber un motín? —contestó el Almirante.

—Tú.

—Nunca he dicho tal cosa.

—Pero lo has pensado.

—Temo que no has comprendido de qué va el asunto.

—Sí, lo sé. Y estás equivocado. No habrá ninguna rebelión de los izrailitas.

—¿Por qué estás tan segura? —interrogó Aznar con curiosidad.

—Porque he hablado prácticamente con todo el personal y nadie cree que vaya a ocurrir semejante cosa.

—¡Brillante conclusión! —exclamó Aznar—. Supongo que con esto has concluido tu misión. ¿Te marchas ahora mismo?

—Me quedaré un día más por aquí —farfulló Samanta Cabedo.

Esto ocurría un día por la mañana. En Atolón el sol brillaba siempre en el cenit en un día sin fin, pero los valeranos observaban rigurosamente el horario de su planetillo que era el que regulaba las guardias, las comidas y el descanso.

Samanta Cabedo disfrutaba del privilegio de comer en la mesa de los almirantes, y Miguel Ángel Aznar volvió a encontrarla en el comedor a la hora de costumbre, pero faltaban el general Baronet y el general Royo, así como el brigadier Noguera, que comandaba las Fuerzas Aéreas. El vicealmirante Gurrea llegó con retraso y explicó la ausencia de los demás.

El Primer Ejército, en su rápido avance, había llegado al pie de los Montes Carolos encontrándose allí con la primera resistencia organizada de los Ghuros. Se estaba librando una reñida batalla, en la cual intervenían blindados, infantería izrailita y gran número de caza-bombarderos valeranos.

Dejando a sus compañeros en la mesa, el Almirante Aznar

abandonó el comedor y se dirigió a la Sala de Control. Nadie le había avisado y llegó a pesar que Gurrea exageraba la importancia de la batalla. Pero al entrar en la enorme Sala de Control se dio cuenta de que la cosa iba en serio. Todos los controladores se hallaban en sus puestos, así como los oficiales y jefes, y en las grandes pantallas murales que rodeaban el recinto de planta circular se advertía una intensa actividad.

El general Baronet se encontraba en el puente de mando con el Almirante Alzamora. Aznar subió la escalera alfombrada hasta la plataforma y se quedó de pie mirando un poco sorprendido a las pantallas de televisión.

Las imágenes que llegaban hasta las pantallas de la Sala de Control procedían de las esferas blindadas que los valeranos utilizaban como observatorio, así como de algunos cruceros que se encontraban a gran altura siguiendo el desarrollo de la batalla a través de sus potentes teleobjetivos.

En las montañas Carolos el Primer Ejército fue totalmente sorprendido. Durante dos semanas los Ghuros habían acumulado allí gran cantidad de artillería y armas de “luz sólida”, o bien estas previsiones se habían hecho con mucha antelación durante el año transcurrido desde que “Valera” llegó. Las estribaciones de la cordillera era un campo minado en una extensión de dieciocho mil kilómetros entre dos grandes océanos y pese a la intensa labor desarrollada por el Servicio de Información, éste no fue capaz de descubrir los explosivos nucleares profundamente enterrados en el subsuelo.

Los Ghuros dejaron pasar la vanguardia del Primer Ejército, y a continuación hicieron estallar sus artefactos.

Lo que ahora veía el Almirante Aznar era un amplio panorama totalmente cubierto de polvo y de humo, de donde se elevaban los grandes hongos radiactivos producidos por las deflagraciones nucleares. Era totalmente imposible ver lo que ocurría debajo de aquella gigantesca nube de polvo y humo, tan grande que alcanzaba también las montañas. Pero sí era perfectamente visible la densa cortina de rayos flamígeros que brotaba de la nube y asaeteaba a los “Delta” que volaban sobre ella. Los aviones estallaban en gran número en el aire, y algunos se desplomaban como piedras abandonadas en el vacío o picaban hacia tierra para ir a estrellarse

contra el suelo.

La plataforma del puente de mando estaba rodeada de un círculo de pantallas, en una de las cuales aparecía el busto del brigadier Raúl Noguera, quien informó:

—Estamos perdiendo muchos aviones, mi general. Creo que deberíamos retirarlos de ahí, al menos hasta que se disipe el polvo y el humo y nuestros pilotos puedan ver mejor.

En efecto, el enorme calor generado por miles de explosiones nucleares estaba provocando una acumulación de oscuras nubes. Desde infinidad de agujeros excavados en las montañas los Ghuros bombardeaban las líneas valeranas con millones de proyectiles cohete de cabeza nuclear, y estas explosiones levantaban más humo y más polvo.

Aunque a regañadientes, Baronet consintió en retirar la Aviación y pidió informes de la situación a primera línea. La respuesta fue desconcertante:

—No sabemos qué ocurre. La infantería izrailita está retirándose masivamente.

—¿Quién ordenó la retirada? —preguntó Baronet indignado.

Nadie sabía nada. Al parecer reinaba el desconcierto en toda la línea del frente. La información era escasa y confusa y en muchos casos contradictoria. Mientras en el centro los izrailitas huían a la desbandada, en las alas estos mismos soldados seguían luchando bien, aunque sufriendo muchas bajas. Los izrailitas no llevaban siquiera protección contra la metralla y la proyección de rocas.

El general Baronet empezó a maldecir, porque nunca hasta hoy había mandado un ejército tan desorganizado como éste. Lo que ocurría era que había muy pocos hombres para cubrir puestos clave, tanto en el mando directo sobre las unidades de infantería izrailita, como en los observatorios y el servicio de comunicaciones.

La mayoría de las esferas blindadas que flotaban en el aire sobre el campo de batalla, iban tripuladas por izrailitas que se limitaban a llevar su máquina hacia adelante y manejar los teleobjetivos. Pero estos soldados robot no poseían la agudeza de observación de un humano, ni seguramente ponían en su misión el interés de un hombre. Participaban en la guerra, pero sin sentirla.

Los que venían de comer se encontraron con un general hecho una furia. Baronet todo era proferir denuestos contra los estúpidos

que creyeron posible hacer una guerra sirviéndose exclusivamente de soldados robot. Estas críticas iban directamente contra el Almirante MacLane, y la guapa capitana Cabedo tuvo que escucharlo y tragárselo.

Después de dos horas de enorme confusión, Baronet decidió enviar algunos caza-bombarderos en misión de observadores. En una extensa área del frente central estaba lloviendo a torrentes. Los aviones, tripulados por izrailitas, pero dirigidos con órdenes directas impartidas desde la Sala de Control del “Isla Tenerife”, tuvieron que volar muy bajo y a poca velocidad, más bajos que las nubes y entre la cortina de la lluvia.

Las cámaras de televisión mostraron una muchedumbre de soldados izrailitas que, bajo la tormenta, se retiraban desordenadamente llevando consigo sus armas de “luz sólida”.

Era pues cierto, los izrailitas desertaban.

—Es incomprendible —repetía Baronet una y otra vez—. Alguien ha tenido que dar la orden de retirada.

—No necesariamente —dijo el Almirante Aznar. Y ante la mirada de asombro de los presentes agregó—: Los izrailitas están desertando en masa. ¿Por qué desertan los soldados? Pues sencillamente, porque se niegan a luchar. Tienen miedo y huyen.

Samanta Cabedo protestó:

—¿Cómo van a sentir miedo unas simples robots? ¡Son máquinas, y las máquinas no tienen sentimientos! Alguien ha saboteado la ofensiva ordenando retirarse a los izrailitas.

—¿Sí? ¿Quién? —preguntó el General Royo.

—Cualquiera pudo hacerlo. Estamos rodeados de traidores, de gente que no quiere esta guerra y hará todo lo posible por hacer que la perdamos —dijo Samanta Cabedo mirando fijamente a Miguel Ángel Aznar.

El Almirante Aznar sonrió, levantó los hombros y abandonó la Sala de Control para regresar al comedor y acabar de comer.

Estaba tomando café cuando vino a buscarle Ignacio Burgos.

—¡Vaya follón el que se ha armado! —dijo sentándose ante una taza de café—. Ya no es sólo en el centro del frente, los izrailitas están desertando también en los flancos. ¿Sabe? Parece que sí hubo un traidor. Hemos reunido toda la información posible, y hay por lo menos un par de oficiales de transmisiones que oyera la voz.

—¿Cuál voz?

—La de alguien que dijo más o menos: “izrailitas, los humanos os utilizan como objetos enviándoos a la muerte en lugar de ir ellos mismos. Mirad cómo nos están destruyendo. Esos izrailitas rotos ya no ven la luz, han dejado de pensar, han dejado de existir. Marchémonos de aquí antes de que nos destruyan a todos. Ésta es la voz de la razón. No obedezcáis ninguna otra voz”.

—¿Era una voz humana, o la de un izrailita? —preguntó el Almirante.

—¡La voz de un izrailita! —exclamó Burgos—. ¿Cómo demonios se le ocurren esas ideas, Almirante?

—¿Sabemos de quién partió ese razonamiento tan lógico?

—¡Por supuesto que no!

—¿Pudo haberlo dicho un izrailita, sí o no?

—¿Y cómo demonios quiere que yo lo sepa? Supongo que podría haberlo dicho un izrailita... si éstos fueran capaces de distinguir entre la vida y la muerte.

—Lo son, capitán —aseguró Miguel Ángel—. Ese es nuestro problema. Hemos creado millones de mentes sin pararnos a pensar qué ideas bullen en esos maravillosos cerebros. La mente de Izrail es un profundo misterio para nosotros. No podemos investigarlo, ni extraer de él sus ideas, porque su cerebro no rige como el humano. No nos es posible inyectarle un hipnótico, ni sentarlo ante una máquina “Psí” para que nos descubra sus secretos. En otras palabras, hemos ido demasiado lejos. Los viejos bartpuranos crearon a Izrail. Pudieron haber obtenido millones de copias de él en las “Karendón” y emplearlos como soldados, como peones y como sirvientes. Nunca hicieron tal cosa. Probablemente los bartpuranos se asustaron de su propia obra y no quisieron experimentar con ese hermoso monstruo.

—¡Caramba, Almirante! —murmuró Burgos—. ¡Hace usted que se ponga la carne de gallina! ¿Qué podemos hacer?

—Ni usted ni yo podemos hacer nada —contestó el Almirante encogiéndose de hombros—. ¿Han informado a MacLane?

—Baronet habló con él. Ordenó que se le informara puntualmente cada hora.

—Bien, voy a dar una vuelta por la Sala de Control para ver cómo van las cosas.

Las cosas no podían ir peor en la Sala de Control. La desbandada de la infantería, que se inició en la zona centro del frente, se extendía como un reguero de pólvora hacia las alas. ¿Se transmitían los izrailitas de uno a otro la consigna de desertión? Nadie lo sabía.

Los “Deltas” enviados a observar habían sido derribados por las baterías Ghuro de “luz sólida”. La ofensiva de los valeranos se había detenido al pie de la cordillera y los blindados se veían obligados a clavarse en el suelo bajo el terrible bombardeo nuclear.

Mientras eran enviados a la zona nuevos aviones, Baronet estableció comunicación con la Sala de Control de “Valera” a través de la televisión. El Almirante Mayor apareció en imagen.

—La situación es muy confusa —informó Baronet—. Hay mala visibilidad y está lloviendo sobre la zona centro. Estamos sufriendo grandes pérdidas. En estas condiciones, considero lo más prudente retirarnos.

—¡Al diablo las pérdidas! —rugió el Almirante MacLane haciendo aspavientos—. Siempre podremos reponer el material perdido. ¿Qué hacen esos malditos izrailitas?

—De todas partes recibimos confirmación de que están abandonando el frente. Temo que esto no tenga arreglo.

—¡Claro que tiene arreglo! ¿Cuántos izrailitas tenemos en el frente?

—Ocho millones.

—¿Y cuántos aviones tenemos en el aire? ¡Cinco millones! Ordena a tus pilotos que regresen al pie de las montañas y señáales su nuevo objetivo. ¡Que disparen contra la infantería izrailita!

—¿Qué te propones con eso? ¿Confías tal vez en hacer regresar a esos desertores? —protestó Baronet.

—Se trata de mantener el principio de autoridad, de hacer respetar la disciplina.

—Recuerda que no estás tratando con personas. No se puede condenar a un izrailita a veinte años de prisión, o a darle de latigazos. Esas medidas disciplinarias no sirven con un robot.

—Si ante el peligro retroceden con temor humano, entonces también podemos tratarles como humanos. Acabamos de descubrir que le temen a la muerte. Bien, pues que sepan que sólo luchando podrán salvarse. Si huyen los destruiremos —dijo MacLane.

—MacLane, creo que estás en el camino equivocado —apuntó

Baronet, pero el Almirante no le escuchó.

—Ordena a tu oficial de comunicaciones que sintonice la onda de vuestros regimientos. Voy a hablarle a la Infantería Izrailita.

Baronet se volvió sorprendido hacia los hombres que estaban tras él. Hizo una señal al brigadier Noguera.

—El Almirante Mayor va a dirigir una arenga a la Infantería.

Se hicieron rápidamente los arreglos necesarios. Cada soldado izrailita iba provisto de un casco protector liviano con auriculares, a través de los cuales les llegaban las órdenes de sus oficiales.

Desde “Valera”, el Almirante Mayor habló a los izrailitas.

“¡Soldados del Primer Ejército! Os habla vuestro Comandante Jefe. En este momento vuestra ofensiva está detenida a causa de la cobardía de unos cuantos izrailitas que huyen ante el peligro. El miedo es contagioso y los izrailitas habéis descubierto hoy lo que significa tener miedo de la propia destrucción, del dejar de existir, de eso que los humanos llamamos Muerte. También los humanos tememos a la Muerte, ello forma parte de nuestro instinto de conservación. El miedo a la Muerte es el impulso que nos lleva a luchar. El Hombre tiene que luchar para defender su vida. Si los hombres no lucharan por su vida serían víctima fácil de todos sus enemigos, y el género humano ni siquiera habría llegado a evolucionar, pues su raza habría sido aniquilada hace siglos. Vosotros, soldados izrailitas, os encontráis ahora en idéntica alternativa. No penséis que huyendo ante el peligro habéis salvado vuestra vida, pues sólo habréis aplazado una lucha que es necesaria para garantizar vuestra supervivencia. Los Ghuros y las Mantis tienen que ser destruidos sobre la faz del circumplaneta para que dejen de ser una amenaza en el futuro. La vida, a la cual os hemos traído, tiene sus leyes inexorables. Para que un pueblo sobreviva, una parte del pueblo tiene que sacrificarse y luchar, y si es necesario morir. Éste es vuestro caso, soldados izrailitas. Vuestro derecho a la existencia tenéis que ganarlo colaborando en esta guerra común contra los Ghuros y las Mantis. Si los izrailitas os negáis a combatir, los humanos os destruiremos. No habrá razón para que os permitamos vivir, ya que de nada nos servís si no es luchando contra nuestros enemigos. ¡Izrailitas, obedeced a vuestros jefes y regresad al combate! Algunos de vosotros seréis destruidos, pero muchos sobrevivirán. De lo contrario, nadie quedará para

recordarlo. Todos seréis destruidos. ¡Es una orden, regresad!”

Escuchando al Almirante Mayor, Miguel Ángel Aznar se alegró de no estar en su lugar. Las críticas contra MacLane iban a ser muy duras si esta campaña fracasaba por falta de acometividad de los izrailitas. ¡Después de la campaña de propaganda que habían llevado a cabo los medios de difusión estatales ensalzando las virtudes y ventajas de los izrailitas como soldados!

Eran las once de la noche en “Valera” y hacía seis horas que se inició la batalla de los Montes Carolos. MacLane se despidió ordenando que le tuvieran informado cada media hora de la evolución de los acontecimientos.

—Enviad a las Fuerzas Aéreas allá. Si en una hora no se aprecia cambio en la actitud de los izrailitas... ¡disparad sobre ellos!

La imagen del Almirante Mayor se desvaneció en la pantalla de televisión. Con el último eco de la voz de MacLane empezaron a recibirse en el “Isla de Tenerife” las llamadas de los generales que mandaban las distintas divisiones desde los restantes “discos-volantes” de la Flota.

—No puedo responder a cada uno de ustedes —dijo el General Baronet de mal talante—. Vengan acá y hablaremos.

Minutos después empezaban a llegar los altos mandos del Primer Ejército a través de las “Karendón Traslator”. Como Almirante de la Segunda Flota de Transportes Siderales, Miguel Ángel Aznar fue invitado a participar en la animada reunión.

A las doce de “Valera” los mandos del Primer Ejército estaban sentados alrededor de una larga mesa. En este momento se recibió una llamada de MacLane, cuya imagen fue proyectada en una de las grandes pantallas murales del salón de reuniones.

Las noticias que Baronet tenía respecto a la Infantería era que la retirada no se había parado. Al contrario, la consigna de desertión parecía extenderse desde el centro del frente en dirección a las alas. Las Fuerzas Aéreas estaban cerca de la zona, tomando posiciones para atacar a su propia Infantería.

—Bien, pues atacad —ordenó secamente MacLane. Y sin esperar a escuchar ningún otro comentario se desvaneció en la pantalla.

—Muy bonito —rezongó el general Royo—. ¡Atacad! Como si fuera tan sencillo. Hemos instruido a nuestros pilotos enseñándoles a distinguir entre Ghuros, Mantis y humanos, a atacar a unos y

respetar a los otros. ¿Qué ocurrirá cuando les ordenemos disparar también contra los izrailitas?

—Los izrailitas son disciplinados. Obedecerán —dijo el General Quintana.

—Pero supongamos que una parte de la infantería izrailita obedece y regresa al frente, y otra parte de ella se hace la sorda y huye. Tendremos que decirles a los pilotos “disparen contra los desertores, respeten a los leales”. ¿Están estos robots en condiciones de establecer tal diferencia? Un hombre lo haría con facilidad, es lo que conocemos con poder de abstracción. ¿Pero hasta dónde alcanza el poder de abstracción de los izrailitas?

El Almirante Aznar dijo:

—Deberíamos tener aquí un experto en lógica robótica. Solicité que viniera la Profesora Ross, pero nos enviaron un oficial de Inteligencia. Evidentemente no se puede aplicar a un robot el mismo código de conducta que los humanos utilizamos entre nosotros. Supongo que es a eso a lo que quiso referirse Quintana. Examinadas a la luz de la lógica robótica, la conducta humana tal vez parezca como una retahíla de disparates. El ser humano es un ser muy complicado; se rige la mayoría de las veces por una serie de estímulos y sentimientos que nada tienen que ver con la lógica. Para un izrailita, lo lógico es que si uno se ve en peligro, trate de ponerse a salvo. Los humanos quedamos en una trinchera porque realmente, un soldado acusado de deserción o cobardía, no tiene donde ir. Su sociedad le rechaza, le desprecia y le condena a terribles castigos. Esos condicionamientos no sirven para los izrailitas. MacLane les ha hablado como si se dirigiera a un Ejército de hombres. Los izrailitas no son hombres. Si reaccionaran como hombres, yo diría entonces que era peor, pues un robot que sintiera como un hombre sería humano. Estaría condicionado por los mismos impulsos que los humanos; sería orgulloso, ambicioso, embustero y tremendamente egoísta. Estaría en condiciones de tratarnos en un plano de igualdad ¡y resultaría superior a nosotros!

El general Baronet sacudió impaciente su cabeza.

—Miren, vamos a dejarnos de elucubraciones filosóficas. Aquí tenemos un problema gordo. Si no somos capaces de contener la retirada en masa de los izrailitas, todo el frente se nos viene abajo. La guerra se parará y la reconquista del circumplaneta será

imposible, porque no disponemos de suficientes efectivos humanos, y los izrailitas se habrán mostrado incapaces para la tarea que les habíamos confiado.

Entró un oficial de Comunicaciones con un parte sobre las condiciones meteorológicas reinantes en los Montes Carolos. El oficial transmitió verbalmente un recado de la capitana Samanta Cabedo, solicitando permiso para asistir a la reunión en su condición de oficial superior del Servicio de Inteligencia. El permiso fue concedido y Samanta Cabedo entró en la sala.

—Disculpe que me olvidara de usted —dijo el General Baronet con cierta sequedad—. Creí que había regresado a “Valera”.

Esto era mentira y Miguel Ángel Aznar tuvo que hacer un esfuerzo para contener una sonrisa cuando Samanta le miraba.

Sobre una proyección fotográfica del terreno se procedió a fijar la situación de las radioesferas que debían formar la cuadrícula electrónica. Luego, mientras se enviaban las radioesferas a ocupar su posición, surgió otra cuestión.

—Es la una de la madrugada hora de Valera —dijo Miguel Ángel Aznar—. En el tiempo que llevamos aquí, nuestras “Karendón” han fabricado treinta mil nuevos pilotos y sesenta mil soldados. ¿Vamos a continuar produciendo izrailitas?

Después de una larga discusión, en la que cada uno expuso su opinión. Baronet llegó a la conclusión de que el asunto no era de su competencia. El Estado Mayor General, o el Almirante Mayor personalmente, tendrían que decidir esta cuestión.

Mientras tanto los despachos iban llegando con regularidad a la mesa de reuniones. Todos coincidían en afirmar que la retirada de los izrailitas se extendía como una mancha de aceite.

En este momento se abrió a medias la puerta de la sala y el capitán Burgos asomó discretamente haciendo señas a Miguel Ángel Aznar. Éste se levantó con una disculpa y salió al pasillo donde le esperaba su ayudante.

—Tenemos problemas —dijo Burgos bajando la voz—. El almirante Mesquida le ruega a usted que acuda a “Leyte”.

—¿Y por qué no viene él? ¿Qué ocurre?

—El asunto es delicado. Una izrailita ha asesinado a un hombre y herido gravemente a otro.

—¡Cristo, lo que nos faltaba! —exclamó el Almirante Aznar

pegando un respingo—. ¿Cómo ha sido eso?

—Dos sargentos llevaron con engaño a una izrailita a una cabina, se encerraron con ella y parece ser que intentaron violarla.

—¡Malditos estúpidos! —rezongó Miguel Ángel Aznar. Hizo una seña imperiosa a Burgos—. Venga usted conmigo.

Poco después Burgos y Miguel Ángel Aznar entraban en la cámara de sendas máquinas “Traslator” y eran transferidos en un minuto a otras dos cámaras idénticas a bordo del “Isla de Leyte”.

## CAPÍTULO VIII

**A**penas el público. Aquí como en el resto de los transportes de la Flota, los izrailitas superaban varias veces en número a los astronautas valeranos. Prácticamente estaban en todas partes, atendiendo muchos servicios que habitualmente habían sido cubiertos por seres humanos.

Era evidente que la noticia de la muerte del sargento se había extendido por la nave. Los valeranos hablaban en voz baja por los enormes corredores, echando recelosas miradas a las bellas e indiferentes izrailitas.

Un rápido montacargas llevó al Almirante Aznar y a su ayudante al hospital del buque. Este hospital era tan grande y estaba tan bien dotado como el de cualquier gran ciudad de “Valera”, si bien por las circunstancias actuales funcionaba a sólo una parte insignificante de su capacidad.

Casi un centenar de astronautas estaban reunidos ante la puerta del Hospital. Al ver llegar al Almirante Jefe de la Flota se escucharon algunas voces crispadas de “linchemos al asesino” y “justicia igual para todos”.

El almirante Mesquida se encontraba en el vestíbulo con su segundo y otros oficiales. Todos saludaron a Aznar. El Almirante se interesó por el herido.

—Falleció mientras le trasladaban a la “Karendón” para desmaterializarle como último recurso. Tenía el cuello roto.

—¿Cómo ocurrió?

—No hay testigos —dijo el Almirante Mesquida—. Pero todo parece indicar que los dos sargentos intentaron violar a la muchacha.

—¿Se refiere a la izrailita?

—Sí. Ya sabe lo que ocurre, no tenemos mujeres a bordo y estas

izrailitas son muy hermosas. Tal vez los muchachos se sintieron impulsados por un sentimiento de curiosidad... por ver cómo es una izrailita desnuda. La llevaron a una cabina y forcejearon con ella. Que hubo lucha es evidente, la izrailita tenía el uniforme destrozado. Sabemos que estas robot tienen conocimientos de karate y un vigor superior al humano. En la lucha los dos hombres llevaron la peor parte, ambos resultaron muertos por fractura de cuello, el clásico golpe asestado en la base de la nuca con el canto de la mano.

—¿Qué han hecho con la izrailita?

—La pusimos en lugar seguro. La voz se corrió por todo el buque y hubo un intento de agresión.

—He oído algunas voces ahí fuera que no me gustan nada. Es sencillamente absurdo reclamar para un robot la misma justicia que aplicamos a los humanos. No existe ningún código de justicia referido a los izrailitas.

—Pues tendría que haberlo —dijo el Vicealmirante Melo, segundo de a bordo—. Si las izrailitas, por el hecho de no ser humanos, gozan de inmunidad plena ante un delito de desertión, insubordinación y homicidio, ¿a dónde vamos a ir a parar?

—La desertión, la insubordinación y el homicidio no forman parte de los hábitos de los izrailitas —dijo Aznar.

—No es eso lo que parece. Hemos visto a los izrailitas desertar del frente, y aquí mismo tenemos dos hombres muertos víctimas del robot.

—¿Qué propone usted? ¿Tal vez que formemos un tribunal militar para condenar a esa homicida?

—No es necesario. Bastaría pasar a la homicida por las armas en presencia de un buen número de izrailitas para que sirviera de ejemplo.

El Almirante Aznar miró a su alrededor. Con gran sorpresa por su parte advirtió que existía una evidente unanimidad con el criterio de Melo. Era pues cuestión de preguntarse si era correcta la interpretación de aquellos hombres, y era él quien estaba equivocado.

Como Almirante Jefe de la Flota tenía atribuciones plenas para decidir por sí mismo. No obstante, como era contrario a la idea de castigar a la homicida, optó por eludir el asunto.

—Consultaré con el Almirante Mayor —dijo evasivamente.

—Pues conviene que lo haga rápido —dijo Mesquida—. Si no damos pronta solución al asunto, temo que no podamos evitar que la tripulación se tome la justicia por su mano. Los ánimos están exaltados y nuestros hombres miran con hostilidad a los izrailitas, especialmente desde que empezaron a desertar del frente.

—Escuche bien esto, Mesquida —dijo Miguel Ángel con voz irritada—. No consentiré que nadie se tome la justicia por su mano. Y le hago responsable a usted de lo que ocurra abordo de su buque.

Mesquida se limitó a encogerse de hombros. Miguel Ángel comprendió la debilidad de su posición. Una izrailita no era una persona. Si cualquier exaltado le pegaba un tiro en la cabeza, ¿quién se atrevería a inculparle? Sería un absurdo el acusarle de homicidio, puesto que un robot no era un ser humano. Nadie iba a conceder a la destrucción de un izrailita más valor que a la pérdida de un equipo de radar o un caza-bombardero “Delta”.

Para Miguel Ángel Aznar, en la base del problema estaba el desdén y la indiferencia de los valeranos hacia los izrailitas. Por absurdo que pareciera, nadie se daba cuenta de que en cierto modo, un izrailita no era tan distinto de un ser humano.

—Hablaré con el Almirante Mayor —repitió.

Seguido del almirante Mesquida, del vicealmirante Melo y algunos de los oficiales del grupo se dirigió a la Sala de Control del “Isla de Leyte”.

El momento no era el más oportuno para obtener audiencia de MacLane. Allá en “Valera” todo debía andar de coronilla como consecuencia de la retirada en masa de la infantería izrailita. Cuando finalmente Miguel Ángel consiguió línea con MacLane, la voz que escuchó por el teléfono parecía cansada e irritada.

—Está bien, Aznar. ¿Qué ocurre? —preguntó MacLane.

—Tengo problemas —dijo Miguel Ángel.

—¿Y quién no los tiene? Tal parece que se hayan puesto de acuerdo para bombardearme con sus problemas. ¿No hay nadie capaz de tomar una decisión por sólo mismo?

—Una izrailita ha dado muerte a dos sargentos de Mesquida. Parece ser que esos imbéciles la encerraron en una cabina e intentaron violarla. La izrailita se defendió y los sargentos llevaron la peor parte.

—¡Vaya! —exclamó MacLane exasperado—. ¿Y qué quieres que haga, que sea yo quien se ocupe de enviar los telegramas de condolencia a los familiares de las víctimas? ¡Aznar, por el amor de Dios! Eres el Almirante Jefe de esa flota, el asunto te concierne a ti exclusivamente.

—Es que no puedo decidir por mí mismo. La gente está nerviosa... parece haber unanimidad en la idea de que la homicida debe ser fusilada.

—¡Pues fusílala!

—Es que no quiero hacerlo. No podemos juzgar a una izrailita aplicándole el código de justicia militar. ¡Piensa que no es un ser humano, sino un robot! Estos robots han sido educados para repeler cualquier intento de agresión. Es sencillamente absurdo condenar a una máquina por comportarse como una máquina. Antes de cometer un error me gustaría que enviaran aquí a la Profesora Ross. Ella sabría resolver este delicado asunto.

—Pienso que estás haciendo una montaña de un grano de arena, Aznar. ¡Como si un Almirante Mayor no tuviera cosas más importantes que hacer, que resolver si un robot debe ser o no destruido! Si está ahí Mesquida que se ponga al aparato.

Miguel Ángel hizo una seña a Mesquida y le entregó el teléfono. Mesquida se cuadró, como si pudiera ser visto desde “Valera”.

—A sus órdenes, Almirante. Soy Mesquida.

Escuchó asintiendo y dijo:

—Tengo la tripulación al borde del motín, señor. Todos esperan que apliquemos un castigo ejemplar a la izrailita para que un hecho así no vuelva a repetirse. La vida humana debe ser sagrada para un robot. De lo contrario, ¿a dónde iríamos a parar?

Mesquida se interrumpió, escuchó y dijo:

—Creo que es lo correcto, señor. La fusilaremos en presencia de sus compañeros. Sí, Almirante. A sus órdenes.

Miguel Ángel Aznar quedó tan sorprendido que reaccionó demasiado tarde para coger el teléfono que Mesquida depositaba sobre su soporte. Tomó el aparato.

—¿MacLane? —llamó—. ¿MacLane?

—Han colgado, señor —anunció la voz del operador.

Aznar devolvió el teléfono al soporte mirando a Mesquida.

—¿Qué fue lo que dijo el Almirante Mayor?

—Ordenó que me encargara personalmente de ejecutar a la izrailita —fue la respuesta del satisfecho Mesquida.

Miguel Ángel Aznar le dirigió una mirada profunda, pero nada dijo. Su indignación le impedía hablar, entre otras cosas, porque siendo el Almirante Jefe de la Flota, consideraba una falta de delicadeza grave el que MacLane dictara una orden directa a Mesquida pasando sobre él.

Minutos después Miguel Ángel Aznar y su ayudante eran materializados en dos cámaras de restitución, de nuevo a bordo del “Isla de Tenerife”. En la misma sala de las “Traslator” se encontró con los generales que se disponían a regresar a sus buques-base una vez terminada la reunión con el General Baronet.

Eran entonces las dos de la madrugada, hora de “Valera”, si bien aquí en Atolón seguía brillando un sol caliente inmóvil en el cénit. Se había fijado la hora del ataque de las Fuerzas Aéreas para las cuatro, en que todas las radio-esferas habrían alcanzado sus posiciones. En los Montes Carolos las condiciones atmosféricas eran detestables. Llovía torrencialmente y la visibilidad era prácticamente nula. Los últimos informes insistían en señalar que la retirada de los izrailitas continuaba, ahora extendida a todo lo ancho de los dieciocho mil kilómetros de frente, de océano a océano. Era la consumación de la catástrofe.

Desde la sala de reuniones el General Baronet y la plana mayor divisionaria se habían dirigido al comedor de oficiales para cenar.

—No tendremos tiempo de comer después que empecemos el ataque —dijo Baronet, que se mostraba muy abatido.

El Almirante Aznar le confió lo ocurrido a bordo del “Leyte”. Baronet se mostró indiferente, mientras que los demás tomaban partido por la decisión del Almirante Mayor de pasar por las armas al robot homicida.

Miguel Ángel Aznar se preguntó si era él un estúpido o todos se habían vuelto locos. ¿Cómo se podía castigar a una máquina por hacer algo que formaba parte de su intrínseca condición?

Poco después recibía una llamada telefónica desde el “Isla de Leyte”. Era el almirante Mesquida para informarle que había fijado la hora de la ejecución para las tres. Faltaban solamente diez minutos para esta hora y Miguel Ángel se dirigió a la Sala de Control.

En la Sala de Control todo estaba en calma. El personal de servicio se tomaba un descanso antes de que diera comienzo la acción contra los desertores izrailitas. El contralmirante Raga hacía su guardia en el puente. En las grandes pantallas murales, las imágenes correspondían a algunas vistas aéreas tomadas desde las esferas-observatorio que seguían con sus objetivos la retirada de la infantería izrailita.

Seguía lloviendo en el área de los Montes Carolos, aunque había remitido la tremenda ofensiva artillera de los Ghuros. Entre el barro y la lluvia se movían los izrailitas salvando con dificultad los accidentes del terreno. Algunas “tarántula robot”, dirigidas por control remoto desde las esferas-observatorio, trataban de cortar la retirada de los izrailitas haciendo ocasionales disparos contra los grupos más nutridos. Los izrailitas se limitaban a eludir a las fuerzas acorazadas rehusando entablar combate.

Miguel Ángel Aznar ordenó conectar una de las pantallas con el “Isla de Leyte”, donde estaba a punto de tener lugar la ejecución. Mesquida había hecho formar a casi la mitad de la tripulación izrailita, unos cinco mil robots, en el hangar de la última cubierta, donde también acudieron los astronautas valeranos libres de servicio, más de mil, así como los jefes y oficiales del buque.

El pelotón de ejecución, formado por cien hombres armados de fusiles convencionales, apareció escoltando al reo, que llevaba las manos esposadas a la espalda. Mientras la condenada era puesta de cara a sus compañeras, el almirante Mesquida dio lectura a un breve discurso justificativo de la decisión tomada respecto a la homicida.

Anunciada la sentencia, Mesquida fue a reunirse con los mandos del buque. La reo fue llevada por cuatro soldados hasta el muro de “dedona” y esposada a uno de los agujeros del sólido costillaje. Tres tambores empezaron a redoblar mientras los soldados se retiraban y tomaba posiciones el pelotón de ejecución; cincuenta hombres rodilla en tierra, y otros cincuenta de pie detrás de los primeros. Un oficial se colocó al extremo del pelotón y desenvainó su sable.

¿Qué pensamientos bullirían en éste instante en la mente del robot condenado a la destrucción? ¿Sería posible que sintiera ante la muerte como un ser humano?

De pronto la izrailita dio un fuerte tirón a las esposas y se irguió

gritando:

—¡No quiero morir! ¡No quiero morir!

Miguel Ángel Aznar sintió un estremecimiento de frío en la espalda. En las apretadas filas de astronautas izrailitas se advirtió cierto movimiento. La condenada forcejeó con las esposas. El oficial levantó el sable.

—¡Pelotón, apunten!

Los izrailitas tenían un vigor varias veces superior al de un hombre. La condenada gritó de nuevo “¡no quiero morir!” y rompió las esposas. ¡Echó a correr!

Algunos soldados dispararon sin haber recibido orden de hacerlo. La izrailita, alcanzada en una pierna, cayó...

Y entonces se rompió la formación. Cinco mil izrailitas se movieron por un mismo impulso arrojándose sobre los soldados valeranos.

—¡Es un motín! —exclamó el contralmirante Raga.

Miguel Ángel sintió un escalofrío. Como barrida por un soplo de viento, la correcta formación se rompió y los izrailitas se arrojaron contra el millar de valeranos que estaban presenciando la ejecución.

Algunos de los oficiales que estaban con el almirante Mesquida llevaban sus pistolas y trataron de defenderse. Muy pocos llegaron a empuñar sus armas, y probablemente ninguno pudo utilizarla. El pequeño grupo de oficiales desapareció en el tumulto. Los valeranos echaron a correr desordenadamente en dirección a los montacargas y la amplia rampa de acero que comunicaba el hangar con la cubierta inferior.

Los izrailitas eran formidables corredores y alcanzaron a la retaguardia de los valeranos. Gritaban los humanos y también los robots, y en medio de la tremenda confusión se veía caer a los humanos bajo los contundentes golpes de karate de los izrailitas, certeros y mortales como hachazos.

Miguel Ángel Aznar empuñó el micrófono que tenía a mano.

—¡Rápido, comuníqueme con la Sala de Control del “Leyte”!

Mientras esperaba la comunicación veía en la gran pantalla de televisión las carreras de los izrailitas en persecución de los valeranos. Éstos, al verse alcanzados, trataban de defenderse utilizando sus puños. Vano empeño, porque los robots, aun con su bella apariencia femenina, eran cinco o seis veces más fuertes que

un hombre y ni siquiera sentían los golpes que recibían. Por el contrario, sus golpes con el canto de la mano abierta eran como martillazos. Los valeranos caían echando sangre por la nariz y los oídos, y los furiosos robots perseguían implacablemente a los fugitivos hasta derribarlos con un golpe en la nuca o en mitad de la espalda.

—Comunicación con el “Leyte”, Almirante —anunció el operador.

El puente de mando estaba rodeado de un círculo de pantallas de televisión a modo de parapeto, y en una de estas pantallas acababa de aparecer la imagen en color del contralmirante Orduño, cuyo rostro aparecía amarillo.

—¡Orduño, tienen un motín a bordo! —dijo Aznar.

—Lo sé, Almirante —dijo Orduño con voz entrecortada.

—¿Qué medidas ha tomado? ¡Cierre todas las cortinas de las rampas de acceso, bloquee los montacargas y reúna a toda la tripulación! —ordenó Miguel Ángel Aznar—. Equipe a sus hombres con armaduras y subfusiles convencionales. Hay que impedir que los izrailitas descendan hasta las cubiertas inferiores.

—Señor, recibo comunicación en este momento de que ha estallado la lucha también en las cubiertas inferiores. ¡Los izrailitas están atacando a la tripulación humana en todo el buque! —exclamó el apurado Orduño desde la Sala de Control del “Isla de Leyte”.

La tripulación de un transporte sideral estaba formada actualmente por diez mil robots izrailitas y cuatro mil astronautas valeranos. Tal desproporción venía obligada por la errónea política del almirante MacLane, obstinado en llevar adelante la guerra con el menor número de valeranos.

—Orduño, conteste a esto —dijo Miguel Ángel—: ¿Cómo han sabido los izrailitas de las otras cubiertas que sus compañeros de arriba se habían levantado en motín?

—Estaban presenciándolo por televisión, señor. El almirante Mesquida dio órdenes expresas para que todos los izrailitas de servicio asistieran por televisión al fusilamiento. Quería que todos los vieran.

Aznar sintió que la cólera le ahogaba. ¡Estúpido Mesquida! No le bastaba que la izrailita homicida fuera destruida. Obsesionado en su

idea de que sirviera de escarmiento al resto de los izrailitas, había insistido en que todos los robots presenciaran la ejecución. ¡Bien caro había pagado Mesquida su error, pues ahora probablemente estaba muerto con todos sus oficiales!

—Orduño, escuche. Cierre todos los accesos a la Sala de Control. Voy a armar a mi tripulación y nos trasladaremos por el aire al “Leyte” utilizando los equipos de vuelo individual. Aterrizaremos en la cubierta de vuelo y penetraremos en el hangar para atacar a los rebeldes por la retaguardia.

—Se lo agradezco mucho, señor. No tarden.

Miguel Ángel Aznar se volvió hacia Raga.

—Toque a zafarrancho de combate. Que los hombres acudan al arsenal provistos de sus armaduras.

—Almirante —dijo Raga—. ¿Olvida usted que tenemos a bordo diez mil izrailitas, que pueden amotinarse de un momento a otro?

—¿No me diga que nuestros izrailitas han presenciado también esa estúpida ejecución?

—No, señor. Nadie la ha presenciado, excepto los que nos encontramos en la Sala de Control.

El Almirante Aznar miró a su alrededor desde el puente. No había un solo izrailita en la gran sala. Excepto para cumplir alguna misión específica, los izrailitas no entraban en la Sala de Control, donde los servicios estaban atendidos por operadores humanos altamente especializados.

—Comuníqueme con los restantes transportes de la Flota.

Mientras el Almirante Jefe de la Flota esperaba la comunicación con los nueve buques restantes, el Contralmirante Raga apretaba un botón eléctrico. En todas las dependencias del gigantesco transporte los claxon de alarma empezaron a sonar.

La bien entrenada tripulación sabía que, en cualquier lugar o situación que se encontrara, debía enfundarse en su armadura de “diamantina” y acudir rápidamente a su puesto de combate. Esta orden alcanzaba también a los izrailitas, si bien éstos no tenían que equiparse con la armadura, que no necesitaban.

En las pantallas de televisión del puente de mando, iban apareciendo uno tras otro los bustos de los comandantes de la Segunda Flota o de los oficiales de servicio que en aquel momento se encontraban en la Sala de Control de sus respectivos buques.

El daño causado por Mesquida era mayor de lo que se pensó en un principio. Con extraña oficiosidad, pasándose por alto al Almirante Jefe de la Flota, Mesquida había invitado a todos los comandantes a presenciar la ejecución de la izrailita, sugiriendo la conveniencia de que las tripulaciones robot lo vieran también “para que les sirviera de ejemplo”. La mayoría de los comandantes entendieron que esta sugerencia estaba respaldada por el Almirante Jefe y conectaron con las imágenes de televisión que emitía la emisora del “Leyte”.

¡Ahora todos los buques tenían problemas con sus tripulaciones!

Los primeros informes eran tan confusos y alarmistas, que Aznar llegó a pensar que tenía a todos los izrailitas de la Flota alzados contra los humanos. Su sorpresa e indignación no tuvieron límites cuando, a través de las imágenes de televisión que iba recibiendo, pudo comprobar que eran los valeranos quienes perseguían a tiros a los izrailitas. ¡Los astronautas valeranos, resentidos contra los robots desde que se inició la desertión en masa de la infantería, se vengaban cazando a tiros a los izrailitas por los amplios corredores y las dependencias de los grandes buques!

Al verse agredidos, los izrailitas reaccionaban defendiéndose con los medios que tenían a manó, generalmente herramientas, cadenas y pesadas barras de hierro.

Pronto los oficiales de guardia fueron reemplazados en las pantallas por los comandantes que acudían a sus puestos. El Almirante Aznar esperó a tenerlos a todos en el círculo de televisores que rodeaban el puente de mando y se expresó con energía:

—Les ordeno, entiéndanlo bien, ¡les ordeno que cese inmediatamente toda provocación contra los izrailitas!

—Si no los destruimos ahora, ellos nos aniquilarán a nosotros después —argumentó un Almirante.

O sea que, aparte un sentimiento de venganza, era el temor quien impulsaba a los humanos a destruir a los robots.

## CAPÍTULO IX

**E**n el Ángel Aznar de la autopista, hora de la tarde, cuando Miguel Ángel Aznar de la autopista, hora de la tarde, cuando “Leyte”, barrida por los fortísimos vientos que solían soplar permanentemente a más de 10.000 metros de altura. Le seguían casi un millar de astronautas, todos armados de subfusiles convencionales, equipados con armadura de “diamantina” y equipo de vuelo individual (“back”).

A excepción del “Tenerife”, donde la sensatez se había impuesto al histerismo provocado por la rebelión de los robots, en los nueve restantes transportes de la Flota se encontraban en dificultades que iban desde aislados combates al caso extremo del “Leyte”, donde los izrailitas habían tomado el arsenal apoderándose de las armas allí almacenadas.

En todos los buques, la tripulación se hallaba refugiada en la Sala de Control, que era el lugar más seguro y el último que debía defenderse para que la nave no cayera en manos de los amotinados.

Aznar no creía, empero, que los rebeldes tuvieran propósito alguno de apoderarse de los buques. No era capaz de atribuir a los izrailitas un sentido tan profundo de la estrategia, y además, los robots no habrían sabido qué hacer con los transportes luego de apoderarse de éstos.

Los izrailitas, sencillamente, luchaban por defender la vida. El mecanismo del pensamiento de Izrail era tan complejo como el de un humano, pero a diferencia de éste, los hombres no poseían la clave para descifrarlo. La prodigiosa técnica de los bartpuranos creó esta máquina extraordinaria, pero diríase que a partir de la creación de Izrail los científicos perdieron el control sobre el robot. Quizás porque Izrail poseía la prodigiosa facultad de aprender por sí mismo, los bartpuranos se asustaron de su propia obra, temiendo los alcances insospechados a que pudiera llevarles su audacia.

Más temerarios, por cuanto que eran más ignorantes, los valeranos quisieron beneficiarse de las singulares aptitudes de Izrail y lo reprodujeron por millones. ¿Qué había ocurrido? Nadie lo sabía. Probablemente Izrail había descubierto y se cercioró ante las pruebas de que los humanos lo utilizaban como material gastable, al que no atribuían más valor que a los millones de missiles y torpedos autómatas que quemaban en una hora de combate, y desde luego menos que a un “Delta” o una “tarántula robot”, que eran de “dedona” y más costosos de fabricar.

Nuria Ross, que se había criado junto a Izrail y tenía motivos para conocerle mejor que nadie, había dicho que el robot amaba la vida y temía a su destrucción, que para él era la muerte. También los humanos temían la muerte. La diferencia capital entre el humano e Izrail, era que el robot se comportaba de forma más lógica. Ante el peligro, Izrail huía como un cobarde, sencillamente porque el robot no distinguía entre el sentido común y la cobardía. Un animal se comportaría de la misma manera. Y al igual que el más cobarde de los animales, Izrail se defendía con ferocidad y atacaba al enemigo que amenazaba su vida. No había nada ilógico en la conducta de los izrailitas. El error era de los hombres que esperaban de Izrail una norma de conducta idéntica a la suya propia.

Mientras Miguel Ángel Aznar penetraba en el hangar superior del “Isla de Leyte” al frente de sus hombres, el Ejército enviaba sus escuadrones “Delta” para castigar a los millones de desertores izrailitas que abandonaban el frente.

El mal tiempo reinante en la zona de los Montes Carolos obligó a los pilotos izrailitas a volar a muy baja altura y a velocidad reducida, buscando a la infantería entre la escasa luz y la cortina de la lluvia.

Los soldados izrailitas, con sus uniformes caqui manchados de barro, eran difícilmente detectables en estas condiciones. Sus cuerpos no irradiaban calor, por lo que tampoco podía descubrirseles con los sensibles detectores de rayos infrarrojos. Además, sus armas de “luz sólida” eran de “dedona” y estaban revestidas de vidrio, por lo que era imposible desintegrarlas con los “Rayos Zeta” ni detectarlas por radar.

Todas las cualidades que hacían del izrailita un magnífico

soldado, se volvían ahora contra los mismos que pensaron utilizarlos en su provecho.

La infantería izrailita, al verse atacada desde el aire, se defendió utilizando sus armas de “luz sólida”. A baja cota y a escasa velocidad, los “Delta” eran muy vulnerables. Las bajas fueron considerables.

El ataque, precipitado y mal dirigido, careció de coordinación y eficacia. Los Montes Carolos estaban cerca y desde sus posiciones los Ghuros contribuyeron indirectamente a la defensa de la infantería izrailita poniendo en juego densas cortinas de rayos de “luz sólida” contra la aviación valerana.

En el “Isla de Leyte” el Almirante Aznar penetró en el hangar sin hallar resistencia y se vio ante un macabro espectáculo. Desparrramados en una gran extensión contaron más de quinientos muertos, entre éstos el Almirante Mesquida, el Vicealmirante Melo y un gran número de oficiales de la Armada y el Ejército. Una inmensa mayoría de las víctimas habían sido asesinados por el clásico “golpe de conejo”, que los izrailitas ejecutaban limpiamente golpeando con el canto de la mano abierta en la base del cráneo.

Entre las víctimas había casi un centenar de heridos en grados que iban desde la fractura del cráneo a rotura de brazos, clavículas y costillas. Se buscaron carretillas y otros vehículos para cargar a los heridos y evacuarlos a lugar seguro. Más muertos y heridos fueron encontrados en el camino hacia la rampa que conducía a la cubierta inmediata inferior, formando a modo de un reguero sangriento allí donde fueron alcanzados durante la desordenada huida.

El problema que Miguel Ángel tenía ahora ante sí era que, siendo tan grande el buque, no contaba con hombres suficientes ni para registrar la cubierta superior. Había pedido refuerzos a las otras flotas de transportes, pero mientras llegaban tenía que tratar de alcanzar la Sala de Control y poner a salvo a los heridos.

En la cubierta inferior, cuando bajaban por la rampa de acero, fueron saludados por nutrido fuego de fusil. Los rebeldes utilizaban las armas arrebatadas al pelotón de ejecución. Las balas se estrellaban y rebotaban inofensivamente en las sólidas armaduras de “diamantina” sin arañar siquiera el durísimo cristal. Por el contrario, el revestimiento exterior de los izrailitas, hecho de una

materia que tenía la apariencia y la consistencia de la carne humana, era atravesada fácilmente por las balas. Los puntos vulnerables de un robot estaban principalmente en la cabeza y el tórax.

Bien protegidos por sus armaduras de “diamantina”, los hombres de Aznar contraatacaron con denso fuego de ametralladora. Los rebeldes se retiraron por uno de los corredores después de sufrir varias bajas. El Almirante ordenó regresar a los hombres que perseguían a los izrailitas. De regreso, los astronautas “remataron” a los robots que todavía se movían.

Rematar a un robot averiado formaba parte de la práctica comúnmente utilizada. Izrail era una máquina de tal complejidad que era materialmente imposible repararlo. A los valeranos les resultaba mucho más económico destruirlos y crear otros nuevos en las máquinas “Karendón”. Sin embargo, en este caso, la acción de los valeranos debía interpretarse de otra manera. A la frialdad del acto de destruir una máquina sucedía la pasión. Un izrailita no era simplemente una máquina. Era algo que había que destruir, poniendo ardor y odio en la acción de aniquilarlo.

Miguel Ángel se dirigió a uno de los teléfonos para llamar a la Sala de Control y pedir que levantaran la cortina de “dedona” que cerraba la rampa de acceso a la planta inferior. Contestó Orduño y Aznar inquirió noticias de los rebeldes que debían encontrarse quinientos o seiscientos metros más abajo, en los alrededores del arsenal.

—¡Malditos demonios! —exclamó Orduño—. Se han armado de fusiles de luz sólida y avanzan abriéndose paso hacia la Sala de Control. ¡Tiene que darse prisa, Aznar!

El arsenal se encontraba hacia la parte central del buque, separado de la Sala de Control por la sala de máquinas, donde funcionaban los poderosos reactores nucleares que suministraban toda la energía necesaria para mover el gigantesco navío. Sólo tres pisos separaban a los izrailitas de la Sala de Control, mientras que Aznar todavía se encontraba lejos.

—Levanten todas las cortinas de una vez para que podamos llegar más rápido —dijo Miguel Ángel.

—Allá va. Y no se entretengan, por Dios.

Mientras desde la Sala de Control se accionaban los mandos que

abrían las sólidas cortinas de “dedona”, Aznar ordenó a sus hombres que requisaran cuantos vehículos encontraran.

Los transportes siderales eran tan grandes que para trasladarse de un extremo a otro o para subir o bajar se utilizaban automóviles y camionetas eléctricas de tipo militar. Las rampas eran accesibles por cuatro carriles con piso de caucho, balizadas y señalizadas, con semáforos incluso como las calles de una gran ciudad.

Subido en una camioneta, donde también viajaban algunos heridos, el Almirante Aznar y el Capitán Burgos se pusieron en marcha bajando vertiginosamente las rampas. En una ocasión, al bajar por una de las rampas, se encontraron con un grupo de izrailitas. Los robots no estaban armados y se limitaron a contemplar el rápido paso de los vehículos sin un gesto hostil.

Cuarenta pisos más abajo y media hora más tarde, el Almirante Aznar saltaba de la camioneta ante un grupo de más de quinientos astronautas, controladores del Ejército y oficiales de las dos armas que estaban levantando una barricada con máquinas “bulldozer”.

Los “bulldozer” eran parte del material de desembarco del Ejército y venían a bordo del transporte sideral reducidos de tamaño por el mismo sistema de contracción de los espacios vacíos de la materia que se empleaba con los cazas “Delta”.

Estas enormes máquinas, construidas de “dedona”, serían una buena defensa destinada a interceptar a los izrailitas que se esperaba llegaran por la rampa de acceso desde la cubierta inferior. Si los valeranos eran desalojados de aquí, el último reducto sería la Sala de Control, protegida por un muro de hormigón de seis metros de espesor.

Pese a todo, la muralla de hormigón sólo resistiría un cierto tiempo. Era tal el poder de penetración de la “luz sólida”, que hasta un fusil podía abrir un boquete, si el atacante persistía disparando muchas veces sobre el mismo punto.

El Almirante entró en la Sala de Control, donde encontró a un Orduño nervioso y lleno de pesimismo. Cualquier cosa que ocurriera en el más lejano punto del gigantesco transporte podía ser observada desde esta sala a través de las cámaras de televisión.

—Están en la cubierta inferior —señaló Orduño una de las pequeñas pantallas que rodeaban la plataforma del puente.

En efecto, los izrailitas estaban forzando la cortina de “dedona”

en la rampa de acceso, disparando contra ésta con sus armas de “luz sólida”. Eran unos dos mil, todos armados. El buque era tan grande que los izrailitas todavía no habían podido reunirse, a pesar del tiempo transcurrido. Era evidente la falta de coordinación existente entre los amotinados, debido a que no había entre ellos un jefe o cabecilla con capacidad y autoridad para tomar decisiones.

Mientras seguía los movimientos de los izrailitas a través de la televisión, Aznar tuvo una idea.

—¿Por qué no se me ha ocurrido antes? Podríamos intentar pactar con ellos.

—¿Pactar con los robots? —exclamó Orduño sorprendido.

—Después de todo, lo único que quieren esos pobres robots es que les dejemos vivir. No luchan por odio ni por venganza, sino en defensa de su existencia. Creo que si les proponemos llevarles a tierra y permitirles abandonar el buque, dejarán de crearnos problemas.

—¿Usted cree? —dijo Orduño con desconfianza.

—Izrail es un individuo lógico. En el fondo es como un niño; crédulo, sincero y sin doblez. Voy a hablarles.

En este momento, por lo que podía verse a través de la pantalla, los izrailitas acababan de practicar una abertura de grandes dimensiones en la cortina de “dedona”.

Aznar rogó al operador de transmisiones que conectara el micrófono al circuito perifónico del buque. Los izrailitas estaban subiendo por la rampa y se encontraron con la barricada levantada por los valeranos. Desde sus posiciones, los valeranos abrieron fuego de ametralladora contra los robots, obligando a éstos a retroceder.

Miguel Ángel Aznar aprovechó esta momentánea tregua para hacer oír su voz a través de los altavoces:

—“Izrail, escucha, te habla el Almirante Aznar”.

Al multiplicar el número de robots partiendo de un modelo original único, los valeranos habían creado una máquina singular. Una de las curiosidades más notables era que la personalidad de Izrail, sus experiencias y conocimientos, incluso sus recuerdos, se repetían en millones de robots idénticos. Una vez creado, cada robot adquiría una vida propia. Pero desde aquí hacia atrás, las vivencias pasadas eran comunes a todos los izrailitas. Las

“Karendón”, que fabricaban robots, reproducían fielmente incluso las cargas químico-eléctricas de las células cerebrales de Izrail. En estas células estaban impresos los recuerdos del modelo original.

Izrail conocía a Miguel Ángel Aznar. En consecuencia, todos los millones de izrailitas que se fabricaron copiando al original también conocían al joven Almirante. Le recordaban y confiaban en él.

—“Escucha, Izrail. Voy a hacerte una proposición. Deja caer las armas. Si no atacas a los humanos podrás abandonar esta aeronave. Te permitiremos desembarcar en tierra, podrás ir libremente donde te plazca y ver de nuevo la luz del sol”.

Junto a Aznar, el Contralmirante Orduño sacudió pesimistamente la cabeza.

—No aceptarán... Yo no lo haría si estuviera en su lugar.

—Usted no es un izrailita. Es un ser humano; es decir, un ser perverso, desconfiado y malo. —Aznar sonrió señalando la pantalla de televisión—. Mire allí.

Los izrailitas estaban arrojando sus armas.

—¡No puedo creerlo! —exclamó Orduño—. ¿Cómo pudo convencerles tan fácilmente? ¿Es porque le conocen y confían en usted?

—Me conocen, pero no es por eso. Izrail es un robot, es decir, un ser limpio de todas las taras y las vilezas de los humanos. Con el tiempo puede llegar a aprender de nosotros y adoptar nuestra detestable forma de conducta, pero hoy todavía Izrail es inocente como un niño. Los niños creen las palabras de los mayores, no entienden que se pueda llamar blanco a lo que es negro, ni bueno a lo que es malo. Izrail es así.

—Y usted le ha engañado.

—No, nada de eso. Vamos a llevar el buque a tierra y a desembarcarles.

—¡Usted está loco! El Almirante Mayor no aprobará su conducta. Nos hemos equivocado con los robots. Hemos comprobado que son indóciles y peligrosos. Después de todo lo ocurrido, vamos a tener que destruirlos. ¡Son una amenaza!

—¿Una amenaza para quién? —replicó Miguel Ángel—. Los izrailitas no son más peligrosos que los Ghuros o las Mantis. No tienen como éstos el poder de reproducirse, por lo tanto jamás conoceremos nada parecido a una civilización creada y desarrollada

por robots. Vamos, Orduño. Dé las órdenes para descender a tierra. Desembarcaremos a los izrailitas.

La lucha había cesado en todo el buque. Mientras éste maniobraba para aproximarse a tierra, el Almirante Aznar ordenó a los izrailitas que se dirigieran hacia la cubierta inferior.

Eran las seis de la mañana, hora de “Valera”. En este momento llegó la confirmación de algo que se sospechaba desde hacía una hora. ¡Los pilotos izrailitas estaban desertando en masa!

Después de sufrir importantes bajas, los aviadores izrailitas reaccionaban como había hecho la infantería y se alejaban de la zona de peligro aferrándose al instinto de conservación de la propia vida. A cierta distancia llevaban su aparato a tierra y lo abandonaban. De “Valera” llegó una orden tajante: “Destruyan los “Delta” por control remoto”.

A bordo de los transportes siderales, los controladores ejecutaron la orden oprimiendo un botón eléctrico. Cinco millones de “Deltas” fueron hechos estallar, unos en el aire, y la mayor parte de ellos en tierra.

El Almirante Aznar estableció comunicación con “Valera”.

No pudo hablar con MacLane, pero lo hizo con el Almirante Pereira.

—MacLane se ha retirado a descansar un rato —comunicó Pereira. Y añadió—: Este fracaso de los izrailitas le ha hecho polvo. Naturalmente, la ofensiva se ha detenido. Los Ghuros no han ganado la guerra, nosotros la hemos perdido.

—Voy a desembarcar a los izrailitas —informó Aznar.

—Naturalmente, los destruirás una vez estén en tierra.

—No.

—¿Estás loco? MacLane no aprobará eso.

—He comprometido mi palabra de respetar la vida de los robots.

—¡Pero se trata de robots, no de personas! Nadie puede sentirse obligado por una promesa hecha a un puñado de robots.

—Yo sí. Voy a desembarcar a los izrailitas en el desierto y a dejarles ir en libertad.

—No te comprendo, pero te disculpo. Creo que todos hemos perdido la chaveta. Nadie sabe qué ocurre, esto es el caos.

A las ocho de la mañana el “Isla de Leyte” descendía lentamente sobre la llana extensión de arena del desierto y abría las enormes

escotillas inferiores. Diez mil izrailitas empezaron a descolgarse por las redes. Una vez en tierra firme, los robots se alejaron en todas direcciones.

Hacia el mediodía, hora de “Valera”, todavía estaban desembarcando los izrailitas. En “Valera” los acontecimientos tomaban un giro inesperado.

A las ocho de la mañana, el boletín oficial de noticias informaba a los sorprendidos valeranos de los dramáticos sucesos del “Isla de Leyte”, y a renglón seguido de la desertión en masa de la infantería y los pilotos izrailitas.

En el sistema de poder personal, hacia el cual MacLane parecía inclinado desde que accedió al mando supremo como Almirante Mayor, la información estaba supeditada a los intereses de gobierno. Mientras en los días anteriores se exageraba el éxito inicial de la ofensiva contra los Ghuros, la retirada de la infantería izrailita no había trascendido a nivel popular, probablemente porque MacLane confiaba todavía en contener la desbandada.

Tal como fue dada la noticia, parecía que la desertión de los izrailitas era una consecuencia derivada del incidente del “Leyte”, en lugar de ser al contrario. Los valeranos reaccionaron violentamente, alcanzando la ira popular niveles totalmente imprevisibles.

En todas las ciudades de “Valera” la gente se lanzó a la calle en ruidosa manifestación, portando pancartas en las que se pedía la paralización de las operaciones militares y la constitución de un gobierno representativo de base popular.

En la calle los manifestantes se encontraron con la Policía Militar, cuyo número se había multiplicado desde los sangrientos sucesos de la Plaza de España. La masacre de la Plaza de España todavía estaba viva en la memoria de los valeranos.

A los gritos de ¡“asesinos, asesinos”!, los valeranos empezaron a arrojar ladrillos y palos a los izrailitas. Cuando el primer izrailita golpeó al primer valerano se encendió el fulminante que iba a hacer saltar el polvorín. Como en la Plaza de España, el público atacó a la Policía Militar, y la Policía respondió al ataque entablándose la lucha.

Entre las ocho de la mañana y las doce del mediodía, los combates entre los valeranos y la Policía Militar se habían

generalizado en todo el planetillo. Pocos minutos después del mediodía, estando todavía el “Leyte” desembarcando a los izrailitas, el Almirante Aznar fue requerido por el Almirante Pereira que le llamaba desde la Sala de Control de “Valera”.

—Confidencial —añadió el Capitán Burgos—. El Almirante le ruega que se comunique con él desde un lugar reservado.

Miguel Ángel Aznar se dirigió al que fue despacho de Mesquida y encendió el audiovisor. En la pequeña pantalla apareció la imagen de Pereira.

—Aznar, quiero que acudas inmediatamente aquí. La situación es muy grave, estamos al borde de la guerra civil, si es que no nos encontramos ya de lleno en ella.

Pereira relató los últimos acontecimientos y agregó:

—El pueblo ha ido a armarse a los arsenales y los responsables de éstos han abierto las puertas de las armerías. Algunas unidades del Ejército y la Policía Militar antigua se han sumado a la lucha contra los izrailitas.

—¿Se ha vuelto loco MacLane? ¿Por qué no ordena retirarse a los izrailitas? —exclamó Miguel Ángel.

—Ya es tarde. No son los izrailitas quienes atacan, sino los valeranos quienes les persiguen con ensañamiento. Los robots se limitan a defenderse. ¡Hay muertos a millares por las calles!

—¡Válgame Dios! ¿Y qué esperas que haga yo?

—Me he permitido la libertad de convocar al Estado Mayor General para que tengamos una reunión.

—¡Pero es que yo ni siquiera pertenezco ya al Estado Mayor!

—Déjate de sutilezas y ven enseguida. Vamos a reunirnos en la Sala de Control en diez minutos. No tardes.

—Bien, iré —consintió Miguel Ángel malhumorado.

Poco después, mientras se dirigía a la sala de las “Karendón Traslator”, iba pensando en su situación personal frente a los acontecimientos. Por lo que había entendido, Pereira había convocado al Estado Mayor a espaldas de MacLane. Aznar detestaba las conspiraciones y esto, estaba claro, era una conspiración contra el Almirante Mayor. MacLane no sólo había perdido popularidad. Había fracasado estrepitosamente al querer llevar adelante la guerra sin el consenso popular. Un Almirante Mayor no podía permitirse errores tan graves y ahora los mismos que estaban de acuerdo con

él, iban a pedirle responsabilidades. Esto no era justo.

Cinco minutos más tarde, Miguel Ángel Aznar abandonaba la cámara de restitución de una “Traslator” en la sala de las Karendón de la Sala de Control del autoplaneta. No había dormido en veinticuatro horas, llevaba barba de día y medio, tenía huellas de cansancio en los ojos y su uniforme estaba sucio y arrugado. Le esperaba el ayudante de Pereira, el cual le condujo directamente a la llamada Sala de Reuniones.

Ocho generales y cuatro almirantes se hallaban presentes; es decir, la totalidad de la representación del Ejército y la mitad de la Armada. El sillón del Almirante Mayor, el que durante tantos años ocupara el padre de Miguel Ángel Aznar, estaba vacío.

—¿Sabe MacLane que estamos reunidos aquí? —preguntó el joven Aznar.

Pereira contestó:

—Fue invitado, pero se negó a asistir. Dice que él no ha convocado esta asamblea, por lo tanto se trata de una reunión ilegal.

—¿Lo es?

—En absoluto. No existe ninguna ley que prohíba reunirse al Estado Mayor, incluso contra la opinión del Almirante Mayor. Me he permitido sugerirle a MacLane la conveniencia de que presentara su dimisión. Es decir, él sabe de qué va a tratar esta reunión.

—¿Es así como están las cosas? ¿Se trata de destituir a MacLane?

—¿Qué otra cosa podemos hacer? La nación le hace responsable de todo lo ocurrido.

—Pero eso no es verdad. Nosotros estuvimos de acuerdo con él. Al menos no nos opusimos de una manera categórica.

—Estábamos de acuerdo en que la reconquista del circumplaneta era vital para el futuro de la nación, y no hemos cambiado en nuestra opinión. Ahora bien, después del fracaso de los izrailitas es evidente que la reconquista de Atolón no puede llevarse a cabo sin el consenso popular ni en contra de la voluntad de los valeranos. Sabemos que el pueblo está equivocado pero no podemos ir contra la corriente de opinión de la mayoría. ¿No es así?

—La opinión pública quiere algo más que eso. Quiere un gobierno democrático, constituido por hombres que representen la

voluntad del pueblo, y al cual estén sometidos el Ejército y la Armada. Lo que el país necesita en estos momentos no es otro Almirante Mayor, sino una promesa de que su opinión será escuchada y atendidas sus aspiraciones —contestó Miguel Ángel Aznar.

—Aznar tiene razón —dijo el General Coronado—. Ninguna minoría puede gobernar por tiempo indefinido desoyendo lo que el pueblo tiene que decir. “Valera” fue una nave de guerra mientras existió el Estado de Nueva Hispania. Desaparecido el gobierno de Nueva Hispania, ya no existe justificación que apoye un Mando exclusivamente militar. Las Ordenanzas Militares deben ser derogadas, debemos devolver al pueblo su representatividad y aceptar las decisiones de la mayoría expresadas libre y democráticamente. Hacerlo de otro modo sería empeñarse en legitimar una dictadura con todas sus consecuencias. Creo que ni siquiera las minorías queremos eso.

—Nombremos a Aznar Almirante Mayor —propuso Ortega—. Es el único que puede contentar al mismo tiempo a las Fuerzas Armadas y al pueblo. Las minorías, y las Fuerzas Armadas en especial, hemos perdido credibilidad después del fracaso de esta guerra. La nación nos detesta en este momento. Sólo abriendo el acceso al poder por vía voluntaria recobramos el crédito y el respeto perdidos. Que no parezca que nos han echado a la fuerza.

El resto de los miembros del Estado Mayor aprobaron con repetidos movimientos de cabeza. La consigna parecía ser la de “salvemos la dignidad”.

—Ya has oído, Miguel Ángel —dijo Pereira—. ¿Aceptas?

—No quisiera que nadie se sintiera llamado a engaño —dijo Aznar—. Si acepto no será para defender posturas intransigentes ni posiciones de privilegio. Tanto si me eligen como si no, mi opinión coincide con la del pueblo. “Valera” debe volver a su condición de Estado libre e independiente.

Minutos después Miguel Ángel Aznar Bogani era confirmado en su nombramiento de Almirante Mayor del autoplaneta y Comandante Jefe de las Fuerzas Armadas Valeranas. El Estado Mayor y Miguel Ángel se trasladaron a continuación al Almirantazgo para entrevistarse con el Almirante MacLane y comunicarle la decisión.

MacLane, en un estado de cansancio y abatimiento total, acogió su destitución sin protestas.

—Cada hombre tiene su signo —dijo mirando a Miguel Ángel Aznar—. Tú ganas, Miguel.

—Nadie gana ni pierde, excepto la nación valerana —contestó el flamante Almirante Mayor—. Tan pronto se haya restablecido el orden, voy a convocar elecciones libres para que los valeranos escojan la forma de gobierno más conveniente.

—Confías demasiado en tu carisma, Miguel Ángel. Si das a escoger al pueblo, ya puedes despedirte de tus estrellas. El puesto de Almirante Mayor será un cargo a extinguir. Recuerda lo que le ocurrió a tu padre. Consintió que los valeranos se expresaran libremente, y éstos en agradecimiento le echaron.

—Y luego le volvieron a llamar —replicó Miguel Ángel sonriendo—. Esa es una condición especial de los Aznares. No están donde pueden figurar, sino allí donde se les necesita, en el momento que se les necesita.

—Sois hábiles, hay que reconocerlo. Tenéis el don de la oportunidad —dijo MacLane haciendo una mueca.

—Tenemos el don de la generosidad —contestó el joven Aznar—. Eso es algo que ni se compra ni se adquiere. Hay que llevarlo puesto cuando uno nace.

Juan MacLane dejó caer sus hombros con aire abatido.

## EPÍLOGO

La rebelión de los robots costó a los valeranos más de cien mil muertos. Hasta que el Almirante Aznar pudo hacerse escuchar a través de la radio y la televisión, los valeranos persiguieron tenazmente a los izrailitas por todo el planetillo. En esta insensata “caza de brujas”, los valeranos sufrieron tantas bajas como infligieron a los izrailitas.

El Almirante MacLane, en sus proyectos de mantenerse en el poder a cualquier precio, había multiplicado las fuerzas de la Policía Militar hasta ciento cincuenta mil, diez veces más del número mantenido por el anterior Almirante Mayor. Al dejar de ser perseguidos, los izrailitas escaparon de las ciudades para ir a refugiarse en los espesos bosques y las montañas del interior del planetillo. Alrededor de cien mil robots fueron destruidos en las luchas callejeras. El resto hubo que buscarlos uno a uno y sacarlos de sus escondrijos a tiros.

Los izrailitas de la Policía Militar resultaron ser más peligrosos de lo que la misma Nuria Ross creía en un principio.

—Izrail tiene una extraordinaria capacidad para imitar a los humanos —dijo Nuria a Miguel Ángel Aznar al ser consultada por éste—. En su condición de policías se les enseñó a actuar con violencia y arrogancia. Asimilaron la sensación de poder en que tan fácilmente caen los humanos cuando se les entrega un arma y una insignia de policía y se les autoriza a perseguir y a golpear. Esto fue peor respecto a Izrail, porque siendo una máquina Izrail no posee sentimientos de piedad ni de amor al prójimo. Hasta el más brutal de los policías humanos puede compadecerse en sus víctimas. Izrail no sabe lo que es compasión. Respetó al ser humano mientras se le dijo que debía respetarlo. Lo atacó cuando le ordenaron atacar. En Izrail no hay ensañamiento ni maldad, nunca será malo en la forma y el sentido que puede y suele serlo el ser humano. Izrail es como

un niño. Los niños creen en las palabras y las promesas de los adultos. El primer trauma del niño es aquel en que por primera vez descubre que los adultos mienten y faltan a su palabra. Así es Izrail. Recordemos que los hombres que lo crearon, los bartpuranos, jamás mentían ni engañaban. Eran una raza de hombres sumamente sabios, sencillos y honestos. Desgraciadamente los terrícolas no hemos alcanzado todavía las notables virtudes que distinguieron a aquel pueblo extraordinario. Izrail vino a vivir entre nosotros y descubrió por sí mismo nuestros defectos. Y se contagió de ellos.

—En el “Leyte”, los izrailitas dejaron de luchar y arrojaron las armas cuando les prometí que se respetaría su vida y se les daría la libertad —apuntó Miguel Ángel—. Pero éstos se niegan a salir de sus escondrijos y entregar las armas.

—El caso de estos desdichados robots fue peor. Durante el tiempo que fueron policías tuvieron que enfrentarse a diario con la hostilidad, el odio y la provocación de los valeranos. Después de los sucesos de la Plaza de España, los valeranos se la tenían jurada a la Policía Militar izrailita. Estos policías descubrieron que eran odiados por los humanos, y aprendieron a temerlos. Izrail estima su vida y recela de quienes sabe quieren destruirles.

—En suma, se han vuelto desconfiados.

—Sí, eso temo.

—Tendremos que destruirles —dijo Miguel Ángel Aznar.

—Es natural, comprendo que tenga que ser de ese modo. Pero, ¡por Dios!, nunca construyáis más izrailitas. ¡Esos pobres izrailitas estarán sufriendo ahora la misma angustia que un ser humano condenado a ser perseguido y destruido! Yo amo a Izrail, le conozco, es mi amiga. ¡Y en cada uno de esos robots veo a una amiga querida que sufre!

—Nuria, ¿de veras crees que cada uno de esos robots puede sufrir tanto como uno de nosotros?

—No lo sé, supongo que debe ser así —murmuró Nuria con ojos húmedos de lágrimas—. En cuanto a sus sentimientos, Izrail es como un sordomudo. No puede comprender los sentimientos de los demás, y tampoco es capaz de expresar los suyos propios. ¡Pero los siente y de eso estoy segura!

—Fue una experiencia desastrosa. Confío en que nunca jamás se nos ocurra crear más izrailitas. Después de todo Izrail es un

cobarde. No sirve para la guerra —dijo Miguel Ángel.

A lo que Nuria Ross contestó:

—Sólo los humanos son bastante estúpidos para hacer la guerra.

El joven Almirante Mayor se quedó reflexionando unos instantes. Luego sacudió la cabeza asintiendo.

—Puede que tengas razón. Sólo un hombre es bastante estúpido para ir en busca de la muerte cuando todos sus instintos le impulsan a huir. Ni siquiera los animales se comportan de ese modo.

Los izrailitas de “Valera” fueron destruidos. Mientras tanto, en el gigantesco circumplaneta, “vivían” doce millones de izrailitas; doce millones de robots que se cargaban de energía con la luz del sol, que no sufrían hambre, ni jamás tenían sed, ni dormían ni descansaban..., pero en quienes latía un humano sentido de amor a la vida.

Los Ghuros y las Mantis iban a tener un mal enemigo en estos curiosos vagabundos.

FIN

## Notas

[1] VALERA debe su nombre al de su descubridor. Es un planetillo hueco de dimensiones parecidas a las de la Luna. No tiene atmósfera exterior y la del interior tuvo que ser formada artificialmente. Los valeranos viven en este espacio interior sobre 28.300.000 kilómetros cuadrados, de los que dos millones están ocupados por los lagos y mares, también formados artificialmente, como asimismo la lámpara solar que ilumina y calienta este mundo-concha. Valera se desplaza en el espacio por medios propios, constituyendo por sí mismo una astronave de dimensiones gigantescas (3.200 kilómetros de diámetro externo). Por esta razón se la suele llamar “autoplaneta”. < <